

León TROTSKY

INFORME
DE LA
DELEGACIÓN SIBERIANA

Seguido de

Ideología y lucha de clases
por Pierre Guillaume

y

El “renegado” Kautsky y su discípulo Lenin
por Jean Barrot



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

**INFORME DE LA
DELEGACIÓN
SIBERIANA**

Título en versión francesa:
RAPPORT DE LA DÉLÉGATION SIBÉRIENNE

Traductor:
Emilio Madrid Expósito

Primera edición en español:
Julio de 2002

Ediciones Espartaco Internacional

I.S.B.N.: 84-607-5108-2

Depósito legal: B-36.726-2002

IMPRESO EN ROMANYÀ VALLS, S.A.

La publicación de este texto en español se hace con
autorización de la asociación

Les Amis de Spartacus
8, impasse Crozatier
75012 Paris

León TROTSKY

**INFORME DE LA
DELEGACIÓN SIBERIANA**

TROTSKY CONTRA LENIN

Prefacio, traducción y notas de Denis Authier

Seguido de

Ideología y lucha de clases
por Pierre Guillaume

y

El “renegado” Kautsky y su discípulo Lenin
por Jean Barrot



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

ÍNDICE

	Página
Nota de los editores.....	7
Prefacio del traductor:	
Los comienzos del movimiento obrero en Rusia.....	11
El nacimiento de las organizaciones obreras en Rusia.....	15
Hasta el primer Congreso.....	19
El papel del “economicismo” en el desarrollo del movimiento obrero ruso.....	21
El “leninismo”, superación ilusoria del “economicismo”..	23
La preparación del II Congreso del P.O.S.D.R. y el movimiento obrero.....	26
La escisión bolcheviques-mencheviques.....	28
Trotsky, desde su llegada a Europa hasta la aparición de NUESTRAS TAREAS POLÍTICAS.....	31
La génesis de NUESTRAS TAREAS POLÍTICAS.....	34
Trotsky “bolchevique-leninista” y NUESTRAS TAREAS POLÍTICAS.....	42
El “giro” de Trotsky.....	44
Los leninistas y la revolución proletaria.....	48
 León TROTSKY: Informe de la Delegación Siberiana.	
PREFACIO.....	53
Informe de la Delegación Siberiana.....	57
En qué no ha respondido el Congreso a nuestras expectativas.....	60
Por qué el Bund fue excluido del Partido.....	63
La escisión entre bolcheviques y mencheviques.....	66
Primer enfrentamiento: el artículo primero de los estatutos.....	70
Dinámica de las relaciones entre los centros del Partido....	73

	Página
Tutela de la Iskra sobre el Comité Central.....	77
Las elecciones y la destrucción de la Iskra	80
Quiénes eran los mencheviques.....	85
Los bolcheviques, “economicistas arrepentidos”.....	90
El centralismo orgánico, superación del centralismo leninista.....	94
Polémica con Lenin.....	97

*

Nota del editor.....	105
Ideología y lucha de clases.....	107
El “renegado” Kautsky y su discípulo Lenin.....	135

Nota de los editores

No es necesario subrayar la importancia, en el movimiento obrero ruso, del 2º congreso del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia que vio, en 1903, la escisión entre “minoritarios” y “mayoritarios” (mencheviques y bolcheviques).

Al haber sido muy viva la polémica, numerosos delegados redactaron inmediatamente informes sobre el congreso. Entre los más importantes citamos los de Lenin, Martov, Trotsky y Krasikov.

Hasta ahora no se conocían más que los informes de Lenin, sintetizados en Un paso adelante, dos pasos atrás.

Hoy publicamos el informe de Trotsky, cuyo interés histórico y político, para una apreciación menos mitificada del bolchevismo, es evidente.

Desde hace algunos años, las obras de Trotsky son ampliamente publicadas y es restablecido su papel en el movimiento revolucionario ruso. La gigantesca empresa de falsificación estalinista de la Historia y de la Revolución rusa se hunde y este hundimiento no puede más que acelerarse con la crisis del capitalismo ruso y el renacimiento de corrientes de oposición. En este contexto, la presente publicación merece, no obstante, una mención especial. Pues si el estalinismo ha intentado, con un éxito pasajero, borrar hasta el recuerdo de Trotsky y de su papel, en lo concerniente al período 1903-1917, la corriente desmitificadora choca con una segunda empresa de falsificación: la de las corrientes trotskistas mismas que ocultan (o ignoran) todo lo que, en Trotsky, ha podido ser antileninista. Éstas siguen, agravándolo, el ejemplo de Trotsky que se opuso, hasta el final de su vida, a la

publicación nuevamente de su informe y de Nuestras tareas políticas, texto de la misma época que desarrolla los mismos temas

La reaparición del proletariado en la escena mundial no se traduce únicamente en un cierto número de acontecimientos (Alemania del Este 1953, Polonia y Hungría 1956, Bélgica, invierno de 60-61, motines del proletariado negro americano, motines obreros de América latina – Santo Domingo, Córdoba, Curaçao – Francia 1968, “Mayo rampante” italiano; esta lista no es, evidentemente, exhaustiva), sino también en el renacimiento de la teoría crítica con la que el movimiento intenta, entre otras cosas, apropiarse de nuevo de su historia, de donde surge la renovación del interés por ciertos textos ya antiguos y polémicas aparentemente nuevas.

Así, una traducción oral de Nuestras tareas políticas y del Informe de la delegación Siberiana sirvió a la reflexión y al trabajo de algunos compañeros. Y cuando Daniel Guérin nos ha hecho partícipes de su intención de publicar Nuestras tareas políticas en una colección de la que es director literario, en las ediciones Pierre Belfond, le hemos propuesto a uno de nosotros como traductor. Como se suponía, nuestro compañero redactó, además, un prefacio. Daniel Guérin se opuso a su publicación por diversas razones literarias y formales (prefacio confuso, mal escrito, que aclaraba insuficientemente un texto muy difícil, etc.), pero acabó por revelarnos que se encontraba en una “situación inextricable”, pues el albacea testamentario de Trotsky se oponía lisa y llanamente a la publicación de este prefacio. De este modo supimos de la existencia de un ejecutor (!) testamentario (¡uf!) de Trotsky, encargado al parecer de realizar la revolución mundial y de vigilar por su permanencia, pero armado en todo caso del poder legal de decretar lo que el movimiento obrero puede conocer o debe ignorar de la obra de Trotsky (por

consiguiente, de la historia del movimiento obrero ruso) y al que Daniel Guérin reconocía, además, el derecho moral de decidir lo que se debe pensar acerca de ello y de lo que es conveniente decir sobre lo mismo.

Nuestra colaboración con las ediciones Pierre Belfond se detuvo ahí.

Nuestro interés es que Nuestras tareas políticas aparezca lo más pronto posible. Mientras tanto, publicamos el prefacio rechazado en el mismo folleto que el Informe de la delegación siberiana, no constituyendo esta yuxtaposición ni un artificio ni un remedio para salir del paso, en la medida en que Nuestras tareas políticas es un desarrollo de los principales temas del Informe y se inscribe en el mismo contexto.

Noviembre de 1969.

Denis AUTHIER, Pierre GUILLAUME, Jean-Pierre CARASSO

Prefacio del traductor

Los comienzos del movimiento obrero en Rusia

Cuando, en el verano de 1903, se reúne el II Congreso del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia, las oleadas de la huelga general insurreccional se desatan sobre la Rusia del Sur. Hace entonces una decena de años que el movimiento obrero apareció como una nueva fuerza revolucionaria, como la fuerza que permitirá realizar lo que el movimiento democrático ruso había esperado desde hacía tanto tiempo, el derrocamiento de la autocracia.

Hasta la época que nos interesa aquí, el movimiento obrero ruso ha pasado por tres fases muy próximas las unas de las otras. El período “económico”, por el que este movimiento comienza, ocupa esencialmente la segunda mitad de los años 1890: es un período de luchas por reivindicaciones “materiales”; la lucha de clases toma entonces la forma de una serie de huelgas, de las que la más célebre es la de Petersburgo en 1896. Es la *Iskra* la que ha calificado peyorativamente este período de “economicista”, por el nombre de la ideología que engendró en las cabezas socialdemócratas: el “economicismo”.

El “economicismo” afirmaba que el movimiento obrero sería todavía durante mucho tiempo incapaz de sobrepasar en sus luchas el nivel de las reivindicaciones materiales, “económicas”. De ello sacaba la conclusión que la única actividad *política* posible para los social-demócratas era participar en la oposición liberal (burguesa) contra el zarismo. Pero fue muy difícil separar durante mucho tiempo

lo económico de lo político en Rusia: todo movimiento, por la más pequeña reivindicación, chocaba indefectiblemente con el régimen establecido, con su policía y su ejército. Unos años fueron suficientes para que el proletariado ruso, en su conjunto, lo experimentase y tomase conciencia de que el gobierno era un enemigo tan inmediato como los capitalistas aislados. Esto es lo que determinó el paso a la segunda fase, política, del movimiento.

Esta vez, el arranque fue hecho por el movimiento estudiantil. Los disturbios universitarios habían comenzado a finales de los años 90, con la “libertad académica” como primera reivindicación; pero los estudiantes rusos (en general, de origen social mucho más modesto que sus homólogos occidentales de la época) se radicalizaron extremadamente rápido y, por las mismas razones que los obreros, pasaron a la hostilidad directa contra el absolutismo. En febrero de 1899, una manifestación estudiantil fue reprimida muy duramente en Petersburgo; entonces, una oleada de huelgas de solidaridad se extendió a todas las Universidades rusas; finalmente, a principios de 1901, el gobierno mandó al servicio militar a doscientos estudiantes excluidos de golpe de la Universidad de Kiev. Este hecho desencadenó una indignación general; en particular, el proletariado se echó a la calle un poco por todas partes. 1901 fue el año de las manifestaciones políticas. Por primera vez, la clase obrera demostraba abiertamente su oposición al zarismo. Hubo igualmente importantes levantamientos campesinos en el suroeste de Rusia y en Ucrania.

Ya sólo faltaba hacer la síntesis de las dos primeras fases; no se hizo esperar mucho tiempo: 1903 estuvo marcado por una enorme oleada de huelgas insurreccionales en la Rusia del Sur, víctima de la crisis industrial y del paro. Esta última fase conciliaba a la vez huelgas y manifestaciones; reveló una oposición revolucionaria global

del proletariado ruso al régimen existente bajo todos sus aspectos. Fue el ensayo general de 1905 y 1917. Rosa Luxemburgo es quien mejor ha analizado este movimiento; razón por la cual remitimos a su obra: *Huelga general, partido y sindicatos*, (Spartacus nº 21).

Dos rasgos fundamentales caracterizan el movimiento revolucionario del proletariado en Rusia (como en otras partes). Es totalmente espontáneo. Es en las luchas mismas y para estas luchas como se constituyen las organizaciones revolucionarias. Las organizaciones constituidas en el curso de las luchas precedentes, y que han subsistido institucionalizándose, se refuerzan gracias al movimiento, pero juegan un papel conservador en él.¹

¹ La oposición entre “espontaneidad” y “conciencia” se convirtió, en la Rusia de principios de siglo, en la tarta a la crema de la ideología revolucionaria de moda, de la misma manera que hoy en Francia después de mayo de 1968 y con la misma confusión. Nos es necesario, pues, precisar: cuando nosotros escribimos que el proletariado ruso entró espontáneamente en la lucha revolucionaria (o que el proletariado francés ha hecho espontáneamente, en mayo de 1968, una huelga general), no nos limitamos a afirmar que ha “empezado” sin que ningún jefe, sin que ninguna dirección, le haya dado la orden; “espontáneo” no significa sólo “salvaje”. Constatamos el hecho mucho más importante, cuyo carácter “salvaje” no es sino una *manifestación*, de que estos movimientos del proletariado están totalmente determinados por la situación que esta clase ocupa en el conjunto de las relaciones sociales fundamentales de la sociedad moderna, y por una coyuntura particular que, durante un período dado, le proporciona la ocasión de intervenir en la escena. Si la condición del proletariado en el capitalismo sigue siendo siempre idéntica en tanto que subsiste el salariado, el ciclo mismo de la acumulación y la expansión de las fuerzas productivas desarrollan a la vez las condiciones de la revolución socialista y el poder de la clase revolucionaria.

Es lo que marca la enorme diferencia entre la coyuntura rusa de principios de siglo y la coyuntura mundial actual. Así

“espontáneo”, en el sentido en que lo emplean Marx y Luxemburgo, no significa otra cosa sino absolutamente determinado por el conjunto de las relaciones sociales. El proletariado es el producto de la situación que ocupa en las relaciones sociales (y, ante todo, en las relaciones de producción capitalistas). Esta situación hace de él la clase revolucionaria de la sociedad burguesa, el lado positivo de la contradicción entre capital y salariado. El proletariado es espontáneamente revolucionario, pues sólo el acto revolucionario corresponde a lo que él es. Actuar espontáneamente es actuar conforme a su ser. Así, cuando el proletariado vota, no actúa espontáneamente: esta acción no la realiza conforme a su ser específico; cuando un proletario vota, no actúa como tal, sino como ciudadano, como miembro de la sociedad política burguesa. Cuando el proletariado no es revolucionario, no existe, y los revolucionarios no pueden hacer nada con él; no son ellos los que pueden, haciendo de educadores del pueblo, crear la situación histórica en la que el proletariado *se convierte en lo que es*, sino el desarrollo mismo de la sociedad moderna. Cuando una tal situación aparece, los revolucionarios de origen no-obrero, aquellos que, por razones muy numerosas, se encuentran “en estrechez” en la sociedad burguesa, se unen a él en el partido proletario que se constituye espontáneamente para resolver las tareas revolucionarias. De la misma manera, el proletariado como clase adquiere, porque lo necesita, la conciencia de sí mismo, es decir, la representación clara de su situación, de sus relaciones con las otras clases y de su papel. Por su situación en las relaciones de producción capitalista, la clase obrera es la única clase portadora, en tanto que clase, de la conciencia socialista.

Todo lo demás no es más que ideología, visión invertida de la realidad.

Lenin (y los social-demócratas rusos en general) han desnaturalizado completamente el sentido de estos conceptos (espontaneidad, conciencia de clase, organización) oponiendo el primero a los otros dos; se verá por qué a lo largo de este prefacio.

Es absurdo oponer “acción espontánea” y “acción consciente”, “espontaneidad” y “partido”, o más exactamente, es la raíz de una concepción burguesa y reaccionaria; por esto subsiste,

El nacimiento de las organizaciones obreras en Rusia

Antes de los años 90, un cierto número de organizaciones obreras habían aparecido de modo efímero, tales como la *unión del Norte* y la *Unión del Sur* de los obreros rusos, en las que habían militado futuros social-demócratas, entonces populistas (Plejanov, Zazulich, Axelrod). Estas organizaciones desaparecieron antes incluso del largo período de reacción de los años 80. Pero antes de que, a partir de 1895, surgiesen las nuevas organizaciones “conocidas” (esta vez, social-demócratas), numerosos grupos obreros existieron de manera más o menos precaria (según Isaac Deutscher, *El Profeta Armado*, p. 41 y ss)². Es a comienzos de la segunda mitad de los años 90, con la

a pesar de su inanidad filosófica. Esta oposición sólo podría tener sentido si la clase obrera fuese “espontáneamente” inconsciente, si la conciencia no formase parte de sus atributos. Era una tesis querida del pensamiento reaccionario. Se tiene el derecho a asombrarse cuando el leninismo pretende fundar una teoría y una actividad revolucionaria sobre la misma tesis. De hecho, todo movimiento, toda lucha de la clase obrera tiende *espontáneamente* a tomar conciencia de sí mismo, de su sentido; “*el partido proletario nace espontáneamente del suelo histórico de la sociedad moderna*” (Marx).

Es entristecedor tener que precisar que este movimiento espontáneo supone una lucha despiadada contra todo lo que lo obstaculiza y, en particular, un combate feroz y permanente contra todas las versiones de la ideología. Aquellos que, estúpidamente, nos responden: “si el movimiento revolucionario es espontáneo e ineluctable, no hay más que esperar, no hay nada que hacer”, revelan hasta qué punto no tienen nada que hacer efectivamente en este movimiento. Los revolucionarios saben que la lucha permanente, bajo formas diversas, es un producto espontáneo de su ser, pues no pueden liberarse de esta pasión más que sometiéndose a ella.

² Edit. Julliard.

reanudación progresiva de las luchas obreras, cuando se pusieron a “crecer como hongos” (Deutscher, op. cit., p. 74) las organizaciones proletarias; más tarde se unificarán para formar el Partido social-demócrata. Lo que caracteriza al nuevo período (es decir, la aparición del proceso social y político que lleva directamente a la revolución de 1905 y después a la de 1917) es, por un lado, el gran número de organizaciones proletarias aparecidas espontáneamente a escala local en el curso de las luchas locales y, por otro, el abandono por parte de estas organizaciones de la ideología populista por el marxismo.

El grupo *Liberación del Trabajo*, fundado en 1883 en el extranjero por los expopulistas Plejanov, Zazulich, Axelrod, Deutsch, etc., fue el primero en encargarse de propagar la teoría marxista en Rusia. Las ideas marxistas se infiltraron, a comienzos de los años 90, en la prensa legal misma, no viendo el gobierno en el “marxismo legal” más que su aspecto resueltamente antipopulista. Se vio así a la mayor parte de los jóvenes intelectuales revolucionarios profesar el marxismo en las organizaciones obreras a las que se incorporaban. Dos cosas hay que observar a propósito de la penetración del marxismo en Rusia; la primera es el papel ambiguo que jugó allí: por un lado era la teoría que debía adoptar el proletariado ruso (así como el de los otros países), por el otro, para la intelligentsia, la ideología de la modernidad, el pensamiento que le aseguraba que el desarrollo del capitalismo en Rusia era inevitable y desembocaría en el derrocamiento de la autocracia y en la “europeización” de Rusia. (Trotsky desarrolla ampliamente esta tesis en la *Introducción de Nuestras tareas políticas*).³ Segunda observación: el marxismo, la expresión más concentrada y desarrollada de la teoría proletaria, que no había aparecido más que sobre la

³ A aparecer en las ediciones Belfond.

base de las primeras luchas revolucionarias del proletariado europeo, hacía su entrada en Rusia importada por intelectuales con ganas de ideología nueva, antes mismo de que el proletariado ruso se hubiese manifestado. Este último, una vez aparecido en escena, debía adoptarlo pues correspondía a su ser. Pero los socialdemócratas rusos no vieron ahí todavía más que la apariencia de las cosas (el marxismo adoptado primero por intelectuales que lo inculcaban después a los obreros) y esta apariencia justificó a sus ojos las aberraciones de Kautsky sobre la “espontaneidad” y la “conciencia”, que ellos tomaron sin pestañear.

En cuanto al nacimiento de las organizaciones obreras y la constitución del Partido, también ahí hay que demoler las visiones habituales que se tienen de ello. En particular, los historiadores no ven el lazo real entre el movimiento y las organizaciones. No se habla de una organización más que cuando está verdaderamente constituida e institucionalizada. Entonces, las organizaciones parecen fuerzas autónomas que intervienen desde el exterior en el proceso histórico, que “fomentan los disturbios” y determinan las victorias. Es una visión policial de la realidad.

Los historiadores, los policías y otros ideólogos retoman, a fin de cuentas, las ilusiones que las organizaciones constituidas se hacen de sí mismas. Si las organizaciones proletarias adquieren bastante rápidamente una visión invertida de su relación con el movimiento global (en general, desde el primer período de “reflujo” que sucede al período de lucha durante el cual han nacido) es porque su práctica real se ha invertido efectivamente también. La organización era una forma y un instrumento de la lucha de clases; las luchas se convierten ahora en un medio de reforzar y de hacer vivir la organización misma. La organización se convierte, para sus miembros, en una

realidad en sí, con sus propios fines; es concebida por sus miembros como un fin. Esta inversión es lo que Trotsky llama, en *Nuestras tareas políticas*, el “fetichismo de la organización”; desde el punto de vista de la práctica social real, oculta una realidad bien precisa: la organización ya no es un instrumento de las fuerzas sociales que la han creado, sino el instrumento de otras fuerzas, de fuerzas enemigas.

Las únicas organizaciones revolucionarias son aquellas que no imponen sus caprichos a la realidad, sino que se consagran a las tareas que ésta impone a los revolucionarios (y muy frecuentemente, en período de “calma”, estas tareas se quedan en el nivel teórico). Toda organización surgida para resolver las tareas revolucionarias de un período dado, que se mantiene tal cual o se organiza según los planes salidos de la cabeza de tal o cual jefe, no podrá ser más que un obstáculo al llegar un movimiento ulterior del proletariado⁴. Mientras tanto, tiene todas las

⁴ Es interesante comparar la concepción bolchevique del Partido con la posición asombrosamente actual que expresaba Engels en 1885, sobre el mismo tema: “*Hoy, el proletariado alemán no necesita organización oficial, ni pública ni secreta; la ligazón simple y natural de compañeros pertenecientes a la misma clase social y que profesan las mismas ideas basta, sin estatutos ni comités directores ni resoluciones u otras formas tangibles, para conmocionar a todo el Imperio alemán (...). Mucho más. El movimiento internacional del proletariado americano y europeo ha llegado a ser, en este momento, tan potente que no sólo su forma primera y estrecha – la Liga secreta – sino también su segunda forma, infinitamente más vasta – la Asociación pública internacional de los trabajadores – se ha convertido en un obstáculo para él y el simple sentimiento de solidaridad, basado en la comprensión de una misma situación de clase, basta para crear y mantener, entre los trabajadores de todo país y de toda lengua, un solo y mismo gran partido del proletariado*”. Engels: *Algunas palabras sobre la historia de la liga de los comunistas*, en *Carlos Marx ante los jurados de Colonia*, Edit. Costes).

posibilidades de caer en manos del régimen establecido y puede incluso convertirse en la piedra angular de empresas contrarrevolucionarias; los ejemplos son numerosos, desde la Socialdemocracia alemana hasta el Partido Comunista Francés.

Como muestran *Nuestras tareas políticas*, el punto de vista “fetichista” se había convertido, en la víspera de la revolución de 1905, en el punto de vista dominante en el partido socialdemócrata ruso. La negativa de los bolcheviques (la fracción más alienada del Partido desde este punto de vista) a entrar, en tanto que tales, en los *soviets*, creación espontánea del proletariado ruso durante la revolución de 1905, y a reconocer su enorme importancia en los análisis que hicieron de esta revolución, se sitúa exactamente en la misma línea.

Hasta el primer congreso

Es hacia 1895 cuando comienza a constituirse el Partido socialdemócrata. En diciembre, Lenin, Martov y Potresov “fundan” en Petersburgo la *Unión de lucha para la liberación de la clase obrera*: agrupa una veintena de círculos obreros ya existentes; también continúa existiendo la *Unión* cuando los dirigentes son detenidos, unos días después de su fundación. Las huelgas de 1896, y de modo general, el período de ascenso del movimiento obrero al cambio de siglo, la refuerzan y producen otras organizaciones obreras: el *Grupo de auto-liberación de la clase obrera*, el *Grupo obrero para la lucha contra el Capital*, la *Organización obrera* de San Petersburgo, compuesta al principio únicamente por obreros. Trotsky, en el Sur, funda en la primavera de 1897 una nueva *Unión del Sur de los obreros rusos*, la *Unión de Nikolayev* (Deutscher, op. cit., p. 55 y ss.). Con la mayor parte de sus compañeros, es detenido en las primeras semanas de 1898;

pero esto no impide que el movimiento obrero local se desarrolle. Como indica Deutscher (op. cit., p. 41), según un informe de los social-demócratas rusos a la II Internacional, grupos revolucionarios eran extremadamente activos en Odesa en 1896, antes de que Trotsky funde su Unión. Se podría continuar ampliamente la enumeración; lo que se ha dicho basta ya para subrayar que en aquella época existía en el proletariado ruso una tendencia general a la organización y que esta tendencia era el resultado de la multiplicación y de la acentuación de las luchas obreras. El proceso desemboca, en 1898, en el Congreso de fundación del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia.

El Congreso se reúne en Rusia misma, en Minsk. Las nueve personas que asistían a él representaban al grupo de la *Rabotchaia Gazeta* (el “periódico obrero” de Kiev), al grupo *Liberación del Trabajo*, cuatro *Uniones de lucha* y al *Bund* (la *Unión general de los obreros judíos* constituida desde 1897 en todo el Imperio). El Bund tenía una excelente organización⁵. Por eso aseguró las condiciones materiales de la celebración del Congreso.

Una tarea enorme, si se tienen a la vista las condiciones policiales de la Rusia de la época. Las organizaciones de base locales del partido tomaron el nombre de “Comités”. El Congreso adoptó un manifiesto, redactado por Pedro Struve, cuya tesis principal cita Trotsky: *el partido se empeña en ser y seguir siendo el movimiento de clase de las masas obreras organizadas*. En efecto, en Rusia se iniciaba igualmente el proceso internacional de largo alcance, que tiene sus altibajos, de constitución del proletariado en partido para la revolución socialista y para la dictadura. Por último, desde este Congreso apareció uno de los rasgos fundamentales de las organizaciones revolucionarias rusas: las luchas internas. El

⁵ Nettl, *Rosa Luxemburgo*, t. I, p. 251, Ed. inglesa.

grupo *Liberación del Trabajo* de Plejanov, ubicado en el extranjero, reivindicó la dirección del Partido (Nettl, op. cit., p. 252), mientras que las organizaciones locales no quisieron considerarlo más que como un elemento, entre otros, del Partido, como el primer grupo socialdemócrata ruso. Estas disputas iban a dar paso enseguida a una lucha de tendencia mucho más profunda en el interior del movimiento ruso organizado; es la oposición entre “economicistas” y “políticos”, que caracteriza lo que Lenin llama en *¿Qué hacer?* el “tercer período”.

El papel del “economicismo” en el desarrollo del movimiento obrero ruso.

“Economicistas”, es así como Lenin, Martov, Plejanov y los otros futuros “iskristas” designaron a los socialdemócratas y a las organizaciones socialdemócratas que luchaban más por la mejora inmediatamente posible de las condiciones materiales de vida de la clase obrera que por la revolución; esta tendencia se manifiesta desde el principio del movimiento; la actividad de las *Uniones de lucha*, comprendidas la de Trotsky y la de Martov y Lenin después de su detención, era “economicista”. El *Credo*, redactado por un grupo de “economicistas” a finales de 1898, es el texto en que se proclama la tesis fundamental del “economicismo”: teniendo en cuenta las “condiciones rusas”, la tarea del socialdemócrata ruso es ayudar a los obreros en sus luchas reivindicativas y, en el plano político, participar al lado de los demócratas liberales y radicales en la lucha contra el zarismo. El *Credo* anunciaba, por otro lado, el fin del “marxismo intransigente”. Era una caricatura de la posición “economicista”. Por lo demás, numerosos “economicistas” no la habrían suscrito; pero Lenin, Martov y otros socialdemócratas exiliados vieron, desde el momento en que recibieron este texto, el partido que podían

sacar de él; demostraron que el *Credo* era, en sus peores aspectos, el resultado lógico de la orientación “economicista” y reafirmaron que los socialdemócratas podían y debían arrastrar al proletariado en la lucha democrática. En la línea de esta crítica se creará la *Iskra*.

El “economicismo” ruso es una variante de una corriente más general: el reformismo. Puede parecer que se haya dicho todo estableciendo esta identidad. De hecho, el “economicismo” ruso tuvo un contenido particular, muy diferente del que tenía simultáneamente el reformismo en Occidente. El reformismo es el producto natural de la situación en que se encuentra la clase obrera en una época dada, como la revolución es el producto de otra situación, en otra época. En los países en que el modo de producción capitalista se había hecho dominante desde hacía mucho tiempo, el reformismo era el producto de un estado de hecho en que el capitalismo resolvía sin demasiadas dificultades sus dificultades internas aumentando ligeramente el nivel de vida de la clase obrera, y reforzaba su dominación política después de haber ahogado en sangre las primeras tentativas insurreccionales. Esta forma social que se reformaba no podía, efectivamente, ser sobrepasada. Las cosas cambiaron tras la guerra y el proletariado alemán pasó a la acción revolucionaria contra un capitalismo debilitado momentáneamente y que lo había colocado en una situación material insoportable.

En Rusia, las condiciones son entonces completamente distintas. El capitalismo es un recién llegado; la pequeña producción independiente domina todavía; las nueve décimas partes de los rusos son campesinos; la condición *sine qua non* del socialismo no está realizada – o demasiado poco - : la socialización del proceso de producción. El proletariado ruso no habría podido “escoger” más que entre: luchar por ventajas materiales o derrocar la autocracia (lo que no significa en

ningún caso hacer una revolución socialista). Pero el proletariado ruso, que no puede desencadenar una huelga sin chocar con los cosacos de su Majestad, es llevado fatalmente del terreno de la lucha económica al de la lucha política. Más exactamente, toda lucha del proletariado ruso no puede dejar de ser *también* política. El “economicismo” corresponde, pues, a los primeros pasos del movimiento obrero en Rusia, al corto período durante el cual el proletariado ruso no se ha enfrentado todavía, en su conjunto, a la policía del gobierno y no ha podido tomar conciencia todavía de que su primer enemigo es el zarismo mismo. El “economicismo”, en tanto que categoría aplicable únicamente a la Rusia prerrevolucionaria, debía ser superado de este modo muy rápidamente por los acontecimientos mismos, las manifestaciones políticas del proletariado en 1901. No es el producto de intelectuales aislados, sino la ideología necesaria de los primeros pasos del movimiento obrero ruso.

El “leninismo”, superación ilusoria del “economicismo”.

A diferencia del “economicismo”, el “leninismo”, es decir, a principios de siglo, el “iskrismo”: la primacía dada a la “lucha política”, aliada a una concepción ultracentralista de la organización y coronada por la tesis kautskista del aporte de la conciencia de clase “desde el exterior” a los obreros⁶, no es un producto del movimiento obrero ruso únicamente; es la ideología del movimiento histórico que lleva a la Revolución de Octubre y a la Rusia moderna; es el producto de las relaciones generales entre las clases en la sociedad rusa.

⁶ Ver K. Kautsky, *Las tres fuentes del Marxismo*, y los artículos que le siguen, *Ideología y lucha de clases* y *El “renegado” Kautsky y su discípulo Lenin* (Cuadernos Spartacus, serie A, nº 35).

Sobre los tres puntos enumerados más arriba, y que son sus características, el “leninismo” (de las tesis de *¿Qué hacer?*) es el opuesto exacto del “economicismo”. Para plagiar a Trotsky (cf. *Nuestras tareas políticas*, último capítulo), Lenin y los “iskristas” ponen *menos* y *más* allí donde los “economicistas” ponen *más* y *menos*: lucha política, lucha económica; organización extremadamente centralizada, organización extremadamente relajada; hay que aportar a los obreros la conciencia socialista, hay que dejar a los obreros que decidan ellos mismos. Esta discusión se planteó evidentemente fuera del “marxismo” (por más que las dos partes se hayan bombardeado abundantemente con citas).

Para Lenin (como para Kautsky), el proletariado era espontáneamente sindicalista; para los “economicistas”, en Rusia debería permanecer en este nivel durante un largo período. Lenin sacaba de su premisa la conclusión de que la tarea de los intelectuales revolucionarios era aportar la conciencia socialista, política, al proletariado; esto significaba que en aquella época (antes de la revolución burguesa), ellos debían tomar la dirección política de esta clase y hacerla entrar en la lucha general contra el zarismo. “Lucha política” no tenía otro contenido que lucha antifeudal, lucha burguesa. Esta lucha era necesaria, pero no tenía nada que ver con el movimiento revolucionario específico del proletariado, que no es político más que en la medida en que debe batirse contra la potencia política, es decir, el poder de la clase burguesa. Es su adversario el que determina el carácter político de su lucha; por sí mismo, el movimiento del proletariado tiende a la abolición de la política. Los “economicistas”, por su parte, declaraban que había que esperar a que el proletariado fuese revolucionario y que, *por el momento*, los socialdemócratas debían, de un lado, organizar las luchas sindicalistas, del otro, participar con la oposición liberal en la lucha contra el absolutismo.

De este modo, las tareas del período imponían a unos y a otros el concebirse (y ser) como exteriores al proletariado mismo, ya sea declarando que había que dejarlo actuar por sí mismo (espontaneísmo), ya sea declarando que había que aportarle una dirección que él habría sido incapaz de adquirir por sí solo (dirigismo). “Las condiciones rusas” obligaban al socialdemócrata a no ser, en realidad, más que un revolucionario en el sentido burgués del término (con una ideología “socialista”).

El “problema de la organización” estaba a la orden del día y sobre él apuntó la polémica en primer lugar. Los “iskristas” defendían el “centralismo”, y los “economicistas”, el “autonomismo”. La tendencia al centralismo es, al cambio de siglo, algo tan espontáneo como la creación de las primeras organizaciones socialdemócratas a escala local. Lenin y el grupo de la *Iskra* no fueron sino sus intérpretes más o menos conscientes. Que el “centralismo estaba en el aire” (es decir, en la realidad político-social misma), según la fórmula de Martov, está demostrado de modo particularmente claro por la aparición concomitante e independiente de dos grupos que se fijaban como objetivo la centralización de las fuerzas socialdemócratas: el grupo del *Youjny Rabotchi* y el grupo de la *Iskra*. La historia del *Youjny Rabotchi* (el *Obrero del Sur*) es, en efecto, el intento abortado de constituir el Partido de modo centralizado en torno a las tareas políticas comunes al conjunto del proletariado ruso (y, formalmente, alrededor de un grupo situado en Rusia misma, y no en el extranjero, como el grupo de la *Iskra*). Un año después de la fundación del *Youjny Rabotchi*, un gran número de organizaciones se habían agrupado ya a su alrededor en la Unión de los Comités y Organizaciones del Sur del P.O.S.D.R.⁷ El proceso debió detenerse momentáneamente

⁷ Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia.

en 1902 bajo los golpes de la represión policial. La centralización del P.O.S.D.R. no podía hacerse formalmente más que alrededor de un grupo situado fuera de Rusia.

La preparación del II Congreso del P.O.S.D.R. y el movimiento obrero.

Todo el período de la primera *Iskra* (la *Iskra* “leninista”, por tanto, hasta el mes de octubre de 1903) está dominado, en cuanto a la actividad del partido, por la preparación del Congreso y la lucha contra el “economicismo”, dos puntos que no constituían más que uno para la fracción “iskrista”.

Durante el año que precede a la aparición de la *Iskra* (1900), Lenin y Krupskaya se habían empleado en constituir en Rusia las bases materiales de la difusión del periódico, es decir, en coordinar una red de varias decenas de “agentes” que formaban la Organización de la *Iskra* en Rusia. La mayoría de los comités adoptaron la orientación de la *Iskra* (de una cuarentena de delegados al II Congreso, más de treinta eran “iskristas”), y esto es debido esencialmente al hecho de que la orientación de la *Iskra* se inscribía en la realidad de la ampliación y la profundización de las luchas. Además del episodio del *Youjny Rabotchi*, se podría citar el intento abortado en 1899 de un grupo de socialdemócratas petersburgueses de constituir el Partido de modo centralizado, los textos que Trotsky escribió en Siberia sobre la necesidad de la centralización de las organizaciones, etc. Sin esta tendencia general, la organización de “agentes” más perfecta jamás habría podido hacer nada y, sin duda, ni siquiera habría aparecido.

Pero, como lo relata Trotsky en *Nuestras tareas políticas*, la “lucha ideológica” fue acalorada en numerosos lugares y se terminó frecuentemente por la exclusión del movimiento obrero local; pues, evidentemente, los

“economicistas”, o pretendidamente tales, (para ser catalogado en esta categoría, bastaba levantarse contra la dictadura de la “intelligentsia” y no estar completamente de acuerdo con la línea de la *Iskra*) eran esencialmente obreros. Los obreros revolucionarios tenían alguna dificultad en admitir que era la intelligentsia la que tenía que aportarles la conciencia de clase proletaria. En esta época nacieron o se reforzaron las numerosas “Organizaciones obreras” existentes, en ciudades como Petersburgo, Jarkov, Odesa, Ekaterinoslav, Voronej (cf. *Informe de la Delegación Siberiana*), en competencia con los comités del Partido pero reclamándose también del Partido socialdemócrata.

Este hecho ilustra bien el “desenganche” que había aparecido ya entre el Partido y el “movimiento de las masas obreras organizadas”. Lo que cuenta en este dominio no es tanto lo que escribía la *Iskra*, es la actividad de los comités en Rusia. Ahora bien, Trotsky (cf. *Nuestras tareas políticas*) los describe como totalmente absorbidos por las luchas internas, que desconfiaban de los movimientos de huelga (¡sindicalistas!) y que seguían, en general, la “línea de la menor resistencia”. Según Rosa Luxemburgo, en *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*⁸, los movimientos de masas se desencadenaban sin el control del Partido y cuando los comités jugaban un papel en ellos, era en un sentido conservador⁹. Hay que esperar a que acabe 1904 para que Trotsky mismo capte toda la importancia de las huelgas de 1903 en el Sur y saque la conclusión de que la revolución comenzaría por una huelga general, idea que

⁸ Publicado en francés bajo el título: *Marxisme contre dictature*, Cuadernos Spartacus (Serie A, nº 7).

⁹ Cf. la huelga de Bakú de diciembre de 1904 descrita en *Cuadernos del mundo ruso y soviético*. Vol. III, abril-junio de 1962. El autor del artículo *La historia del movimiento revolucionario en Bakú* utiliza una gran cantidad de documentos desconocidos (u “olvidados”) hasta ahora.

era el único, o casi, en compartir en el P.O.S.D.R. (Deutscher, op. cit., p. 158). Este “descuelgue” condujo a la mayor parte de los social-demócratas a ignorar el hecho más importante de la revolución de 1905: la aparición de la “forma, al fin encontrada” de las revoluciones del siglo XX, los *soviets*.

Sólo se han necesitado unos años (1895-1905) para que aparezca un corte entre la lógica del movimiento obrero y la lógica de las primeras organizaciones que éste se había dado. Esto se refleja en las discusiones metafísicas del II Congreso.

La escisión bolcheviques-mencheviques y el movimiento obrero ruso.

El II Congreso, tanto tiempo esperado, acabó por reunirse en julio de 1903, primero en Bruselas y después, como los congresistas habían sido enfilados por la policía zarista, en Londres. Reunía a algunos delegados de la *Unión general de los obreros judíos* (el Bund), del *Rabotcheie Dielo* (la *Causa Obrera*, periódico editado en el extranjero por los “economicistas”), del *Youjny Rabotchi* y una mayoría de delegados (que representaban a los comités rusos y a la organización “iskrista” de los socialdemócratas emigrados: la *Liga*) que se encontraban en las posiciones de la *Iskra*. Es extremadamente difícil dar cifras exactas: algunos congresistas no tenían más que voto consultivo, otros, por el contrario, uno o incluso dos votos deliberativos (para aquellos a quienes interese esto, les remitimos a los sabios diagramas de Lenin en *Un paso adelante, dos pasos atrás*); finalmente, los delegados del *Bund* y del *Rabotcheie Dielo* no siguieron el Congreso cuando fue obligado a trasladarse a Londres.

Antes del Congreso parecía que la mayoría “iskrista” unida iba a aplastar a sus adversarios

(“economicistas” y “bundistas”) y tomar en sus manos los destinos del Partido. El Congreso (incluido el *Bund*) adoptó el programa del Partido en su conjunto. Los “iskristas” se unieron para reconocer la *Iskra* como el órgano central del Partido (lo que hasta entonces no era oficialmente) y para condenar y excluir al *Bund*, que reivindicaba una autonomía organizativa y exigía ser reconocido como el único representante socialdemócrata del proletariado judío. Al llegar el Congreso al examen de los estatutos y a los problemas de las elecciones a los órganos dirigentes es cuando estallaron las divergencias “*como un trueno en un cielo azul*”.

Las primeras divergencias graves se abrieron paso, entre bastidores, sobre el problema de los efectivos de la redacción de la *Iskra*; en el Congreso, sobre el párrafo I de los estatutos. La fracción “iskrista” se reunía entre cada sesión del Congreso; Lenin propuso entre ellos reducir el número de los redactores de seis a tres y, por tanto, excluir “por razones de eficacia” a tres de sus fundadores: Axelrod, Zazulich y Potresov. Fue el motivo personal de la ruptura entre, por un lado, Axelrod, Zazulich, Potresov, Martov y Trotsky, por el otro, Lenin y Plejanov. Las relaciones se volvieron tensas, viejas disputas que se creían extinguidas volvieron a surgir y en esta atmósfera sobrevino la discusión sobre los estatutos.

Martov y Lenin habían constatado, antes del Congreso, que no estaban totalmente de acuerdo sobre la definición de miembro del Partido (artículo I), pero no habían profundizado en el problema y, en el proyecto de estatutos que preparaba la comisión, dejó las dos versiones: el Congreso decidiría. El proyecto de Lenin era el siguiente: “Es miembro del Partido cualquiera que reconozca su programa y apoye el Partido, tanto materialmente como *militando personalmente en una de sus organizaciones*”. En lugar de las palabras subrayadas, Martov proponía, por su

parte: “trabajando bajo el control y la dirección de una de sus organizaciones”.¹⁰ Lo esencial es ver que Lenin (y Plejanov, que le apoyaba en este problema igualmente) reducía el partido del proletariado a la organización institucionalizada (lo cual estaba conforme con la línea de *¿Qué hacer?*), mientras que sus adversarios se atenían a la tesis del Manifiesto del 1er Congreso: “la socialdemocracia se empeña en ser y en seguir siendo el movimiento de clase de las masas obreras organizadas”. Axelrod declaraba, para dar un ejemplo concreto de sus posiciones, que un profesor que se considera como socialdemócrata y lo proclama es efectivamente miembro del partido.

La discusión fue extremadamente violenta, para sorpresa de las dos partes que se sentían dominadas por una lógica más fuerte que ellas. Los que estaban convirtiéndose en los mencheviques acusaron a Lenin de jacobinismo, Lenin los acusó de anarquismo. La polémica se planteaba en un terreno jurídico, se buscaba el criterio que permitiría decir que Pedro era miembro del Partido y que Pablo no lo era, como si hubiera otro “criterio” que no fuese la práctica social real de los individuos; se quería “controlar”, como si los “controladores” mismos no tuviesen necesidad de ser “controlados”.

Se tiene la costumbre de juzgar esta discusión como académica. Efectivamente es así como la juzgaron la mayoría de los delegados “de base” del Congreso (cf. *Informe de la Delegación Siberiana*). El corte entre la organización y el movimiento se había reproducido en el interior mismo de la organización; el esoterismo de los altercados entre dirigentes era la manifestación fatal de esta realidad. Por otro lado, que en aquel momento fuesen conscientes o no de ello, las dos fracciones representaban

¹⁰ Lenin, *Reseña del II Congreso del P.O.S.D.R., Obras completas*, 4ª ed., Tomo VII, p. 21.

dos movimientos históricos distintos; cada una de ellas reclamaba su propia forma organizativa (cf. más adelante el análisis de un artículo de Axelrod).

Finalmente, el proyecto de Martov triunfó, gracias al apoyo de los delegados “anti-iskristas” aún presentes. Esto tiene poca importancia: a pesar del intento de reunificación, después de 1905, el foso entre las dos partes se hará cada vez más profundo.

Trotsky, desde su llegada a Europa hasta la aparición de “Nuestras tareas políticas”

Trotsky no consagra más de dos páginas en *Mi Vida* (comienzo del capítulo XIII) a su período menchevique, es decir, de agosto de 1903 a agosto de 1904, el período que va desde el fin del Congreso a la publicación de *Nuestras tareas políticas*. Esto se comprende fácilmente: como escribe en el prefacio de *Mi Vida*, “este libro no es una fotografía impasible de mi existencia, es una parte de ella”. Es imposible exigirle que resucite en tal libro su corto período “menchevique” y su anti-leninismo violento. Pero se le debe exigir a quien quiera comprender el contexto político en el cual escribió *Nuestras tareas políticas* y el *Informe de la Delegación Siberiana*.

Trotsky, evadido de Siberia adonde había sido deportado por su actividad en la *Union de Nikolayev*, llegó a Europa meses antes del II Congreso. Inmediatamente se unió a la redacción de la *Iskra*, pues en Siberia él había llegado a las mismas conclusiones políticas. Adquirió rápidamente cierto renombre como conferenciante y escribió numerosos artículos para la *Iskra*. Lenin propuso incluso introducirlo como séptimo miembro de la redacción, pero Plejanov se opuso (*Mi Vida*, capítulo XII). En el Congreso, al que había sido delegado por la *Unión Siberiana* del P.O.S.D.R., combatió muy violentamente al

Bund y a los “anti-iskristas” en general; en el momento de la escisión se encontró del lado de la “minoría” y se convirtió en el adversario más ruidoso, pero también más brillante, de Lenin. Se había indignado por el proyecto de reorganización de la redacción (cf. más arriba) y por la actitud fraccionaria y “seguidista” de la “mayoría” en el interior de la fracción “iskrista”. Acusaba a Lenin de querer apoderarse de la dirección del Partido y de apoyar en ella su dictadura sobre “antiguos economicistas arrepentidos” (la “mayoría”).

Cuando en septiembre de 1903 se reunieron en conferencia los jefes de la “minoría”, fue Trotsky el que redactó la resolución que confirmaba el boicot de los órganos centrales del Partido (ocupados por los bolcheviques). Plejanov acabó por ceder: publicó en la *Iskra* de octubre un artículo, *Lo que no hay que hacer*, que criticaba la “intransigencia” de Lenin; al mismo tiempo, pidió a los antiguos miembros de la redacción que volviesen: Trotsky les siguió y se puso a trabajar para la *Iskra*, que ahora era totalmente menchevique, pues Lenin rechazó seguir siendo miembro de un órgano “que no había sido elegido por el Congreso”.

Trotsky publicó, a principios de 1904, el *Informe de la Delegación Siberiana*. El pretexto de este folleto era la necesidad, para el delegado, de hacer un informe para sus poderdantes sobre su actividad en el Congreso. Pero este folleto es, ante todo, una defensa de las posiciones y de las actitudes de la “minoría”, y un ataque contra Lenin. Este texto muestra mejor lo que pasó en el II Congreso que *Un paso adelante, dos pasos atrás*, publicado cuatro meses más tarde. El *Informe* contiene ya en estado embrionario las ideas que serán desarrolladas en *Nuestras tareas políticas*: en particular, la crítica del “robepierrismo” de Lenin y la idea de que la “substitución” de la clase por el Partido significa a breve plazo la substitución del Partido por la

organización, de la organización por el Comité Central y, finalmente, del Comité Central por el dictador. En un apéndice a este *Informe*, Trotsky cita un texto que él había escrito en Siberia para probar que él también está por el “centralismo” y contra el “diletantismo” organizativo de los “economicistas”. Él concibe el centralismo como un conjunto de relaciones en el Partido, producidas por él en el curso de su desarrollo; el centralismo debe ser ya una realidad del Partido para que se le proclame uno de sus principios de organización. El centralismo “impuesto” no sería más que la antítesis vacía del “diletantismo”. Recogiendo la expresión que él emplea en *Nuestras tareas políticas*, el centralismo socialdemócrata es un centralismo “a la europea” y no “a la asiática”: no es el agrupamiento voluntarista y violento de fuerzas dispersas y centrífugas, sino el conjunto de las relaciones orgánicas entre diferentes fuerzas que concurren hacia el mismo fin.

La primera ruptura con los mencheviques se produjo en abril de 1904. Como con frecuencia, las razones políticas fueron acompañadas por un antagonismo personal: la hostilidad de Plejanov (pasado, desde octubre, a la “minoría”) hacia Trotsky. Dos razones políticas oponían esencialmente a Trotsky con los mencheviques (al menos, con algunos de ellos); algunos mencheviques, entre otros, Plejanov, reprochaban a Trotsky ser demasiado violento en sus ataques contra Lenin. Un artículo de Trotsky sobre los liberales rusos, pero que contenía igualmente una polémica con los bolcheviques, provocó reacciones indignadas por parte de cierto número de comités y determinó a Plejanov a amenazar con dimitir si Trotsky no era excluido de la redacción de la *Iskra*. Después de tergiversaciones, la redacción prefirió Plejanov a Trotsky.

La otra razón de la ruptura, más fundamental, residía en las posiciones de ciertos mencheviques (Dan y Zazulich, sobre todo) frente a la corriente liberal rusa;

Trotsky era vigorosamente antiliberal mientras que una fracción de los mencheviques se inclinaba cada vez más abiertamente hacia una alianza con ellos.

Trotsky abandonó entonces los círculos mencheviques y evolucionó hacia una posición intermedia, conciliadora. Esta posición “por encima de las fracciones” es la que mantuvo hasta el verano de 1917, aunque haya abandonado pronto toda esperanza de reunificarlas. El término de esta evolución fue marcado por una *Carta abierta a los camaradas* que Trotsky envió, en septiembre de 1904, a la *Iskra*. El prefacio de *Nuestras tareas políticas*, escrito en agosto, representa un estadio intermedio; Trotsky se proclama aún menchevique, pero insiste ante todo en la necesidad de reunificar el Partido, requiriendo vivamente la “muerte organizativa” de la “minoría”.

La génesis de “Nuestras tareas políticas”

De abril a agosto de 1904 Trotsky se consagra a la elaboración de *Nuestras tareas políticas*. El motivo era todavía las divergencias en el interior de la socialdemocracia rusa, pero el autor quiso ampliar el debate e intentar encontrar causas profundas a lo que había pasado.

Dos tendencias principales se habían dibujado en el interior de la “minoría” sobre la “cuestión de las divergencias”. (La “mayoría”, por su propia naturaleza, no produjo nada esencial sobre la materia; *Un paso adelante, dos pasos atrás* de Lenin, con su aritmética electoral y sus pobres razonamientos, nos parece falta de interés). Algunos literatos de la “minoría”, principalmente Martov y Plejanov, se aplicaron esencialmente a una “crítica ideológica” de las posiciones de Lenin; se complacieron en mostrar la contradicción entre las tesis de Lenin y textos de Marx bien elegidos, en burlarse del “burocratismo” de la “mayoría”, en acusarla de jacobinismo. Pero, en la pluma de Martov, por

ejemplo, “burocratismo” era empleado primero en el sentido de “mezquino”: se trataba de una actitud (la carrera tras un puesto); por lo demás, no empleaba el término internacional “biurokratizm”, sino el término bien ruso “miestnitchestvo”. En boca de Martov y de Plejanov, el término “jacobinismo” era mucho más una burla que el reflejo de un análisis profundo.

Así, estas líneas extraídas de un artículo de Martov (nº 67 de la *Iskra*), *¿Adelante, o hacia atrás? A guisa de oración fúnebre*: “¡Ay! Camarada Lenin: el jacobino que ha establecido un lazo indisoluble con el proletariado¹¹ es pura y simplemente un demócrata burgués, y el “lazo indisoluble” entre el “jacobino”, una figura política histórica concreta, y el proletariado consciente es un *disparate que revela toda la indigencia del pensamiento político de nuestro autor*”. Trotsky recuperará casi palabra por palabra este pasaje (en *Nuestras tareas políticas*) pero bajo la apariencia del “disparate” intentará descubrir el contenido de clase de la ideología “leninista”.

La misma clase de crítica (“ideológica”, “dogmática” incluso) aparece en un artículo de Plejanov (*Iskra* nº 70, verano de 1904) que critica las tesis de *¿Qué hacer?* A la propuesta: la conciencia de clase debe ser aportada a los obreros “desde el exterior”, Plejanov opone el famoso pasaje de *La Sagrada Familia*: “Cuando los escritores socialistas atribuyen al proletariado este papel histórico, en ningún caso es (...) que consideren a los proletarios como a *dioses*. Muy al contrario. Es porque la abstracción de toda humanidad, de la apariencia misma de humanidad (*Menschlichkeit*) está acabada prácticamente en el proletariado una vez formado, es porque en las

¹¹ Martov se burla de la famosa definición de Lenin (*Un paso adelante...* p. 210): “El jacobino, ligado indisolublemente a la organización del proletariado consciente de sus intereses de clase, es justamente el social-demócrata revolucionario”.

condiciones de vida del proletariado están concentradas, bajo su aspecto más inhumano, las condiciones de vida de la sociedad actual, es porque en él (el proletariado) el hombre se ha perdido a sí mismo, pero ha adquirido al mismo tiempo no sólo la conciencia teórica de esta pérdida, sino también la miseria absoluta – expresión práctica de la necesidad (juego de palabras sobre Not/Notwendigkeit) – que ya no puede alejar, que ya no puede ocultar, y que le obliga a sublevarse contra esta inhumanidad; es por esto por lo que el proletariado puede y debe liberarse a sí mismo. Pero no puede liberarse sin suprimir sus propias condiciones de existencia. No puede suprimir sus propias condiciones de vida sin suprimir *todas* las condiciones de vida inhumanas de la sociedad actual y que están concentradas en su situación. No en vano pasa por la escuela dura, pero “endurecedora” del trabajo. No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, se *representa* como su fin en la hora actual. Se trata de saber *lo que es* y lo que, por este *ser*, estará obligado históricamente a hacer.¹²

Plejanov se asombra, pues, de que Lenin, que no obstante pretende ser marxista, ose afirmar lo contrario, y se pregunta *dónde* ha podido ciertamente pescar sus tesis (!). Su explicación se detiene ahí (como la mayor parte del tiempo, la de Trotsky en *Nuestras tareas políticas*): Lenin y su ideología aparecen como un malentendido histórico.

Desde finales de 1903, en un artículo que apareció en forma de “entregas” en los n° 55 y 57 de la *Iskra*, Axelrod había intentado llevar el análisis de las

¹² *Marx-Engels Werke*, Dietz Verlag, Berlín, tomo 3, p. 38. Que los leninistas se tranquilicen, este texto de Marx es anterior al “corte epistemológico”. Como todo el mundo sabe, el “corte epistemológico” es, junto con cierto número de conceptos, de los que algunos no carecen de astucia, el último hallazgo con vistas a salvar el leninismo, imaginado por el *último* pensador del P.C.F.

divergencias hasta el final, es decir, hasta el descubrimiento de su carácter de clase. El título es: *La Unificación de la Socialdemocracia rusa y sus tareas*. Trotsky se refiere a él frecuentemente en *Nuestras tareas políticas*.

Axelrod pone en epigrama un pasaje del 18 *Brumario* apropiado especialmente a lo que pasa y pasará en Rusia.¹³ El artículo se divide en tres momentos principales que se imbrican los unos con los otros: el análisis de las condiciones en las cuales ha nacido y se ha desarrollado la socialdemocracia rusa; las tareas dobles de ésta y las dos tendencias que han aparecido necesariamente en su seno; finalmente, una serie de anticipaciones sobre lo que sería una victoria de los bolcheviques. El fin de la socialdemocracia es, como en otras partes, la revolución socialista; pero, al no estar hecha la revolución burguesa en Rusia, la social-democracia se ve obligada objetivamente, para llegar a su fin, a emplear un medio que la arrastra en una dirección inversa (la lucha democrática que culmina en la revolución burguesa contra el zarismo). El medio tiene todas las probabilidades de ser más fuerte que el fin mismo; el objetivo socialista que se fija la socialdemocracia tiende, cada vez más, a no ser sino una aspiración completamente “subjetiva”, una ideología; la “espontaneidad” (las necesidades de la lucha en las “condiciones rusas”) empuja a la socialdemocracia por la vía de una lucha que no tiene nada de específicamente socialista. Esto determina la aparición de dos tendencias en el Partido que reivindica la representación y la dirección del movimiento proletario; una tendencia minoritaria “que resiste”, no se deja arrastrar por la pendiente resbaladiza de la lucha democrática y se

¹³ *El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, Ed. Pauvert, p. 224.

empeña en permanecer en posiciones únicamente proletarias; una tendencia que, no viendo el peligro, juega ella misma el papel que la burguesía no juega en Rusia, se pone a la cabeza del movimiento democrático y acaba por hacer de la lucha del proletariado una palanca para la revolución burguesa. Según Axelrod, estas dos tendencias son las que se han separado en el Congreso; y no es una casualidad si el enfrentamiento ha tenido lugar sobre los estatutos: la forma organizativa que un movimiento determinado se da es rigurosamente esencial para él. La corriente radical-burguesa encuentra su ideal en las formas organizativas de la burguesía revolucionaria (el jacobinismo)¹⁴; su partido no debe dar cabida más que a los profesionales de la revolución y ser exterior al proletariado mismo. Que sus miembros sean conscientes de ello o no, un partido así está hecho para una toma del poder, a la blanquista, en un futuro próximo. Los mencheviques, por el contrario, esperan que la revolución burguesa no sea hecha por el Partido que se reclama del proletariado, y se atienen a las formas de organización de la socialdemocracia occidental. Quieren que el Partido se convierta efectivamente en parte integrante del proletariado, no glorifican y no quieren, de ninguna manera, institucionalizar lo que han impuesto las condiciones de la lucha en Rusia: una organización formada casi exclusivamente por intelectuales desclasados y por obreros abstraídos de su clase.¹⁵

¹⁴ Lenin afirma siempre su admiración por la organización del partido populista *Zemlia i Volia* (cf., por ejemplo, en *¿Qué hacer?* “La organización conspiradora” y el “democratismo”).

¹⁵ Esto, y el hecho de que el bolchevismo no tenía de proletario más que la ideología, se refleja (evidentemente, a la inversa) en la tesis fundamental de Lenin: la conciencia de clase debe ser aportada a los obreros desde el exterior. Efectivamente, hay que “educar” al proletariado cuando se le hace hacer, sea lo que se

No es sino a partir de este análisis como Axelrod logra prever la dirección por la que los bolcheviques arrastran al Partido y profetizar su resultado: “Todos los elementos radicales de la intelligentsia se han unido bajo la bandera de la socialdemocracia, se agrupan alrededor de su organización central, la apoyan por todos los medios y le suministran un contingente cada vez más grande de revolucionarios profesionales, es decir, de los únicos individuos que pueden entrar en esta organización a pleno derecho (cf. el proyecto de párrafo I redactado por Lenin). Por otra parte, las masas obreras, en una medida mucho más grande que ahora, siguen las indicaciones de esta organización y están dispuestas a obedecerla (Axelrod cita

piense y se diga de ello, una revolución que no conduce más que a perpetuar su propia explotación. Los distintos ideólogos actuales del bolchevismo han llegado a una degeneración teórica tal que no pueden ver en nuestra afirmación, en el mejor de los casos, más que una crítica moral. A este nivel irrisorio, se equivocan una vez más: guardamos tanta admiración por Lenin y Trotsky como tenemos desprecio por sus epígonos. De hecho, nos limitamos a describir la realidad: 1º, la revolución rusa, a través de la destrucción de las relaciones políticas y sociales anteriores, no ha hecho más que perpetuar la explotación del proletariado, desarrollar el salariado y permitir el desarrollo del capital; 2º, Lenin y Trotsky han sido los dirigentes auténticos de esta revolución ambigua. Nosotros reafirmamos simplemente, con Marx y Engels, dirigiéndonos a los voluntaristas y moralistas, que la conciencia no hace la historia, que si son los hombres quienes la hacen, no la hacen “libremente”, sino dentro de los límites de su propia época, que si estos hombres actúan siempre fijándose ciertos objetivos, no son éstos los que alcanzan en general sino otros que les impone la realidad (cf. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, de Engels, en donde este punto de vista es expuesto del modo más magistral; cf. igualmente C. Marx, *La crítica moralista o la moral crítica*, Costes ed., *Obras filosóficas*, tomo 3.

entonces, para apoyar su hipótesis, los estatutos que se ha dado un comité del P.O.S.D.R.). ¿Qué significaría esto? ¿Cuál sería el sentido social y político de esta hipótesis realizada? Los que no tienen miedo a llamar las cosas por su nombre responderán fácilmente a la cuestión. Tendríamos una organización revolucionaria política de la burguesía democrática, conduciendo a las masas obreras de Rusia como un ejército de combate. Y para acabar su fatal ironía, la historia quizás nos pondría incluso también a la cabeza de esta organización burguesa revolucionaria, no a un simple socialdemócrata, sino a un marxista de lo más “ortodoxo” (por origen).

Marx escribe a propósito de la Revolución Francesa: “Es en las tradiciones clásicas y severas de la república romana donde aquellos que luchaban por la libertad han encontrado los ideales y las formas artísticas ilusorias necesarias para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de su lucha”. ¿Por qué no nos jugaría la historia la misma pasada envolviéndonos en el ropaje ideal de la social-democracia revolucionaria “clásica” a fin de ocultarnos a nosotros mismos el “contenido burguesamente limitado” de nuestro movimiento?”

Sólo faltaba sacar de la burocratización, ya extremadamente desarrollada, del P.O.S.D.R. la “previsión” de que, en la Rusia post-revolucionaria, el desarrollo del capitalismo sería administrado primeramente quizá por los obreros, a continuación por una burocracia; pero Axelrod no lo hizo.

En muchas ocasiones, Trotsky se refiere a este artículo. De hecho, numerosos pasajes de *Nuestras tareas políticas* sólo son desarrollos del mismo, particularmente el único capítulo que se haya conocido hasta hoy (citado por Deutscher, en *El Profeta Armado*, fin del capítulo III). *Nuestras tareas políticas* son por tanto un producto del

pensamiento socialdemócrata ruso de la época; la única cosa que distingue a Trotsky de la mayoría de sus compañeros de Partido (mencheviques y bolcheviques también), es el anuncio de la inminencia de la revolución y el fervor revolucionario (esto, sobre todo, en comparación con los mencheviques). Pero incluso en este libro, el pensamiento socialdemócrata ruso no alcanza una clara visión de las cosas; un Marx ruso era imposible en las condiciones de la Rusia de entonces. La época y el país necesitaban, ante todo, ideología, no teoría. Por esto, ésta no existió en el partido socialdemócrata, en el mejor de los casos, más que en estado difuso; elementos de teoría se encuentran en Lenin, en los mencheviques y, sobre todo después de 1905, en Trotsky, pero quedaron ahogados en las ilusiones. Lo que caracteriza mucho mejor el pensamiento socialdemócrata ruso (y particularmente, el bolchevismo), es el error total a propósito de la cuestión de la organización y de la conciencia de clase; es, por otro lado, el interés casi nulo por los problemas referentes a la transformación revolucionaria de las relaciones sociales capitalistas. En esto, eran hombres de su época, pero no de la nuestra. Por eso, para nosotros no se trata de “rehabilitar” a los mencheviques más bien que a los bolcheviques. La mayoría de los mencheviques se hundió en el reformismo de la II Internacional y la colaboración sin esperanza con la burguesía rusa; los bolcheviques, por su lado, realizaron las tareas que la burguesía rusa era incapaz de llevar a cabo. Se trataba simplemente de mostrar que en el Partido socialdemócrata, y especialmente en Axelrod y Trotsky, se encontraban elementos de una teoría de la revolución rusa.

Nuestras tareas políticas tienen infinitamente puntos comunes con el artículo de Rosa Luxemburgo:

*Problemas de organización de la socialdemocracia rusa.*¹⁶ En su lucha contra los bolcheviques, los mencheviques llamaron en su auxilio a los grandes nombres del socialismo internacional, especialmente Kautsky y Luxemburgo. Kautsky veía las cosas de lejos y desde arriba, y condenó a los bolcheviques sin conocer sus posiciones de otro modo que por lo que le habían dicho los mencheviques. Luxemburgo, por el contrario, estaba al corriente de los rasgos fundamentales del movimiento revolucionario ruso. Había leído las obras principales de Lenin, lo que, evidentemente, era la condición mínima para una crítica válida. Por eso su artículo, que apareció en julio de 1904 en la *Iskra* y en *Neue Zeit*, el órgano central de la Socialdemocracia alemana, tuvo más peso. Éste artículo hizo mucho por la causa de los mencheviques en Rusia. Por esta razón Lenin le dio una respuesta que cada cual apreciará a su manera y que Luxemburgo calificó de “charlatanería”.¹⁷

Trotsky “bolchevique-leninista” y “Nuestras tareas políticas”

Trotsky no dice ni pío de este folleto en *Mi Vida*; se opuso toda su vida a la traducción o a la reedición de *Nuestras tareas políticas* y del *Informe de la Delegación Siberiana*. Trotsky, convertido desde finales de los años 20 en el apóstol intransigente del “bolchevismo-leninismo” contra los estalinistas, no podía entregar a su público obras consagradas a una crítica acerba y frecuentemente pertinente de las tesis y de las “prácticas” de Lenin. Sin

¹⁶ Trotsky señala en *Mi Vida* (inicio del capítulo XVI) que, en 1904, se relacionó con Rosa Luxemburgo.

¹⁷ Esta respuesta, titulada *Un paso adelante, dos pasos atrás*, debería aparecer en las ediciones Belfond en la misma colección que *Nuestras tareas políticas*. Cf. Netti, *Rosa Luxemburgo*, p. 293, Ed. inglesa.

embargo, se le ve al final de su vida rescatar del olvido *Nuestras tareas políticas* y declarar que continúa adhiriéndose a ciertas tesis expresadas en este libro: Trotsky evoca el período que siguió al II Congreso y analiza el papel importante jugado entonces en el Partido por los “partidarios del Comité”; pasa entonces al texto: “En un folleto titulado *Nuestras tareas políticas* que escribí en 1904 y cuyas críticas dirigidas contra Lenin carecían *con frecuencia* (subrayado por nosotros) de madurez y de precisión, hay no obstante páginas que dan una idea completamente justa del modo de pensar de los “partidarios del Comité” de aquel tiempo, los cuales habían dejado de sentir la necesidad de apoyarse en los obreros después que “habían encontrado apoyo en los principios de la centralización”. La lucha que Lenin debía sostener un año más tarde en el Congreso¹⁸ contra los “comitistas” altivos confirmó plenamente este análisis. El fetichismo de la organización le era extraño; enseguida advirtió en el III Congreso el espíritu de *casta*¹⁹ de los “comitistas” y entabló

¹⁸ El III Congreso, en 1905, fue únicamente bolchevique; no había un solo obrero entre los delegados (cf. los *Recuerdos* de Krupskaya, citados por Suvarin en su *Stalin*, p. 72).

¹⁹ Según Trotsky, es una casta burocrática la que detenta, en la hora actual, el poder *político* en la U.R.S.S., mientras que, en la sociedad, la revolución habría realizado las “bases del socialismo”: nacionalización, colectivización de los campos, monopolio estatal del comercio exterior, etc. Al afirmar que la sociedad rusa actual sería una especie de intermedio entre el capitalismo y el socialismo, dicho de otra manera, una especie de “primera fase de la sociedad socialista” de la que Rusia no habría salido después de cincuenta años, el trotskismo se une al reformismo clásico, que piensa que el socialismo puede ser alcanzado por etapas sucesivas. El socialismo (que Marx llamaba más bien la primera fase del comunismo) no es “empíricamente posible más que como el acto repentino y simultáneo de los pueblos dominantes”. Si la revolución queda limitada a un sector, la supervivencia de las

contra ellos una lucha reñida. “Pero, prosigue Trotsky, la victoria fue para los “comitistas”, los cuales proclamaban que los obreros no podían entrar en los comités del Partido” (*Stalin*)²⁰. Así Trotsky estableció un cierto “puente” entre el partido bolchevique y la “degeneración burocrática de la U.R.S.S.”.

El “giro” de Trotsky

¿Por qué eligió Trotsky encabezar con los bolcheviques un movimiento que él caracterizaba, en 1904, como “radical burgués”? Para decir las cosas con más claridad, cómo es posible que Trotsky haya sido un agente (entre otros) de un movimiento histórico que acabó por generalizar la explotación capitalista en Rusia? La “solución” se encuentra en la teoría de la “revolución permanente” y en el movimiento histórico específico que esta teoría explica.

La teoría de la “revolución permanente” que Trotsky expuso magistralmente en *Balance* y *Perspectivas*²¹, en 1906, muestra que, al ser la burguesía rusa demasiado débil para llevar a cabo la revolución

relaciones mercantiles en el interior y en el exterior de este sector mantiene en él fatalmente (y en el mejor de los casos) el modo de producción capitalista. Y “se recae en la antigua mierda” (*Ideología Alemana*). Cada página del *Capital* es una descripción y una explicación del sistema social existente en Rusia. El trotskismo, al hacer pasar este sistema por un “inicio del comunismo”, juega el papel de ideología de izquierda de este sistema. Al afirmar que el paso al socialismo verdadero puede ser realizado en Rusia por una revolución únicamente política, revela su verdadera naturaleza: la ideología de una fracción de la burocracia rusa eliminada por otra.

²⁰ Edit. Grasset, p. 89-90.

²¹ Edit. De Minuit.

burguesa (y esto, por razones históricas que él expone en su libro), es el proletariado el que la hará, apoyándose en el campesinado revolucionario y dirigiéndolo; pero (es a partir de este *pero* cuando comienza la ideología), el poder proletario no podrá contentarse con las experiencias de la revolución burguesa e intentará pasar lo más rápidamente posible a la revolución proletaria misma y al socialismo. Para esto, la revolución debe extenderse lo más rápido posible, tras la toma del poder en Rusia misma, a los países capitalistas avanzados; Trotsky, que todavía conserva la concepción marxiana del socialismo²², sabe que éste no puede realizarse más que a escala internacional (cf. *la Ideología Alemana*, el fin del capítulo “Historia”) y que una revolución que se limite sólo a Rusia es incapaz de sobrepasar el capitalismo.

Este aspecto, la internacionalización del proceso revolucionario, es el único que se ha retenido en la teoría de la “revolución permanente”; no es secundario, pero abstraído de su contexto (como lo ven los estalinistas), se reduce al absurdo de la exportación de la revolución, tesis que Trotsky jamás defendió. La internacionalización de la revolución es la condición *sine qua non* de la posibilidad de la “revolución permanente” en Rusia. Pero la teoría de la internacionalización no es en ningún caso la teoría de la “revolución permanente”.

La primera parte de esta teoría se verificó, y Lenin se adhirió a ella en 1917 cuando declaró, contra la opinión de sus partidarios, que el proletariado, con el Partido bolchevique a la cabeza, debía prepararse para tomar el poder. La internacionalización de la revolución no se realizó; el proceso se paró en Rusia en el nivel del capitalismo de Estado, y el proletariado ruso perdió muy rápidamente todo poder.

²² La abandonó en la segunda parte de su vida. Cf. nota 19.

La teoría de Trotsky (y de Parvus²³, como lo reconoció siempre) explica en parte la naturaleza del

²³ Parvus: Seudónimo de A. L. Helfand, judío ruso establecido en Alemania; economista, periodista; colaboraba en la *Neue Zeit*, órgano central de la socialdemocracia alemana (y de toda la segunda Internacional) y en la *Iskra*. Se situaba en la extrema izquierda de la socialdemocracia alemana; desde el principio, entabló la lucha contra el reformismo. Editaba él mismo una revista titulada *Aus der Weltpolitik* (La política mundial) en la que, desde 1895, había previsto la guerra ruso-japonesa y la revolución que resultaría de ella en Rusia. Uno de los raros teóricos de la época que haya sido capaz de hacer análisis a escala mundial en obras tales como *La economía mundial y la crisis agrícola*. Ante el partido ruso, Parvus adoptó una actitud “por encima de las fracciones”, como Trotsky, en el momento en que los dos hombres entraron en colaboración (otoño de 1904). Parvus hizo aparecer en la *Iskra* una larga serie de artículos titulada *Rusia y la revolución*; analizando en ella las relaciones de fuerzas a escala mundial, concluía: “El proceso mundial de desarrollo del capitalismo conduce a una conmoción política en Rusia, la cual tendrá necesariamente repercusiones en el desarrollo político de todos los países capitalistas”. (1904). En el mismo momento comienza a exponer la *teoría de la revolución permanente* (que Trotsky tomará a su cargo desarrollándola en *Balance y Perspectivas*, 1906): el proletariado es la única clase que podrá realizar la revolución burguesa en Rusia; pero el proletariado, una vez dueño del poder político, no podrá, por lo que es, contentarse con este estadio y se instalará un período de “revolución permanente”: la revolución burguesa se desbordará en unos años en revolución socializada, y todo este proceso se hará bajo la dirección del proletariado. Es a este análisis global al que Parvus ligaba su crítica de las concepciones organizativas y de los métodos políticos de Lenin (*Nuestras Divergencias*, 1905). Parvus previó incluso su propia evolución (acabó como consejero político de Ebert, jefe de la socialdemocracia contrarrevolucionaria alemana y presidente de la República de Weimar) al prever el destino de la socialdemocracia en general: “*Hay que llegar a la conclusión*

movimiento en el que tomó parte y explica igualmente *por qué* tomó parte en él: la idea de la “revolución permanente” le aseguraba que la acción que emprendía desembocaría a corto plazo en el socialismo y no en la supervivencia del capitalismo. La teoría de la “revolución permanente” representa algo ambiguo: en su primera parte, es una teoría científica del movimiento histórico que lleva a la revolución del 17. Y el mérito de Parvus y de Trotsky está en haber sido los primeros en formular la teoría de este movimiento (Axelrod, que hemos citado, sólo se quedó en el estadio de la hipótesis), en un momento en que sus actores se atenían a esquemas ilusorios. Lenin pensaba que la revolución, teniendo en cuenta la debilidad de la burguesía, instauraría una “dictadura democrática de los obreros y de los campesinos”, es decir, que los obreros y los campesinos tomarían el poder para liquidar los vestigios del feudalismo y el absolutismo (revolución burguesa). No es sino en sus tesis de abril de 1917 cuando Lenin habló de “transformación” de la revolución burguesa en revolución proletaria. Los mencheviques, por su parte, se atenían al esquema llamado “clásico” (compartido por todo el Partido antes de 1905, comprendido Trotsky en *Nuestras tareas políticas*): primero la burguesía hará su revolución, ayudada, entre otras clases, por el proletariado, y realizará la emancipación política de Rusia; después de lo cual, en el marco de la “futura Rusia libre”, el proletariado podrá pasar a la lucha por la revolución socialista.

*paradójica de que el factor subjetivo más decisivo del desarrollo histórico no es la sabiduría, sino la estupidez política... La historia ha manejado frecuentemente a su antojo a aquellos que creían tenerla en jaque... No es imposible imaginar que los acontecimientos tomen un giro tal que el partido socialdemócrata sea políticamente responsable de la supervivencia del orden capitalista”. (Según Deutscher, *El Profeta Armado*, p. 144 y ss). (Nota del traductor, D. Authier).*

Pero, por su segundo y tercer momento (paso a la revolución socialista en Rusia por la internacionalización del proceso revolucionario), la “teoría de la revolución permanente” jugó, para Trotsky y para los revolucionarios rusos que la adoptaron, un papel de ideología: les permitió ocultarse a sí mismos el “carácter burguesamente limitado” de su movimiento, permitió a este movimiento encontrar los jefes que no podía encontrar en la burguesía misma.

La teoría de la “revolución permanente” ha sobrevivido a Trotsky y a la revolución rusa. Es que, mejor que cualquier otra, parece explicar las revoluciones que se han producido desde entonces en los países en que el capitalismo estaba poco desarrollado y la burguesía era incapaz de realizar la revolución burguesa (que, en este caso, iba acompañada de una lucha de liberación nacional). Esta teoría explica que la “revolución nacional” no puede ser realizada más que por un “bloque de clases” en que el proletariado (es decir, lo equivalente al Partido que se reclama de él) debe tener el papel dirigente. De hecho, en este caso también, el Partido (la piedra angular de este “bloque de clases”) toma el poder apoyándose esencialmente en el movimiento campesino; entonces se instaura el único sistema social posible (a pesar de todas las supuestas “revoluciones culturales”): el capitalismo, administrado por una burocracia de la cual el Partido es el núcleo primitivo y dirigente. El doble mérito de la “teoría de la revolución permanente” es, aquí también, que parece explicar lo que pasa y enmascararlo. Esto, entre otras cosas, vale a Trotsky su celebridad actual.

Los leninistas y la revolución proletaria

¿Por qué se publican ahora estos textos, y sólo ahora? No se trata, evidentemente, de un nuevo descubrimiento. Hemos visto que Trotsky no había olvidado

esta obra. Es señalada igualmente por un cierto número de otros autores: Deutscher hace de ella una larga paráfrasis al final del tercer capítulo del *Profeta Armado*. Este texto es citado asimismo por Suvarin en *Stalin, Bosquejo histórico del bolchevismo*; después de haber evocado la crítica que Rosa Luxemburgo hizo de Lenin, aquél escribe: “Pero los golpes más violentos, si no los más eficaces, serán dados por Trotsky cuyo folleto *Nuestras tareas políticas* trata a Lenin de “jefe del ala reaccionaria de nuestro partido” y denuncia la “caricatura anodina de la intransigencia trágica del jacobinismo” (p. 66).

Las citas más amplias que se han hecho de *Nuestras tareas políticas* y del *Informe de la Delegación Siberiana*, lo han sido, por lo que sabemos, en un artículo de K. Papaioannou, *El Partido Totalitario*, aparecido en el número de julio-agosto de 1966 de la revista *Le Contrat Social*.

La lectura de este artículo es lo que nos incitó a traducir y publicar estos textos en francés. Sin el movimiento estudiantil y la huelga general de mayo de 1968 (que crearon el “mercado” necesario), este proyecto no habría sido realizado tan pronto. Y es esto, para acabar, lo que hay que subrayar rápidamente.

El movimiento de mayo ha vuelto a dar una vida más o menos artificial a un cierto número de corrientes revolucionarias del pasado y, entre ellas, al “anti-leninismo de izquierda”. La debilidad del movimiento revolucionario se ha manifestado en esta incapacidad para “superar el pasado”. Ha “rehecho” 1848, la Comuna, 1917, Barcelona e incluso el “frente popular”. Parece, no obstante, haber creado una nueva forma: los Comités de Acción. Pero el agrupamiento de los revolucionarios en pequeños grupos ha marcado todas las épocas en que el movimiento revolucionario no existía más que en un estado embrionario. Finalmente, los Comités de Acción no han sido muy

frecuentemente sino las “organizaciones de masas” de las diferentes “vanguardias” grupusculares. Únicamente una minoría de Comités de Acción, escapando a toda otra “dirección” que la dirección misma de su voluntad, ha podido representar algo positivo. Esta positividad se limitaba a su existencia misma, como forma nueva revolucionaria; no afecta a su acción, que fue un sindicalismo más *duro* que el sindicalismo oficial.

Así, ha aparecido una *forma* revolucionaria, pero no su contenido. Sólo la ideología dominante puede hacer tomar por la revolución de la edad moderna lo que no fue con frecuencia más que una parodia.

En la parodia, toda suerte de personajes tenían su papel a jugar, y esto es lo que explica la importancia tomada por los desechos de otra época: los estalinistas de todo pelaje (P.C.F., prochinos, etc.) rehaciendo el “frente popular”, los trotskistas llamando al “frente único obrero” (es decir, una coalición electoral de las organizaciones en apariencia obreras, partidos y sindicatos), los diversos “espontaneístas”, “obreristas” y “ultra-izquierdistas” haciendo propaganda para la autogestión por los obreros de la miseria capitalista. Todo esto fue y sigue estando coronado por debates sobre el “problema de la organización” en que cada cual recita un papel aprendido hace cincuenta años y más. *Nuestras tareas políticas* y el *Informe de la Delegación Siberiana* añadirán un papel más al repertorio y permitirán acelerar la descomposición natural del “leninismo”.

El “leninismo” se ha refugiado hoy en los grupúsculos estudiantiles: es que, efectivamente, para invertir la fórmula de *¿Qué hacer?*, “entregados a sus fuerzas solamente, los revolucionarios no-proletarios no pueden elevarse más que a una conciencia leninista”. La misma razón que hace que la clase obrera sea la única clase espontáneamente revolucionaria, es decir, su situación en

las relaciones sociales actuales, hace que los estudiantes no sean espontáneamente capaces más que de un revolucionarismo formal. En el mejor de los casos, no pueden ser portadores sino de aspiraciones revolucionarias vacías. Esto se manifestó en la teatralidad y la logomaquia de las asambleas de estudiantes. La pretendida “revolución estudiantil” no desembocó en nada y se hundió con el fin de la huelga general que había creado por sí sola la situación en que esa “revolución” podía subsistir. El movimiento estudiantil no ha sido el “detonador”, sino el “billete de entrada”²⁴ de una nueva revolución apenas comenzada. En la situación de mayo, el proletariado ha permanecido globalmente reformista y esto explica que haya podido continuar haciéndose “maniobrar” por las fuerzas del viejo mundo. La aparición de una franja revolucionaria extremadamente minoritaria en el proletariado es el único hecho importante de mayo; es el único que nos asegura que un nuevo proceso revolucionario se ha desencadenado efectivamente.

Los problemas que esta revolución tendrá que resolver serán diferentes de los que se han planteado en mayo; por un lado, serán los problemas militares y políticos de la insurrección y el aplastamiento “físico” inmediato de las fuerzas reaccionarias; por otro, los problemas de la destrucción, en sus raíces (las relaciones *mercantiles*) de la

²⁴ “El nombre bajo el cual una revolución se introduce no es jamás el que llevará en sus banderas el día del triunfo. Para asegurarse posibilidades de éxito, los movimientos revolucionarios son forzados, en la sociedad moderna, a tomar prestados sus colores, desde el principio, a los elementos del pueblo que, aun oponiéndose al gobierno existente, viven en total armonía con la sociedad existente. En una palabra, las revoluciones deben conseguir su *billete de entrada* para la escena oficial de manos de las clases dirigentes mismas.” (Carlos Marx, *New York Tribune*, 27-7-1857).

economía capitalista y de toda ECONOMÍA; los problemas que plantea la apropiación nuevamente por la sociedad del proceso de producción ya socializado, pero todavía en manos de una clase minoritaria, todavía aprisionado en el marco del intercambio individual.

El “problema de la organización” no es más que una fórmula vacía y no se plantea más que a aquellos que preocupa la organización de la organización. Cuando se plantean las tareas revolucionarias (y apenas fue éste el caso en mayo), las fuerzas revolucionarias, engendradas por la sociedad que deben destruir, se organizan espontáneamente para resolverlas.

La organización que se da un movimiento revolucionario, así como su programa y sus fines, está determinado por la situación concreta de la época, y las formas que se da evolucionan cuando se modifican las condiciones del combate. Un movimiento revolucionario corresponde siempre, a la vez, a la sociedad que va a suprimir y a la que va a instaurar. El bolchevismo es un producto de las condiciones *particulares* de la Rusia zarista; los rasgos característicos de la Rusia “soviética” existen ya en la organización del Partido que ha sido llevado efectivamente al centro del proceso revolucionario; cuando se ha mostrado esto, se ha acabado la crítica teórica del “leninismo”, de esa pretensión grotesca de los epígonos de buscar en Lenin-Trotsky la teoría de la revolución a venir. Ésta, para triunfar, debe pasar obligatoriamente por la crítica del leninismo-trotskismo (entre otras cosas) para llegar a una visión adecuada de lo que ella misma es y de sus tareas. Accesoriamente, al haber hecho caer los oropeles de jefes geniales que continúan recubriendo a Lenin y a Trotsky, les restituirá su verdadera grandeza de militantes revolucionarios. (Julio de 1969)

LEÓN TROSKY

**INFORME
DE LA DELEGACIÓN SIBERIANA**

Prefacio

No me he decidido inmediatamente a publicar este trabajo. Fue concebido para los comités de nuestro Partido en los dos días que siguieron al final del Congreso. Fue escrito de prisa con fines de agitación que no toleraban ningún retraso. El carácter candente de las cuestiones que abordo en este folleto le ha valido ser difundido más ampliamente de lo que yo calculaba. Sin embargo, no tiene más que la forma de un informe que presento como delegado al Congreso de la organización por la Unión siberiana. Se han hecho copias de lo que había escrito y copias de estas copias, abundantes – repitiendo las palabras del monje Laurent²⁵ - en pasajes olvidados, añadidos y escritos de nuevo. Este proceso natural se encuentra en un estadio de desarrollo tal que aparece como casi inevitable la intervención de Joseph Gutenberg.

Pero no son sólo las “faltas de copista” las que me empujan a publicar mi informe. Hay asimismo razones más

²⁵ El monje Laurent ha dejado la copia más importante de la *Povest Vremennykh Let*, el relato más o menos legendario de los inicios de la historia rusa. (Nota del traductor, D. Authier).

importantes. Las divergencias en materia de organización que se han revelado en el Congreso no han vuelto a desaparecer cuando el presidente ha pronunciado su última palabra. Estas divergencias han prorrumpido fuera de la sala de las sesiones y se han propagado por todo el Partido. Hoy, con la declaración oficial sobre el Congreso²⁶, las divergencias han emergido definitivamente de la clandestinidad. No se las puede callar, ni esquivarlas; hay que superarlas.

Todos los elementos del Partido, consciente, semiconsciente o inconscientemente, se agrupan alrededor de dos tendencias. Estas divergencias se transforman en *choques*, tanto más fácilmente cuanto que son divergencias en materia de *organización*. En el proceso de esta práctica, las dos tendencias se definen cada vez más, pero cada una a ritmos desiguales. Si la concepción más compleja, “dialéctica”, de la organización del Partido, a la que se adhiere el autor de este informe, no ha podido hasta ahora perfilarse más que a grandes rasgos, por el contrario, las concepciones organizativas extremadamente simplificadas de la parte adversa han tenido tiempo de darse una forma casi irrefragablemente “pura” (cf. por ejemplo, las actas del Congreso de la Liga)²⁷; en muchos aspectos, incluso se

²⁶ Esta declaración apareció en el n° 53 de la *Iskra*, órgano central de la socialdemocracia rusa, es decir, al final de noviembre de 1903, tres meses después del final del Congreso y un mes después de la marcha de Lenin de la redacción de la *Iskra*. (Nota del traductor, D. Authier).

²⁷ La Liga de la Social-Democracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero. Había sido fundada por los “iskristas” y los viejos del *Grupo de la Liberación del Trabajo* (cf. prefacio) en 1901 (1er Congreso), es decir, por los elementos que ya no podían realizar su trabajo específico en la primera organización de los socialdemócratas rusos emigrados (fundada en 1894), la Unión de los Social-Demócratas Rusos en el Extranjero que, en su mayoría,

han invertido apresuradamente, sin ganar nada con ello, por lo demás²⁸.

El informe no hace más que fijar el punto de partida de estas dos corrientes y, desde este punto de vista, tiene sobre todo un interés “histórico”. Pero aquel a quien interese vivamente el *futuro* posible de estas dos tendencias (y no puede dejar de interesar a cada miembro del Partido), debe confrontar su estado *actual* con su *pasado próximo*; y para esto, mi informe guarda todavía hoy y guardará mañana su actualidad. El autor ha sentido una gran satisfacción moral al leer un artículo escrito no hace mucho

había adoptado la orientación “economicista” (cf. prefacio). La Liga fue confirmada por el II Congreso del P.O.S.D.R. como único representante del Partido en el extranjero. En octubre de 1903, la Liga celebró igualmente su II Congreso en el curso del cual se enfrentaron nuevamente bolcheviques y mencheviques. Los mencheviques tenían una mayoría aplastante y los bolcheviques, con Lenin, abandonaron el Congreso en su cuarta sesión. La Liga siguió siendo, hasta su desaparición en 1905, un valladar del menchevismo. (Nota del traductor, D. Authier).

²⁸ Esta inversión fue especialmente clara en la cuestión de las relaciones entre el Comité central y el Órgano central. Las condiciones del trabajo en Rusia (la represión policial) hacía que la cabeza del Partido en Rusia misma pudiese ser destruida en cualquier momento. El “centro” más estable del Partido era, por tanto, el Órgano central (la *Iskra*). Uno de los problemas debatidos en el Congreso había sido el de las relaciones entre los dos “centros”. Lenin había intervenido entonces resueltamente por la supremacía del Órgano central sobre el Comité central. Cuando, en desacuerdo con Plejanov (cf. más adelante), abandonó la redacción de la *Iskra*, se hizo cooptar por el Comité central y le pidió que preparase, sin saberlo el otro “centro”, un tercer Congreso, afirmando con ello la supremacía del Comité central sobre el Órgano central que ya no controlaba (cf. Bertram D. Wolfe, *Lenin y Trotsky*, cap. V. Edit. Calmann-Lévy). (Nota del traductor, D. Authier).

tiempo en la *Iskra* por un compañero muy autorizado²⁹ (*Lo que no hay que hacer*, n° 52), en el cual ciertos aspectos particulares del “centralismo” desorganizador³⁰ son caracterizados en términos parecidos a los que yo utilizo en mi informe.

Esto se explica por el hecho de que las definiciones salen por sí mismas de la pluma.

En mi manuscrito, he suprimido algunos pasajes de carácter secundario o personal que habrían tenido cabida en una misiva clandestina a los comités, pero que no eran para poner en un folleto impreso. Por lo demás, el informe ha sido impreso tal como ha sido escrito. N. TROTSKY.³¹

²⁹ Se trata de Plejanov. Lenin y él eran, después del II Congreso, los dos únicos redactores de la *Iskra* (cf. más abajo). Plejanov, que parecía tener las mismas posiciones “duras” que Lenin, fue sacudido por la actitud intransigente de los mencheviques en el Congreso de la Liga. Entonces tomó la resolución de cooptar a los antiguos miembros de la redacción convertidos en mencheviques: Axelrod, Zazulich y Potresov, “en interés de la unidad del Partido”. Lenin estuvo en completo desacuerdo con él y le envió una carta el 1° de noviembre anunciándole que dimitía de la redacción de la *Iskra* y también del Consejo del Partido (cf. más abajo). Plejanov redactó él solo el n° 52 del periódico (7 de noviembre), con el artículo al que Trotsky hace alusión como editorial, donde criticaba a Lenin y daba los primeros pasos hacia los mencheviques. En el n° 53 (25 de noviembre), Plejanov anuncia que, “basándose en los párrafos 12 de los estatutos”, ha cooptado a los cuatro antiguos miembros de la redacción, Martov, Axelrod, Zazulich y Potresov. (Nota del traductor, D. Authier).

³⁰ El de Lenin. (Nota del traductor, D. Authier).

³¹ Lev Davidovich Bronstein tomó en 1902, cuando su evasión de Siberia, el seudónimo de N. Trotsky. Este nombre era el del carcelero jefe de la prisión de Odesa, en la cual el autor de este informe había pasado más de un año. No fue sino después de la revolución cuando N. Trotsky se convertirá en L. Trotsky. (Nota del traductor, D. Authier).

LEÓN TROTSKY

Informe de la Delegación Siberiana sobre el segundo Congreso del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia

(Ginebra, 1903)

Queridos camaradas:

Nos habéis confiado³² la representación de la Unión siberiana en el II Congreso del Partido. En el momento presente, este mandato está realizado. El II Congreso, el objeto de esperas tan apasionadas, de esperanzas tan grandes, el momento final de un trabajo organizativo previo enorme, el punto de partida de una vida política común a todo el Partido, el II Congreso es ya un hecho histórico realizado. Digámoslo enseguida: el congreso no ha justificado las esperanzas puestas en él. No sólo no ha añadido muchas cosas, sino que ha quitado muchas. Nos resulta difícil, cuando aún no se han aplacado los altercados acalorados que han surgido de modo tan inesperado en este lugar en que, aparentemente, se los debía esperar menos, nos resulta difícil contar los *más* y los *menos* del Congreso, hacer un balance político de sus trabajos. El historiador futuro de la Social-Democracia rusa lo hará mejor y de

³² El informe está escrito en nombre de los dos delegados de la Unión. (Nota de Trotsky).

modo más imparcial que nosotros. Pero nosotros tampoco tenemos derecho a no hacer este informe. Las decisiones del II Congreso son la base formal que servirá de punto de partida en nuestra política de Partido y a la cual nos referiremos con frecuencia. Y esto, por un período cuya duración no se puede determinar... ¡hasta el III Congreso, camaradas! No habríamos cumplido todos nuestros deberes hacia vosotros si no nos hubiésemos esforzado en poner en claro, en los trabajos del Congreso, los síntomas que han aparecido en él, no tanto en virtud de la lógica subjetiva de nuestros camaradas de Congreso como en virtud de la lógica objetiva del desarrollo de nuestro Partido. No habríamos cumplido con todos nuestros deberes ante vosotros si no nos hubiésemos tomado el trabajo de explicar, mejor que puedan hacerlo las actas, el sentido y las razones políticas de nuestra conducta en el Congreso. Expresamos la esperanza de que nuestro informe servirá de guía a algunos camaradas cuando deseen conocer los voluminosos materiales de las actas oficiales. El historiador futuro de nuestro Partido quizá utilice además esta carta como un “documento humano”...

Camaradas, sabéis de qué modo considerábamos el Congreso. De antemano, le hemos reservado un lugar honorable en el destino de nuestro Partido. Pero nadie nos reprochará el pecado de haber sobrestimado el valor *creador* del Congreso. Ni un solo instante hemos pensado que el Congreso era capaz de transformar el agua en vino o satisfacer el hambre de las masas con unas migajas de pan. El Partido no es la suma aritmética de los comités locales. El Partido *es una totalidad orgánica*. He ahí por qué el Congreso es capaz de crear el Partido en la medida en que el Partido es creado por un trabajo prolongado, realizando su unificación técnica e ideológica. Nosotros realizamos este trabajo “con el sudor de nuestra frente”. Llega un momento en que sentimos la necesidad de fijar formalmente nuestras conquistas. Es entonces cuando el Congreso interviene con

pleno derecho. Hace pasar al dominio de la conciencia todo lo que se había desarrollado a medias a nuestras espaldas, registra la resultante de nuestros esfuerzos colectivos e individuales, dibuja los contornos formales, elabora normas jurídicas, erige estatutos, crea títulos, inscribe los párrafos. *El Congreso es un registrador, un controlador, pero no un creador.* Por lo que sabemos, todos los camaradas no estaban dispuestos a apreciar el Congreso visto bajo este aspecto. Tememos que esperanzas exageradas den lugar a una decepción exagerada e incluso a un pesimismo ilegítimo. Pero vosotros, camaradas, no os separáis naturalmente de nosotros sobre la concepción del papel del Congreso. La prueba de ello es la resolución³³ que en su momento habéis recomendado a la atención del Comité de organización³⁴.

³³ El sentido de esta resolución era el siguiente: el Congreso no debía legítimamente tener lugar más que cuando estuviese suficientemente consolidada la unidad de *hecho* del Partido. (Nota de Trotsky).

³⁴ Se trata del Comité de Organización para la preparación del II Congreso. Fue instituido en 1902 por una conferencia que se había reunido en Rusia (la conferencia de Bialystock) a iniciativa del *Bund* (opuesto a la *Iskra* de Lenin, Plejanov, Martov, etc.). El delegado de la *Iskra* y los comités rusos que aplicaban la misma línea que ella consiguieron que este Congreso no contase como II Congreso del Partido, sino conferencia preparatoria de este Congreso. De allí salió el Comité de Organización que, al principio, estaba compuesto esencialmente de “bundistas” y de “economicistas”. Pero este primer Comité fue rápidamente desmantelado por la policía. La Organización de la *Iskra* en Rusia (cf. prefacio), impulsada por Lenin, constituyó inmediatamente un segundo comité, compuesto esencialmente por “iskristas”. Su trabajo desembocó en la formación de una mayoría favorable a la *Iskra*, en 1903, para el II Congreso. (Nota del traductor, D. Authier).

Hemos dicho que el Congreso no es más que un registrador. No se debe entender esto de una manera formal. El Congreso mismo debe ser parte integrante del trabajo orgánico de unificación del Partido. Cuando, en largos párrafos, registramos un trabajo ya efectuado, no hacemos más que cumplir un rito jurídico; abstraemos, del análisis de los elementos de práctica que aportamos con nosotros, datos extremadamente preciosos y trazamos las vías de una técnica más perfecta para el trabajo posterior, en otras palabras: efectuamos un trabajo de *autoeducación*, haciéndonos partícipes los unos a los otros de los resultados de nuestra experiencia práctica y teórica. El Congreso debía hacer que se encontrasen, durante algunas semanas, camaradas provenientes de lugares diversos, de ramas diversas en el trabajo del Partido y, lo que es más importante, prácticos y teóricos. Los teóricos debían confrontarse con los que tienen la tarea de encarnar sus conclusiones en la práctica³⁵. Los prácticos debían llevarse nuevas reservas de ideas generales para alimentar su trabajo de agitación. Es P.B. Axelrod quien ha subrayado con una insistencia particular este aspecto educativo del Congreso a través de discusiones que tuvo el año pasado con camaradas rusos o extranjeros.

En qué no ha respondido el Congreso a nuestras expectativas*

Todo el mundo tiene derecho a esperar que un informe sobre el II Congreso (Congreso que fue

³⁵ Trotsky comparte, por tanto, la posición reaccionaria de Kautsky (proseguida por Lenin) sobre las relaciones entre teóricos y proletarios revolucionarios. Cf. Jean Barrot, *El "renegado" Kautsky y su discípulo Lenin* en Kautsky, *Las tres fuentes del Marxismo*, Spartacus A nº35.

* Los subtítulos son del traductor, D. Authier.

esencialmente, y no sólo formalmente, constitutivo) ofrezca ante todo el panorama de una elaboración colectiva del programa y de las resoluciones de táctica, el cuadro de un trabajo colectivo, que establece los rasgos fundamentales de nuestro pensamiento y de nuestra acción, rasgos que nos dan el derecho a llamarnos Partido Social-Demócrata.

El que espere un relato así, se equivoca.

El Congreso nos ha dado, es verdad, un programa o, más exactamente, ha adoptado sin correcciones de fondo el proyecto de programa presentado por la redacción de la *Iskra* y de la *Zaria*³⁶. Y aunque esta parte de sus trabajos ha sido positiva sin ninguna duda, no hay nada que decir sobre ello pues, en realidad, el Congreso ha constatado solamente que en este dominio “todo iba bien”. Las voces críticas de los camaradas Martynov y Akimov³⁷ y de algunos delegados del *Bund* han resonado aisladamente. En cuanto a las resoluciones de táctica³⁸, no hemos dispuesto de suficiente tiempo para juzgarlas. Con excepción de dos o tres, fueron propuestas y redactadas por la “minoría” (ver más adelante), que las examinó rápidamente en los minutos libres del Congreso; fueron adoptadas por el Congreso en las dos o tres últimas horas de la última sesión.

³⁶ La *Zaria* era, con relación a la *Iskra*, un órgano estrictamente teórico. Sólo hizo aparecer cuatro números. El proyecto de programa en cuestión había sido escrito por Plejanov. Antes del Congreso, Lenin se había pronunciado en su contra, en la medida en que no se trataba de un programa adaptado concretamente a la lucha en Rusia. (Nota del traductor, D. Authier).

³⁷ Los dos representantes del *Rabotcheie Dielo*, periódico de tendencia economicista publicado en el extranjero. (Nota del traductor, D. Authier).

³⁸ Las resoluciones de táctica se referían a la actitud que los social-demócratas debían tomar frente a la corriente liberal, los sindicatos creados por la policía, etc. (Nota del traductor, D. Authier).

Si los camaradas no encuentran en nuestro informe lo que buscaban, no tendrán que echar la culpa a los que lo han redactado. Ellos mismos no han encontrado en el Congreso lo que buscaban y, naturalmente, no pueden dar más de lo que han recibido. Si en el informe lo esencial está ocupado por el registro y la caracterización de los votos sobre algunas cuestiones de estatutos y sobre las elecciones, es únicamente porque en estos dominios residía el centro de gravedad del Congreso. *Durante la segunda mitad de sus sesiones, el Congreso se ha transformado simplemente en un juego de azar electoral.*

En lugar de registrar en su conciencia, de dar sentido al trabajo organizativo ya realizado, el Congreso lo ha borrado todo, y se ha puesto a grabar las tablas de la ley bajo la inspiración divina. No ha contado con las organizaciones que se han formado en los hechos, que se han reforzado y han adquirido influencia. ¡No! Con una mano libre, o más exactamente, con sus manos libres (había veinticuatro)³⁹, ha pegado unidades desparejadas en nuevos grupos y, por medio de párrafos, ha intentado insuflarles la vida. Pensaba crear, y sólo ha destruido.

Para sorpresa vuestra, os apercibiréis de que algunos detalles de los estatutos de organización, secundarios, al parecer, son proyectados al proscenio, que las divergencias sobre estos detalles han creado una “mayoría” agrupada sobre una base muy estrecha y que, sin embargo, se ha consagrado a la liquidación de las antiguas organizaciones, formadas en la lucha y para la lucha. Os apercibiréis de que lo que ha agitado al Congreso no son las cuestiones que afectan a la profundización y ampliación de la lucha política, sino la cuestión de la “cooptación recíproca” de los miembros del Comité central y de la redacción del Órgano

³⁹ Los veinticuatro votos de la mayoría de Lenin (los bolcheviques). (Nota del traductor, D. Authier).

central. Dos tercios de los obreros organizados se encuentran en algunas ciudades fuera de la dirección de los Comités locales: no es esta cuestión la que ha sido objeto de acaloradas disputas, sino la de saber si había que hacer entrar nuevos miembros en el Comité Central sobre la base de dos tercios o por unanimidad. No es la cuestión de las manifestaciones armadas la que ha absorbido un tiempo precioso; no, es la cuestión del “quinto”, de ese personaje misterioso que ha surgido de modo inesperado en el Congreso y que ahora casi se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para la socialdemocracia revolucionaria.

Hay que tomar los hechos tal como se nos dan. Más allá de estos hechos, hay que descubrir las causas generales; hay que explicar que los debates sobre la “cooptación mutua” y sobre “la unanimidad” no han sido una pura gimnasia jurídica del espíritu, hay que mostrar que el “quinto” no es un *deus ex machina*. He ahí nuestra tarea.

Por qué el *Bund* fue excluido del Partido

El Congreso es un registrador, un controlador, pero no un creador. Esto apareció en primer lugar con el *Bund*⁴⁰, que nos ha hecho perder mucho tiempo. La actitud de su delegación en el Congreso se resume en una frase: presentar su balance. Por supuesto, ya sabéis que el resultado ha sido su salida del Partido. Este acto no era sino la expresión

⁴⁰ El *Bund*: *Unión General de los Obreros Judíos*. Fundado en 1897, el *Bund* agrupaba a los obreros judíos de Rusia, Ucrania, Polonia y Lituania. Penetró igualmente en el proletariado eslavo. Era, de lejos, la organización obrera más importante del Imperio ruso. Se ocupaba en gran medida de la lucha nacional para la emancipación política de los Judíos. Estaba representada sólo por cinco delegados en el II Congreso del Partido Social- Demócrata, que rechazó su exigencia de autonomía. (Nota del traductor, D. Authier).

jurídica de las relaciones de hecho del *Bund* y de nuestro Partido, de esas “relaciones de hecho”, o más exactamente: de su ausencia.

El *Bund* ha crecido y se ha reforzado durante el período anárquico que ha atravesado nuestro Partido. Estamos dispuestos a dar su merecido a la energía práctica de sus dirigentes. Han formado sus organizaciones “a pesar de los elementos”, pero, desgraciadamente, también “a pesar de la razón”, si no a pesar de la *razón* estrecha de los intereses de parroquia, al menos a pesar de la *razón* de los intereses comunes a todo el Partido. Los esfuerzos que han prodigado en el terreno estrecho de la “zona de residencia judía”⁴¹ hubieran podido dar resultados decuplicados si se hubiese llevado el trabajo a un dominio más vasto.

Para ellos, el Partido era una ficción, una firma oficial. Y su relación con las tareas vitales del Partido era puramente administrativa, es decir, ficticia. Cuando fue constituido el Comité de Organización, enviaron a él a su delegado. He ahí todo a lo que les obligaba su pertenencia al Partido⁴²

El destino del *Bund* estaba dominado por el destino trágico del Partido después de 1898. El aislamiento organizativo del *Bund* ha encerrado la energía revolucionaria de sus militantes en un depósito estrecho y ha limitado despiadadamente, y parece que por mucho tiempo, el

⁴¹ Las regiones en que los Judíos podían vivir en el Imperio ruso. (Nota del traductor, D. Authier).

⁴² Lo que dice Trotsky es manifiestamente falso. (Ver Bertram D. Wolfe, op. cit., cap. IV y V). El *Bund* quería unificar el Partido socialdemócrata alrededor de él; y la *Iskra* deseaba lo mismo, pero alrededor de ella. Con este fin el *Bund* había reunido la conferencia de Bialistock (cf. más arriba). Y si no hubo más que un solo representante del *Bund* en el Comité de organización, fue porque los “iskristas” que lo habían investido lo habían decidido así. (cf. más arriba). (Nota del traductor, D. Authier).

horizonte político de sus jefes... “Cuanto menor es el número de individuos que toman parte en un movimiento social dado, menos aparece este movimiento como un movimiento de masas, y menos aparecen en ellos lo general y lo necesario y más predomina en ellos lo fortuito y lo personal”. (Kautsky, *La Revolución Socialista*, p. 21).

El Partido proletario no puede tener otros límites que los límites políticos, no puede desarrollarse más que en el marco del Estado. Sólo en este caso lo “general” y lo “necesario”, es decir, los principios de la socialdemocracia, se ponen en la base del movimiento. La esfera de acción del *Bund* no es el Estado, sino la nación. El *Bund* es la organización del proletariado judío. En el 1er Congreso, esta proposición no tenía un sentido político, sino técnico (desde un punto de vista “amplio”). El *Bund* era la organización del Partido adaptada a los lugares en que la mayoría habla yiddish. Durante el período de relajamiento y fraccionamiento, el Partido ha jugado con demasiada frecuencia el papel de una ficción triunfante; lo “fortuito” y lo “particular” se han impuesto a lo “general” y lo “necesario”. Un hecho organizativo y técnico se ha erigido en “teoría” nacional-política. El V Congreso del *Bund*, que ha precedido al II Congreso del Partido, ha avanzado una nueva tesis: “el *Bund* es una organización socialdemócrata (?) cuya actividad no puede ser encerrada en el marco de las secciones; es la organización del proletariado judío y es miembro del Partido en *calidad de único representante del proletariado judío*”. De esta manera se ha resuelto en el *Bund* la lucha entre lo “particular” y lo “general”. Si, no obstante, al menos en la intención, el *Bund* era el representante de los intereses del Partido socialdemócrata en una parte del proletariado judío, ahora se ha transformado en representante de los intereses del proletariado judío ante el Partido socialdemócrata. Mucho más: “En el territorio en que trabaje el *Bund* no puede intervenir otra organización,

perteneciente al Partido, en nombre de todo el proletariado local más que si consigue la participación del *Bund*”. El punto de vista de clase es sometido al punto de vista nacional, el Partido es sometido al control del *Bund*, lo “general” se pone bajo el principio de lo “particular”. Hemos hecho mucho para liquidar la psicología política de ciudad – el patriotismo estrecho de “su” ciudad – y para colocarnos en el punto de vista del Estado. El Congreso debía coronar este trabajo. Ahora bien, nos hemos enfrentado a la delegación del *Bund*, cuya fisonomía política tenía la impronta del *provincianismo militante* y del *espíritu de parroquia*, pesada herencia del período del inmediato pasado de nuestra vida revolucionaria. Las tendencias nacionalistas, como fundamento teórico del separatismo organizativo, añadieron pocas cosas positivas a este cuadro. Lo “general” y lo “particular” se encontraron frente a frente en el Congreso. Sólo faltaba contar los votos. Cuarenta contra cinco, pertenecientes al *Bund*, y tres abstenciones. Y el *Bund* salió del Partido.

La escisión entre bolcheviques y mencheviques

El Congreso no es más que un registrador, no un creador. Las dudas más grandes, concernientes a la justeza de esta tesis, aparecen cuando nos aproximamos al momento más dramático del Congreso, momento de la lucha enérgica y apasionada a propósito de la elaboración de los estatutos del Partido y de la creación de sus “centros”: esta lucha ha hecho estallar la mayoría “iskrista” compacta que, por unanimidad, había rechazado las pretensiones federalistas del *Bund*, designado la *Iskra* como órgano del Partido y adoptado el programa presentado por la redacción de la *Iskra* y de la *Zaria*. Se sienten ganas de decir: si el Congreso no es un creador, es un *destructor*, y un destructor de iniciativa

caprichosa. Pues ¿quién habría podido suponer que el Congreso “iskrista” aplastaría despiadadamente al colectivo de la redacción de la *Iskra*, es decir, del periódico que acababa de reconocer como Órgano central del Partido?⁴³. ¿Qué astrólogo político habría podido prever que los camaradas Martov y Lenin intervendrían en el Congreso como los jefes de dos fracciones enemigas?

Fue como un trueno en un cielo azul. Sin embargo, hechos tan inesperados, y tanto más dolorosos, no eran sino un elemento indispensable en las cuentas que el Partido tenía que hacer. Los muertos dictaban su voluntad a los vivos. Se nos substrajeron sumas astronómicas para pagar las deudas del pasado inmediato: la Historia, despiadada como el Shylock de Shakespeare, exigía la carne del organismo vivo de nuestro Partido. Debimos pagar.

Hablamos de las exigencias impersonales de la Historia. Evidentemente, no tenemos intención, al hacer esto, de negar la responsabilidad personal del camarada Lenin. En el II Congreso de la Social-Democracia rusa, este hombre, con toda la energía y todo el talento que le caracterizan, ha jugado el papel de un desorganizador. Pero echarle a él toda la culpa provocaría una simplificación inadmisibile del problema. Detrás de Lenin, durante el segundo período de los trabajos del Congreso, había una nueva mayoría compacta de “iskristas” *duros*, opuestos a los “iskristas” *blandos*. Nosotros, delegados de la Unión siberiana, estábamos en el número de los *blandos*. Y ahora, tras haber juzgado seriamente nuestros actos, no creemos haber mancillado nuestros formularios revolucionarios.

¡Sí! El Congreso fue el triunfo de la tendencia “política” en el programa y la táctica, y de la tendencia

⁴³ Se trata de la evicción de Axelrod, Vera Zazulich y Potresov de la redacción de la *Iskra* (cf. nuestro prefacio). (Nota del traductor, D. Authier).

“centralista” en la organización. Pero este mismo Congreso ha revelado que para muchos camaradas la “política” y el “centralismo” no continúan teniendo sino un *valor puramente formal*, que no son más que la antítesis vacía del “economicismo” y del “diletantismo”⁴⁴. “La agitación política, escribía con razón no hace mucho tiempo un camarada, ha tomado entre nosotros, durante el último período, un carácter demasiado abstracto, está demasiado poco ligada a la vida concreta y a las exigencias diarias de las masas obreras. Nuestra agitación política *se transforma por momentos en una declamación política completamente vacía*”. (*Iskra* n° 43, *Carta a la redacción*). Se pueden resumir las cosas de un modo extremadamente esquemático: antes éramos sindicalistas (donde hacíamos como si lo fuésemos, ciertamente con las mejores intenciones del mundo). Ahora intentamos empujar a las masas, pasadas por la escuela del sindicalismo, a la lucha contra el zarismo; y esto, por medio de una fraseología democrática completamente vacía. En el arsenal del agitador social-demócrata no se encuentra nada por el momento que no sean fórmulas “políticas” sacramentales, llamamientos estereotipados a derrocar la autocracia, fórmulas y llamamientos que, por su abstracción, han llegado a estar vacíos de todo contenido revolucionario. Esa “política”, que acompaña con mucha frecuencia a la desconfianza hacia toda lucha profesional de los obreros (juzgada no segura políticamente) no es más que la antítesis formal del “economicismo”. Y al mismo tiempo no es más que su traducción en “lenguaje político”.

Se puede establecer un proceso de evolución perfectamente idéntico en el dominio de las concepciones *organizativas*. Ahí también el “diletantismo”, que parecía

⁴⁴ “Diletantismo artesanal” de los “economicistas” en materia de organización (cf. *¿Qué hacer?*). (Nota del traductor, D. Authier).

haber sido pulverizado finalmente, ha aprendido la lengua del “centralismo”. Ahí también el “centralismo” mismo aparece no como la síntesis de las tareas locales y generales, sino simplemente como la antítesis lógica del “diletantismo”, como una construcción formal *a contrario*. Si no se teme la pedantería filosófica, se puede afirmar que las concepciones de numerosos camaradas, tanto en materia de táctica como en materia de organización, se encuentran aún en el nivel de la *metafísica* y no de la *dialéctica*.

Si antes, durante el período “economicista”, estos camaradas no podían o no querían ligar los intereses profesionales particulares que defendían con las tareas generales de la política de clase que desconocían, hoy, en la época “política”, se revelan incapaces de ligar las tareas de la lucha revolucionaria política (que, en el fondo, no reconocen más que formalmente) con las reivindicaciones inmediatas, cotidianas, y en especial, con las necesidades profesionales, limitadas⁴⁵. Si antes, en tiempos del “diletantismo”, no podían o no querían ligar en su conciencia las tareas de detalle local con la necesidad de crear un aparato central de combate común a todo el Partido, ahora, en pleno “centralismo”, hacen total abstracción, en sus juicios y resoluciones sobre este aparato, *de toda la complejidad práctica y del carácter concreto* de las tareas que debe realizar el Partido; tareas con las que el aparato organizativo debe estar en conformidad, tareas que son las únicas que permiten a este aparato existir. Por esta razón, diríamos anticipándonos un poco, el “centralismo” unilineal, es decir, puramente formal de Lenin, tenía como más fervientes partidarios a algunos “ex-economicistas”. Son ellos precisamente los que se han revelado como los “iskristas” más *duros*.

⁴⁵ Este problema será recogido por Trotsky esencialmente en *El Programa de Transición*. (Nota del traductor, D. Authier).

Primer enfrentamiento: el artículo 1 de los estatutos

Las divergencias no han surgido repentinamente en el Congreso. Se han acumulado en el transcurso de discusiones privadas y en los intentos de conciliación; han permanecido tapadas largo tiempo. El *punto de partida* de la escisión entre los “iskristas” oficiales (es decir, los miembros de la organización de la *Iskra*, presentes en el Congreso) apareció con la cuestión de la composición del Comité central y las modalidades de su designación. Alrededor de esta cuestión se han acumulado a su vez toda una serie de divergencias relativas a la relación mutua que debe existir entre los centros (Órgano central y Comité central)⁴⁶. En la medida en que las reuniones privadas de la organización de la *Iskra* – uno de nosotros, el autor del informe, asistía a ellas – no nos acercaban a la unificación sino que por el contrario nos alejaban cada vez más de ella, es natural que estas divergencias hayan buscado ciegamente una salida. *El primer* punto de los estatutos – la definición del concepto “miembro del partido” – sirvió de base al primer choque abierto. Este conflicto se produjo realmente sobre un punto que no tenía una relación directa inmediata con las cuestiones que nos dividían. A pesar de todo, este conflicto tuvo un carácter providencial: el Congreso se

⁴⁶ Para comprender esta argumentación es necesario invertir el problema. En el espíritu de Lenin, era el Órgano central (la *Iskra*), situado en el extranjero y, por tanto, estable, el que debía ser la verdadera cabeza del Partido. El Comité central debía estar subordinado a él. Un sistema de cooptación adecuado debía permitir al Órgano central (ocupado entonces por Lenin) componer como le pareciese el Comité central (expuesto permanentemente a ser destruido por la policía). Ello no impide que el problema se haya planteado *primero al revés*, como sucede con frecuencia en tales circunstancias. (Nota del traductor, D. Authier).

agrupó alrededor de dos fórmulas suministradas por la comisión de los estatutos, la de Martov y la de Lenin, la fórmula del “iskrismo” *blando* y la del “iskrismo” *duro*. Es cierto que muchos congresistas estaban ligeramente desorientados. Aún nos preguntábamos: ¿quién es el *blando*? ¿Quién es el *duro*? Resultado: El voto fue más bien abigarrado. La lucha había sido ya apasionada. Se presentía lo que iba a venir.

Recordemos las dos concepciones: Fórmula de Lenin: *es miembro del Partido el que reconoce su programa, lo apoya materialmente y participa en la actividad de una de las organizaciones del Partido*. Fórmula de Martov: *es miembro del Partido el que reconoce su programa, lo apoya con medios materiales y le proporciona una colaboración personal regular bajo la dirección de una de sus organizaciones*.

No vamos a someter esto a una crítica detallada. Este trabajo ha sido realizado en el Congreso y se encuentra registrado en las actas. Señalemos solamente un rasgo, muy instructivo: el carácter totalmente abstracto de la posición del camarada Lenin. Es necesario un control sobre los miembros del Partido. Este control no puede ser asegurado más que si es posible llegar a cada miembro. Ahora bien, esto no es posible más que si *todos los miembros del Partido* están fijados jurídicamente, es decir, si están *inscritos* de la manera que convenga en una de las organizaciones del Partido. Entonces, el Comité central, omnipresente, penetrándolo todo y considerándolo todo, podrá alcanzar a cada miembro del Partido en el lugar del crimen. En realidad, es un sueño burocrático bastante inocente; si la cuestión se hubiese quedado en ese nivel, se podría haber dejado despreocupadamente a los partidarios de la fórmula de Lenin la satisfacción platónica de saber que el II Congreso del P.O.S.D.R. había descubierto el remedio estatutario más seguro contra el oportunismo y el

individualismo intelectual. Pero si se pasa de este formalismo estéril a las cuestiones reales que se plantean al Partido, la fórmula del camarada Lenin presenta entonces un cierto número de inconvenientes. No es un secreto para nadie que en toda una serie de ciudades hay, al lado del Comité del Partido, una gran oposición organizada (Petersburgo, Odesa, Ekaterinoslav, Voronej...). La fórmula del camarada Lenin pone a los miembros de todas estas *Organizaciones Obreras* fuera del Partido, cuando sus ediciones han aparecido siempre bajo su patrocinio. Para no excluir del Partido a estos grupos, el Comité central habría debido declararlos – según la fórmula de Lenin – *organizaciones del Partido*. Pero no lo hará, no podrá hacerlo porque no están construidas según los principios que el Partido juzga adecuados. Sólo queda decir a los miembros de estas Organizaciones: Señores, si ustedes desean seguir en el Partido, disuélvanse y adhiéranse a las organizaciones legales del Partido. ¡“Disuélvanse”! Sin ninguna duda, se trata de una manera muy simplista, típicamente administrativa, de resolver una cuestión práctica seria, solución a la cual se inclinan, esto cae de su peso, numerosos “iskristas” cualificados. Esta solución “centralista” no nos parece que sea el producto de una sabiduría política superior. La *Organización Obrera* se preocupará poco de saber si es “miembro” o no y no se disolverá. Creemos que en lugar de ocuparse de la disolución verbal de los grupos de oposición y, en general, en lugar de pasar el tiempo en gesticulaciones “centralizadoras”, el Comité central haría mejor realizando un trabajo más serio en el Partido; haría mejor *reeducando, reestructurando y utilizando racionalmente* todas las *Organizaciones obreras* posibles, engendradas durante la época de descomposición del Partido. Para esto no hace falta comenzar declarándolas fuera de la ley, cosa a la que nos habría obligado el proyecto de párrafo I de Lenin. Por el contrario, la fórmula de Martov puede convertirse en un

instrumento excelente en manos del Comité central (y Martov mismo lo ha indicado). “Si ustedes desean permanecer en el Partido, les diré a los representantes de la *Organización Obrera*, deben ponerse bajo la dirección de la organización del Partido, el Comité local”. Esto bastará para que la *Organización Obrera* acepte entre ellos a un representante del Comité, y éste intentará hacer pasar en los hechos la “línea” conforme a los puntos de vista generales del Partido, sólo por la fuerza de su influencia, bien entendido.

A este respecto, no es inútil hacer resaltar que los mismos “agentes” que impedían dormir a los adversarios de los planes organizativos de Lenin se encontrarían ahora fuera del Partido, según la fórmula de Lenin. Así, por ejemplo, los agentes del Comité central que trabajan *bajo la dirección de esta organización del Partido* pero no entran en su composición, se encontrarían rechazados más allá de los límites estatutarios. A menos que sean obligados, simplemente para entrar en el Partido, a formar una *¿Organización de los Agentes del Comité central?* La fórmula del camarada Martov tiene, pues, también la ventaja de que da cobertura jurídica a los “parias” del Partido: los “agentes” que tanto han aguantado en la última polémica interna.

Dinámica de las relaciones entre los centros del Partido

La organización tripartita del “gobierno” del Partido ha sido calificada de *monstruosa* por un congresista. Es demasiado severo; simplemente, es demasiado compleja. Es difícil prever en qué medida se revelará viable: nuestro Partido, al no tener casi ninguna experiencia en el dominio de la organización, tiene que escribirlo todo en una hoja en blanco.

Todo lleva a pensar que el edificio *monstruoso* del centro tripartito servirá mejor las necesidades comunes a todo el Partido que un Comité central uno e indivisible, tan seductor por su simplicidad misma. La redacción de la *Iskra* se ha erigido ya en centro natural de la dirección ideológica. A su lado se necesita que haya otro que se ocupe ante todo del trabajo práctico, organizativo. El embrión de este centro era el Comité de Organización. Las dos instituciones son totalmente autónomas, cada una en el dominio que le corresponde. Es la única garantía que permite a la redacción apreciar de modo imparcial la práctica del Partido. Es ahí donde reside la garantía de la independencia del Comité central, esto le da la posibilidad de aparecer como un elemento poderoso en el Partido. Pero es también un factor de conflicto entre los centros autónomos del Partido, y estos conflictos, al acumularse, pueden conducir a una escisión.

Es entonces cuando surgió la idea del Consejo, organismo conciliador y unificador, construido según el principio de un tribunal tripartito. La idea del Consejo ha sufrido en unos días metamorfosis extraordinarias. Para él, la atmósfera del Congreso ha sido una atmósfera de presión. De cámara de conciliación, se ha convertido en unos días en la *instancia suprema del Partido*. En los comienzos modestos de su carrera, el Consejo estaba colocado entre el Comité central y el Órgano central; en el Congreso, se elevó por encima de ellos. En tanto que cámara de conciliación, debía componerse de delegaciones paritarias del Comité central y del Órgano central (siendo cooptado el quinto por los otros cuatro) y reunirse a petición de uno de los centros. En tanto que *instancia suprema*, el Consejo debía ser elegido en su totalidad por el Congreso mismo; para convocar el Consejo, basta entonces que dos de sus miembros lo pidan. Es en este nivel donde se detuvo el camarada Lenin en el desarrollo de la idea del Consejo.

Observemos los momentos fundamentales de este desarrollo. Independencia del Órgano central con relación al Comité central y, en esta medida, negación categórica de la idea de un *centro único*: he ahí el punto de partida. Lo inevitable de dos centros y, por tanto, de un Consejo como regulador, he ahí la etapa siguiente. La transformación del Consejo en ese *centro único* que se rechazaba al principio, he ahí el punto final. Resultado de estas metamorfosis ovidianas: se garantiza al Órgano central y al Comité central la independencia de uno respecto del otro, pero simplemente en la medida en que pierden esta independencia respecto del Consejo. Continuemos: según la intención del camarada Lenin, el Congreso elige al Consejo entre los miembros de la redacción del Órgano central y del Comité central, no menos de dos personas por cada organismo. En otras palabras: el Congreso elige *tres miembros de la redacción y dos del Comité central*⁴⁷. La “mayoría compacta” estaba dispuesta a todo y no cabe ninguna duda de que ni siquiera se habría podido elegir para el Consejo más que miembros de la Redacción; el camarada Lenin no llegó tan lejos. Se detuvo en el esquema siguiente: tres redactores reciben una fuerza determinante en el Consejo, el Consejo recibe una fuerza determinante sobre la Redacción y el Comité central. “Tesis”: Redacción y Comité central autónomos. “Antítesis”: tres miembros de la Redacción tienen el derecho de modificar las decisiones del Comité central. “Síntesis”: todavía no la hay. Así se ha acabado la Saga estatutaria de los dos centros “independientes”.

En una de las sesiones del Congreso, el camarada Plejanov ha hecho observar que el concepto de dos centros es contrario a la lógica matemática. Un congresista le había

⁴⁷ Nadie lo entendió de otra manera y el camarada Pavlovitch, miembro del buró, testimonió abiertamente, en una de las sesiones del Congreso, que esto era lo que él mismo pensaba a propósito de la composición del Consejo (cf. las actas). (Nota de Trotsky).

recordado que en la cabeza de nuestro Partido existen “dos centros”. “Entonces, esto se llama focos”, ha objetado inmediatamente Plejanov. Esta respuesta astuta va mucho más allá de lo que pensaba su autor. De dos focos (en óptica), uno es siempre *virtual*; esto se aplica también, al parecer, en ciertas circunstancias, a los “focos” de los partidos.

Si el Consejo “a la primera manera” aspiraba a la autoridad moral, no era más que como consecuencia de la manera misma como había sido creado; si esperaba tener una influencia política, era únicamente porque era la forma inevitable de conciliación del trabajo de dos centros dirigentes independientes. El “nuevo” Consejo no puede aspirar al poder sino porque ha recibido la gracia de la voluntad formal del Congreso soberano. Por sí misma, la “gracia” no es suficiente, y esto lo ha comprendido muy bien el camarada Lenin. Para realizar su voluntad soberana, el Consejo necesita medios materiales. Pero el aparato técnico del poder se encuentra, y no puede dejar de encontrarse, en manos del Comité central. Por consiguiente: si el Comité central es *efectivamente* independiente (independiente no sólo de toda la redacción, privada de influencia política directa por el “nuevo” Consejo, sino también de los tres miembros de la Redacción que han recibido en este Consejo una fuerza determinante), entonces el Comité central, para liberarse de la tutela puntillosa del Consejo, deberá, por las buenas o por las malas, cortar en la medida de lo posible “el extranjero” de todo lazo vivo con la práctica del Partido en Rusia, dejando así al Consejo el puro placer especulativo de concebirse como “la instancia suprema del Partido”. La constitución inglesa “asegura” al rey una enorme amplitud de poder. No hay que olvidarlo.

Tutela de la Iskra sobre el Comité central

El camarada Lenin lo recordaba, lo recordaba incluso demasiado bien. Y decidió que *había que tomar medidas para que el Comité central no se sintiese independiente*. Con este fin, el control de principio es insuficiente (control del Consejo sobre el trabajo del Comité central). Es indispensable que haya un control directo de la *Redacción sobre los miembros del Comité central*. Esto se formula así: la cooptación a la Redacción y al Comité central se produce por acuerdo mutuo. De este modo se mantiene la igualdad. Ahora bien, la antigua Redacción de la *Iskra* ha trabajado siempre con el mismo personal durante tres años, mientras que el Comité central se verá obligado, aunque sólo sea como consecuencia de simples desapariciones, a cooptar nuevos miembros, y esto con bastante frecuencia; no es difícil comprender entonces que bajo la apariencia de la “cooptación mutua”, bajo esta igualdad de derecho estilístico, se esconde la tutela de la Redacción sobre el Comité central. He ahí el desarrollo de la idea de “la autonomía” de los dos centros.

¡Tutela de la Redacción sobre el personal del Comité central! Ahora bien, cuatro miembros de la Redacción, los camaradas Axelrod, Zazulich, Martov y Starover, no quieren una tutela semejante. No ven en ella más que el medio más seguro de engendrar fricciones superfluas y conflictos inútiles entre el Comité central y la Redacción. El camarada Lenin es el único en querer esta tutela “en nombre de la solidaridad moral” (de los dos centros). La oposición de cuatro miembros de la Redacción a la “cooptación mutua”, he ahí una de las razones para efectuar sobre el antiguo colegio redaccional una operación despiadada y para liberarse, por ahí mismo, de la mayoría de la antigua Redacción que no quiere seguir a Lenin por la vía del “poder fuerte”. Veremos a continuación que la lucha por el poder

que siguió hizo, para Lenin, de una tal operación una *necesidad absoluta*.

La tutela de la Redacción sobre el personal del Comité central debía convertirse, por consiguiente, en una de las garantías de la “solidaridad moral” de los dos colegios, o dicho más llanamente: de la dependencia personal del Comité central con relación a la Redacción. Lenin intentó encontrar otra garantía exigiendo la *unanimidad* para la cooptación de nuevos miembros al Comité central. Basta, efectivamente, introducir en el Comité central un hombre “seguro” para que pueda oponer su veto contra toda persona provista del vicio de la *iniciativa personal y de la independencia*. Sobre este punto, el camarada Lenin ha expuesto en el Congreso dos opiniones directamente opuestas. Primero, por una “mayoría cualificada” (2/3 ó 3/4), contra “la unanimidad”; unos días después, por “la unanimidad” contra la “mayoría cualificada”. Este movimiento está determinado seguramente por el hecho de que un cierto número de camaradas de la base, en los que Lenin no podía dejar de ver candidatos eventuales al Comité central, han tomado una posición netamente negativa con relación al uso que Lenin había decidido hacer del estado de espíritu del Congreso “iskrista”. Si estos camaradas entraban en el Comité central, en la coyuntura dada, entablarían inevitablemente una lucha por la independencia de este foco “virtual”. En tales condiciones, el poder del Consejo habría sido completamente formal. Es contra estos candidatos eventuales al Comité central contra los que se presentó la doble batería de la “cooptación mutua” y de la “unanimidad”.

Los estatutos, tal como han sido adoptados por el Congreso, tienen el aspecto de un mosaico de apartados. El punto sobre la “cooptación mutua” es rechazado. Se adopta “la unanimidad”. El camarada Martov introduce una

enmienda: si no se alcanza la unanimidad necesaria para la cooptación de una nueva persona en el Comité central o la Redacción, la mayoría puede transmitir el problema al Consejo y, tras casación de su parte, la cuestión es resuelta, en el colegio dado, por mayoría simple. La enmienda es adoptada. Se rechaza la propuesta del camarada Lenin de elegir todos los miembros del Consejo en el Congreso. Es la propuesta de Martov la que se adopta: la Redacción y el Comité central delegan cada uno dos de sus miembros al Consejo. Queda la cuestión del quinto miembro. El camarada Martov propone dejar que los otros cuatro lo coopten. Para el camarada Lenin, es el Congreso mismo el que debe elegir, en caso contrario la instancia suprema del Partido puede quedar “sin techo”, los otros cuatro quizá no se ponen de acuerdo en la elección del quinto, el Consejo irá río abajo, etc. La camarada Zazulich hace observar: 1) que los arbitrajes siempre han existido, 2) que si los cuatro miembros del Consejo no se ponen de acuerdo en la elección del quinto, el Consejo muestra por ahí mismo su incapacidad para arreglar los problemas que podrían surgir entre los dos centros. Estas observaciones no convencen al camarada Lenin. El Congreso adopta su propuesta y arregla así de antemano la cuestión de saber si la Redacción ganará numéricamente sobre el Comité central en el Consejo.

Se ha decidido, pues, dar predominio numérico a la Redacción en el Consejo; pero esto no da ninguna seguridad en cuanto a la política que seguirá el Consejo. En efecto, cuatro miembros de la Redacción han intervenido en el Congreso como adversarios decididos de la transformación del Comité central en foco virtual. Estos cuatro, al constituir la mayoría de la Redacción, podrían enviar dos de los suyos al Consejo. La *Wille zur Macht*, la “voluntad de poder” que guía al camarada Lenin choca, pues, con un dilema planteado en términos claros: o bien renunciar a la influencia en el Consejo, o bien librarse de una parte de la Redacción.

Escoger la primera eventualidad significaría batirse en retirada. Ahora bien, el camarada Lenin es lógico. Decide intervenir para que el Congreso elija un colegio redaccional de tres personas, en lugar de confirmar a la antigua redacción en su conjunto, como había propuesto al principio. Tal es la dialéctica de la “lucha por el poder”. Su punto de partida era: *asegurar la independencia del Órgano central contra eventuales presiones del Comité central*. El problema del segundo momento: *crear las garantías estatutarias para asegurar la dependencia del Comité respecto de la Redacción*. La última deducción: *destruir la Redacción que está por la defensa de la independencia del Comité central*.

Hablamos de “lucha por el poder”. No introducimos en estas palabras ningún contenido personal. La lucha personal ha revestido un carácter de principio. Ha sido, por así decir, despersonalizada. Era una consecuencia del sistema. El “estado de sitio” sobre el que Lenin ha insistido con tal energía, exige un “poder fuerte”. La práctica de la desconfianza organizada exige una mano de hierro. El sistema del Terror es coronado por un Robespierre. El camarada Lenin ha pasado revista mentalmente a los miembros del Partido, y ha llegado a la conclusión de que esta mano de hierro no podía ser más que él. Y ha tenido razón. La hegemonía de la socialdemocracia en la lucha liberadora significaba, según la lógica del “estado de sitio”, la hegemonía de Lenin sobre la Social-Democracia. En este contexto, la “lucha por el poder” perdía su carácter personal, aparecía como el último eslabón del sistema. El éxito de Lenin era el éxito del sistema. Tanto más funesto puede llegar a ser para el Partido.

Las elecciones y la destrucción de la Iskra

Llegamos al momento de la designación, por el Congreso, de las instancias supremas del Partido. En este

instante, las relaciones están ya definidas. La “mayoría” (de cuatro votos) está ya formada⁴⁸. La cuestión de las elecciones adquirió, para las dos partes, una significación de primer orden, porque en esta cuestión se resumía y, por así decir, se personificaba la lucha de principio entre la táctica del orden constitucional normal y la táctica del “estado de sitio” reforzado por la dictadura.

Hemos evocado ya una serie de reuniones privadas en el curso de las cuales las dos tendencias en el interior de la Redacción y de la organización de la *Iskra* intentaron llegar a un acuerdo sobre la modalidad de las elecciones y sobre la elección de los futuros miembros del Comité central. Estas reuniones sólo probaron una cosa: era imposible ponerse de acuerdo, las divergencias debían ser discutidas en las sesiones del Congreso. Hay que decir que la elección de la Redacción no era un problema para nadie. *La confirmación de la antigua Redacción de la Iskra se sobreentendía por sí misma.*

No sucedía lo mismo con las elecciones al Comité central. Muchos delegados estaban desconcertados y esperaban que se les hiciese una señal. La opinión de la Redacción y de la organización de la *Iskra* habría tenido un peso determinante. Pero, con la esperanza de un acuerdo, nos hemos abstenido de compartir nuestros puntos de vista a este respecto en las conversaciones privadas, y esto a pesar de las preguntas solícitas de numerosos camaradas. Al mismo tiempo, la otra parte hacía una agitación desenfrenada contra los candidatos que proponíamos en las reuniones entre “iskristas”. Cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde. Una “Mayoría” había sido reclutada, fijada y separada de nosotros por un verdadero muro.

⁴⁸ Por la marcha de delegados “anti-iskristas”: *Bund, Rabotcheie Dielo*. (Nota del traductor, D. Authier).

La víspera de las elecciones hubo una reunión preparatoria de los veinticuatro votos. El camarada Martov pidió por escrito, para él, para los otros tres miembros de la Redacción (Zazulich, Axelrod, Starover) y para el camarada Deutsch, miembro del grupo *Liberación del Trabajo*, permiso para asistir a esta reunión; cosechó un rechazo, igualmente por escrito.

Al día siguiente, camaradas, enterrábamos la *Iskra*. La resolución sobre el mantenimiento en ejercicio del antiguo colegio redaccional, fundador de la *Iskra*, fue rechazada⁴⁹. La propuesta para elegir una nueva Redacción de tres miembros fue adoptada por una mayoría de dos votos. Sólo quedaba pasar a las elecciones. De cuarenta votos, veinte rehusaron participar en la elección. Resultado: para el camarada Plejanov, veintitrés votos; para el camarada Martov, veintidós votos; para el camarada Lenin, veintitrés votos; para el camarada Koltsov, tres votos⁵⁰. De esta manera, el camarada Martov fue elegido por la mayoría de los *duros*, hostiles a él: era un tributo inevitable, pagado por el papel que el camarada Martov había jugado en la *Iskra*. *La candidatura del camarada Martov había sido adoptada, pues, en esa misma reunión de los veinticuatro votos a la que se le había prohibido el acceso en cuanto era “blando”*.

El camarada Martov rehusó entrar en la combinación de los tres, creada artificialmente sobre las ruinas de la antigua Redacción. Esta combinación era *moralmente inaceptable* para él. *Políticamente* lo condenaba a quedar constantemente en minoría. Los camaradas que conocen el papel periodístico de Martov estarán de acuerdo con

⁴⁹ Esta resolución había sido presentada por Trotsky. (Nota del traductor, D. Authier)

⁵⁰ Uno de los delegados de la “mayoría”, el camarada Ts., era partidario de una Redacción con una sola persona. Evidentemente, nosotros habríamos dado nuestros dos votos sólo al camarada Plejanov. (Nota de Trotsky).

nosotros: la “mayoría compacta” soberana, al poner a Martov en la imposibilidad política y moral de trabajar para la *Iskra*, ha traicionado criminalmente a este periódico en nombre de la idea del centralismo de buró, encarnado en el Consejo. A partir de ahora, ya no hay *Iskra*. No se puede hablar de ella sino en pasado. El Consejo, que todavía no ha hecho nada, el Consejo que no está todavía más que en el estadio de la intención, que no se ha aplicado todavía a su trabajo administrativo, ha sido comprado a un precio demasiado elevado.

El camarada Koltsov se niega a reemplazar a Martov. Koltsov, que había sido el primero en proponer la confirmación de la antigua Redacción de la *Iskra*. Después de este rechazo, se hacen las siguientes propuestas: 1º) proceder a nuevas elecciones en la medida en que las primeras no han conducido al resultado necesario; 2º) nombrar un solo redactor; 3º) en vista de las nuevas condiciones, mantener la redacción de la *Iskra* en su conjunto. Estas tres proposiciones son rechazadas. La proposición adoptada es la que deja que Plejanov y Lenin constituyan la Redacción. La “minoría” ya no tenía más que recordar a Lenin sus propias palabras: “cuatro miembros del Consejo pueden no ponerse de acuerdo en la elección del quinto. No hay que dejar una instancia suprema del Partido que vaya a la aventura”.

La técnica de las elecciones en este Congreso estaba calculada perfectamente, como por azar, para traer este llamamiento inesperado al respeto a la “democracia” en la cuestión de la nominación de la Redacción. Esta técnica conducía de hecho al aventurerismo más completo. En efecto, en las elecciones no se exigía la mayoría absoluta. No había segunda votación. Después del rechazo, cualquier economicista u oportunista podía entrar en la Redacción: le bastaba obtener un *voto solamente*. Quizá habría sido justo

dar esta lección al camarada Lenin. Nosotros no hemos llegado hasta ahí.

Mal que bien, se había puesto en pie la Redacción del Órgano central, que había guardado por equivocación el glorioso título de *Iskra*. La “mayoría compacta” había construido uno de los dos “focos”.

Quedaba por pasar a la elección del Comité central. Se había decidido elegir a tres personas. Voto secreto. Cada cual escribe tres nombres de su elección en un trozo de papel. El camarada Martov señala que tal forma de votar no puede asegurar la capacidad de trabajo del colegio. Admitamos que la lista presentada por cada uno de los cuarenta y cuatro votantes combina un trío capaz de trabajar juntos. Pero los elegidos pueden revelarse ser personas que vienen de listas diferentes: tres técnicos, tres teóricos, etc. Para evitar esto es necesario votar según listas declaradas abiertamente, seguidas de un cierto número de firmas, listas de candidatos agrupados en algunas troikas. Se hacen esfuerzos para denigrar este procedimiento reprochándole que no respeta las leyes de la conspiración. No hay que revelar las listas de los candidatos. ¡Como si, en las reuniones privadas, no se hubiese pasado revista a todos los candidatos posibles! Veinticuatro votos rechazan la proposición de Martov.

Elección al Comité central: veinticuatro votos participan en la elección. Los otros veinte se niegan. Se confía al presidente de la sesión la tarea de contar los votos y anunciar el nombre de uno de los camaradas elegidos. Surge un problema: ¿Se va a revelar al Congreso el número de votos que ha obtenido cada uno de los tres miembros del Comité central? La “mayoría” está en contra; esta vez, desgraciadamente, no se puede invocar la conspiración que había servido de cobertura a la “mayoría” cuando la elaboración de las listas de candidatos. La cuestión se somete a votación y el Congreso se divide en dos. Veintidós

solamente quieren ocultar las cifras: uno de los delegados de la “mayoría” vota con sus dos votos al lado de la “minoría”. Por tanto, basta que un delegado recule, y ¡nada de “mayoría” victoriosa, se acabó la “mayoría” que ha aplastado la Redacción de la *Iskra!* De este modo, la proposición de ocultar los resultados de la votación, que constituía una excepción al reglamento de conjunto del Congreso, es rechazada. El Presidente nombra uno de los miembros, elegido de nuevo, del Comité central y declara que los tres son elegidos por veinticuatro votos, de veinticuatro votantes; ¡y esto en el curso de una votación secreta, sin que haya habido candidatura colectiva pública! Es así, camaradas, como fue constituido el segundo “foco”, por emplear la feliz expresión del camarada Plejanov.

Queda por elegir el quinto miembro del Consejo: se plantea la cuestión de saber si se revelará el nombre del elegido tras la votación. El delegado N., miembro de la “mayoría”, propone que se lo declare, en la medida en que el quinto miembro del Consejo será naturalmente un “emigrado”. Así pues, ¿está ya decidido? Pregunta alguno de la “minoría”. Pero la “mayoría compacta” vota contra la publicación del nombre del quinto. Resultado: un camarada es elegido por veintiún votos, dos en blanco, contra un voto por otro camarada. Veinte personas no participan en la votación⁵¹.

Fin de las elecciones.

¿Quiénes eran los mencheviques?

¡Veinticuatro contra veinte! ¡Los “iskristas” auténticos contra la “coalición”!⁵². No pasaremos lista a la

⁵¹ El quinto era Plejanov. (Nota del traductor, D. Authier).

⁵² Los veinte votos (los mencheviques) son llamados por los bolcheviques la “coalición de los iskristas inconsecuentes”, “ciénaga” (seis delegados que habían llegado al Congreso sin estar

“mayoría”: aparte de los camaradas Plejanov y Lenin, no encontramos en ella ningún nombre conocido y ligado a la tendencia revolucionaria de la Social-Democracia rusa.

Digamos unas palabras sobre la composición de la “minoría”. Se nos ha calentado los oídos con el representante de la *Organización Obrera* de Petersburgo⁵³ que, como nosotros, ha rehusado participar en la votación para elegir la Redacción, el Comité central y el quinto. Al ser un adversario de principio del centralismo y de las ideas de la *Iskra* en general, esta camarada estaba tan poco inclinada a votar por la Redacción en su conjunto como por una de sus partes. Si la oposición de esta camarada al “centralismo” se ha expresado exteriormente bajo la misma forma que nuestra protesta contra la *empresa organizada de convertir en burla el “centralismo”*, es decir, bajo la forma del rechazo a participar en la votación, esto no cambia nada el fondo, esperémoslo. Por lo demás, si las naturalezas puntillosas políticamente no están satisfechas con nuestra explicación, tendremos el placer de señalarles que la delegada de la *Organización Obrera* de Petersburgo ha votado a favor de la versión del párrafo I de los estatutos redactada por Lenin.

En el momento de las elecciones, los delegados del *Bund* ya no estaban presentes en el Congreso. Durante el examen de los estatutos, se han abstenido la mayor parte del tiempo, salvo en una o dos cuestiones en que nos han apoyado contra la “mayoría compacta” que se estaba formando⁵⁴. De este apoyo se ha intentado hacer un “espantajo”, pero con poco fundamento. Comprendemos

ni por ni contra la *Iskra*) y elementos “anti-iskristas”. (Nota del traductor, D. Authier).

⁵³ Esta delegada seguía la línea llamada economicista. (Nota del traductor, D. Authier).

⁵⁴ En especial sobre el párrafo I de los estatutos. (Nota del traductor, D. Authier).

extremadamente bien todo lo que les falta a los jefes del *Bund* en el aspecto político. Pero nadie se negará a reconocerles lo que les falta a la mayoría de los camaradas rusos: la *experiencia de la organización*.

Continuemos. Con nosotros se encontraban los delegados de Nikolayev, de Crimea, de Jarkov, de la Unión Minera, de Siberia (dos votos), de Moscú, de Rostov, de Ufa y de Odesa (un voto). Todos estos comités y organizaciones habían reconocido en su momento la *Iskra* como su órgano dirigente.

Sabéis, camaradas, que el grupo *Yujny Rabotchi*⁵⁵ se había unido mucho tiempo antes del Congreso a la Organización de la *Iskra*.

La resolución sobre el reconocimiento de la *Iskra* como Órgano central del Partido había sido adoptada en el Congreso del grupo *Yujny Rabotchi*. Los dos delegados del grupo estaban con nosotros.

Camaradas, conocéis el papel de la Organización de la *Iskra* en el trabajo del Partido en general y en la preparación del II Congreso en particular. El único delegado de esta organización, el camarada Martov (dos votos) estaba con nosotros.

El grupo *Liberación del Trabajo* no tiene necesidad de ser presentado, pienso yo. Uno de sus dos delegados, Deutsch, estaba con nosotros⁵⁶.

La redacción de la *Iskra*: de seis miembros, cuatro estaban con nosotros. ¡Por desgracia, tres de ellos sólo tenían voz consultiva! Este derecho, según los reglamentos de la convocatoria del Congreso, había sido dado a *algunos*

⁵⁵ Ver nuestro prefacio. Lenin, por su parte, (cf. *Un paso adelante...*) no considera a los delegados del *Yujny Rabotchi* como mencheviques sino como miembros del “pantano” centrista. (Nota del traductor, D. Authier).

⁵⁶ El otro era Plejanov. (Nota del traductor, D. Authier).

militantes destacados del Partido que no habían conseguido mandato.

Dos miembros del Comité de Organización⁵⁷, el camarada Koltsov y un camarada del Cáucaso, ambos con voz consultiva, estaban con nosotros. Desgraciadamente, las voces consultivas, pertenecientes a *militantes destacados del Partido*, como los camaradas Zazulich, Starover, Axelrod, no tenían más que un carácter moral y ningún peso jurídico. Y fuimos vencidos.

Hemos observado anteriormente que uno de los delegados de la “mayoría” se había pasado a nuestro lado tras la destrucción de la *Iskra* y de este modo había igualado la “mayoría” y la “minoría”. Hay que añadir que hacia el final del Congreso, exactamente el último día de sus trabajos, cierto número de delegados de la “mayoría” ya no tenían la *dureza* requerida. Así se explica que, durante la última sesión, en el momento en que se adoptaba a la ligera las resoluciones de táctica, la “minoría” *se reveló ser ya mayoría*. Hemos hecho pasar toda una serie de resoluciones (redactadas por los camaradas Axelrod, Martov y Starover), algunas a pesar de la oposición de la “mayoría”; en la resolución presentada por los camaradas Lenin y Plejanov hemos introducido correcciones radicales, sin tener en cuenta su resistencia. En la comisión (de tres personas), nombrada para la publicación de las actas (que no es responsable ni ante el Comité central ni ante el Órgano central), hemos hecho pasar dos miembros de la “minoría”. Para comprometer definitivamente las esperanzas de la “mayoría compacta”, que tanto había devastado y tan poco creado, sólo faltaba volver a proponer la confirmación de la antigua Redacción de la *Iskra*, o el cambio de nombre del Órgano central. No hemos llegado hasta ahí.

⁵⁷ De cinco miembros del Comité de Organización presentes en el Congreso, cuatro estaban con la minoría. (Nota de Trotsky).

Así, las resoluciones fundamentales de táctica, adoptadas por el II Congreso, pueden ser calificadas de “iskristas” (y ya se ha hecho) sólo en el sentido bien definido de que la mayoría de estas resoluciones ha sido elaborada sin que tome parte en ello la nueva⁵⁸ redacción de la *Iskra*; algunas de estas resoluciones incluso han sido adoptadas contra su voluntad. La claridad jamás hace daño.

Tales han sido, camaradas, los resultados de los trabajos del Congreso en su *segunda mitad*. Su carácter principal es liquidador. La Redacción está liquidada. El Comité central está liquidado para mucho tiempo. Se tiene derecho a pensar que la idea misma del “centralismo”, que al parecer debía presentarse en el Congreso como el triunfador en el carro de la victoria, corre el riesgo serio de ser liquidada también. ¡He ahí el resultado de la victoria de los “iskristas” duros y de los “centralistas cualificados”!

Camaradas, hemos hecho todo lo que estaba en nuestro poder.

Hemos defendido la inviolabilidad del antiguo colegio redaccional de la *Iskra*, pues nos considerábamos como “iskristas” y no conocíamos a la *Iskra* más que como la creación de un personaje colectivo. Hemos defendido la independencia y la autonomía de la cabeza militante del Partido, el Comité central, pues nos considerábamos como “centralistas”.

Hemos soportado la derrota, pues en los *libros del destino estaba predeterminado, no la victoria del centralismo, sino la de un ego-centralismo que encuentra su apoyo en la psicología de los economicistas y de los diletantes arrepentidos*. He ahí la fórmula en la cual se encuentra la explicación del hecho y la justificación histórica

⁵⁸ Recordamos que este informe fue escrito antes de la restauración de la antigua Redacción (menos el camarada Lenin). (Nota de Trotsky).

de los “vencedores”, pues a nuestro parecer, no son los vencidos sino los “vencedores” los que necesitan ser justificados ante el Partido.

Los bolcheviques, “economicistas arrepentidos”

La “mayoría” de la segunda mitad del Congreso ha dado muestras de mucha *Wille zur Macht...* contra sí misma. Los hechos y los gestos de la “mayoría” han mostrado claramente que el doblez psicológico de esa “voluntad de poder” vuelto del revés estaba constituido, no por un sentimiento desarrollado de la disciplina del Partido, sino por el sentimiento de estar perdido, sentimiento resultante del crac del diletantismo anárquico. “Venid a reinar y gobernarnos”⁵⁹: He ahí cómo se puede formular el estado de espíritu de la “mayoría”. Un practicismo estrecho, que se había revelado impracticable, ha sido reemplazado por una desconfianza total hacia los militantes de la base y por una fe insensata en la omnipotencia de la Redacción en el exilio. Por lo demás, esta fe de la desesperación se ha expresado de modo apenas velado, no en el Congreso, sino lejos de él, en la desembocadura del Volga en el Caspio, exactamente en Astracán. El Comité local, en la persona de su delegación en

⁵⁹ Pasaje muy célebre en Rusia, extraído de una crónica de los comienzos de la historia rusa: “Ellos (los eslavos) rechazaron a los Varegos (tribu escandinava) más allá del mar, no les pagaron más impuestos y se pusieron a gobernarse ellos mismos. Pero no había justicia entre ellos: una familia se levantaba contra otra, y se pusieron a combatir los unos contra los otros. Y se dijeron: “busquémonos un príncipe que nos gobierne y nos juzgue según la justicia”. Y fueron al otro lado del mar, a los Varegos, a los Rusos. Estos Varegos se llamaban Rusos como otros se llamaban Suecos y otros Normandos (...) Los Eslavos dijeron: “nuestra tierra es grande y rica pero no está ordenada. Venid a reinar y gobernarnos”. (Nota del traductor, D. Authier).

el Congreso proponía (desgraciadamente, esta declaración no fue leída en el Congreso por falta de tiempo), en la medida en que los militantes en Rusia están expuestos permanentemente a ser detenidos, nombrar a la Redacción “Comité central del Partido”; según ellos, es aquélla la que debía dirigir desde el extranjero el país ruso por medio de agentes. Así, el centro militante dirigente del Partido debía estar sometido al exilio, para salvaguardar su fidelidad a los principios. ¿Y? Este proyecto totalmente rocambolesco - basta recordar los acontecimientos de Rostov, el pogromo de Kichinev, las huelgas generales en el Sur – fue de hecho sancionado en el Congreso por la “mayoría”, bajo una forma un poco menos clara. El Comité central, creado por el II Congreso, no es nada más que una agencia colocada bajo la administración del Consejo, el cual, a su vez, no es más que la segunda hipóstasis de la Redacción. Evidentemente, un tal Comité central no corre el peligro de convertirse en una dirección política. No hay que esperar de él que se ponga a actuar y a pensar de modo independiente. El trabajo creador supone la libre iniciativa; ésta puede llevar a la “insubmisión”. El papel del Comité central, según Lenin, es totalmente diferente. Debe ser el centinela del centralismo. Disuelve las oposiciones y cierra las puertas del Partido. Para expresar ante el Congreso el significado del Comité central, el camarada Lenin ha mostrado... el puño (hablamos sin *metáfora*) como símbolo político del Comité central. No sabemos si esta mímica centralista está registrada en las actas. Deseémoslo, pues este puño corona todo el edificio.

Cuando un periodista ha acusado a la *Iskra* de traicionar la ortodoxia y ha calificado al camarada Martov “de oportunista típico”, especulaba con “la pobreza intelectual de los otros lectores”, como ha dicho el camarada Plejanov (*Iskra* nº 43). Con una pobreza intelectual de un cierto tipo, añadiremos nosotros. Con la pobreza intelectual

del bernsteiniano y del “economicista” en bancarrota⁶⁰, pasados por un período de penitencia en que se han rehecho una ortodoxia.

Al tomar conciencia de su relajación teórica y de su impotencia práctica ante los imperativos de la vida política, se han puesto a quemar todo lo que habían adorado y a adorar todo lo que habían quemado. Con esta sicología, palabras como “economicismo”, “oportunismo”, tienen una influencia hipnótica. El periodista mencionado ha intentado utilizar este medio superpoderoso. Pero, mala suerte para los que llegan demasiado tarde. No ha tenido éxito. Ha habido que esperar al Congreso para oírse decir que entre el oportunismo “auténtico” y el “iskrismo” pura sangre, hay el “iskrismo” *blando* o *girondino*. Nuestros arrepentidos ardían en deseos de ser útiles. Se les lanzó la consigna: “¡La patria está en peligro! ¡Las puertas del Partido están abiertas de par en par!” Y pronto los dos tercios de la Redacción fueron reconocidos como sospechosos. En la Montaña ortodoxa, comenzó un proceso de autofagia. “¡La patria está en peligro! *¡Caveant Consules!*”⁶¹; y el camarada Lenin transformó el modesto Consejo en un Comité de Salvación Pública todopoderoso, a fin de representar en él el papel del Incorruptible. Todo lo que se encontraba en su camino debía ser barrido. La perspectiva de la destrucción de la Montaña iskrista no ha detenido al camarada Lenin. Se trataba simplemente de instituir sin resistencia, por medio del Consejo, una “República de la Virtud y del Terror”.

La dictadura de Robespierre por medio del Comité de Salvación Pública sólo podía tenerse en pie si se seleccionaba a gentes “fieles” en el Comité mismo, y si se colocaba en todas las funciones importantes del Estado a

⁶⁰ Esta tesis es presentada igualmente por B.D. Wolfe. *La juventud de Lenin*. Calmann-Lévy, p. 245. (Nota del traductor, D. Authier).

⁶¹ Que los Cónsules se pongan en guardia. (Nota del traductor, D. Authier).

criaturas del Incorruptible. Si no, el dictador todopoderoso hubiese quedado suspendido en el aire. La primera condición se dio, en nuestra robespierrada caricaturesca, con la liquidación de la antigua Redacción. Una segunda condición fue igualmente asegurada: selección apropiada de los miembros del Comité central, y, por otra parte, institución del filtro de la “unanimitad” y de la “cooptación mutua”.

El nombramiento de todos los otros “dignatarios” depende del Comité Central; el trabajo de este último está colocado bajo el control vigilante del Consejo. He ahí, camaradas, el aparato administrativo que debe gobernar la República de la “Virtud” ortodoxa y del “Terror” centralista.

Un régimen semejante no puede durar eternamente. El sistema del Terror desemboca en la reacción. El proletariado parisino había elevado a Robespierre esperando que éste le sacaría de la miseria. Pero el dictador le dio demasiadas ejecuciones y demasiado poco pan. Robespierre cayó y arrastró en su caída a la Montaña y, con ella, la causa de la democracia en general.

Un grave peligro nos amenaza en la hora actual: el hundimiento inevitable, y al mismo tiempo próximo, del “centralismo” leninista corre el peligro de comprometer, a los ojos de muchos camaradas rusos, la idea del centralismo en general. Las esperanzas puestas en el “gobierno” del Partido eran demasiado grandes, infinitamente grandes. Los Comités estaban seguros de que les daría hombres, literatura, órdenes, medios materiales. Ahora bien, un régimen que, *para subsistir*, comienza por expulsar a los mejores militantes en los dominios teórico y práctico, un tal régimen promete demasiadas ejecuciones y demasiado poco pan. Suscitará inevitablemente una decepción que puede revelarse fatal, no sólo para los Robespierre y los ilotas del centralismo, sino también para la idea de una organización de combate única en general. Serán los “termidorianos” del oportunismo socialista los que se quedarán entonces como

dueños de la situación, y las puertas del Partido se abrirán efectivamente de par en par.

Ojalá que no suceda.

Algunas palabras a guisa de conclusión

El centralismo orgánico, superación del centralismo leninista.

El Congreso ha terminado⁶². Los delegados han vuelto a casa. “Entonces nos hemos puesto a repasar las heridas”. Heridas, hay muchas. Camaradas, pocos. Esto se limita, por lo demás, a los primeros tiempos, cuando la hipnosis del “centralismo” no había comenzado todavía a debilitarse - gracias en parte a la propaganda de la “oposición” y, sobre todo, al “trabajo” organizativo autofágico de la “mayoría”.

La Redacción creada por veinticuatro manos se ha revelado inviable. El camarada Martov salió de ella desde el Congreso. El camarada Lenin, el inspirador de la “reforma”, después del Congreso. Es bien evidente que los colegios periodísticos dirigentes no se crean con “votos”.

Con la salida del camarada Lenin de la Redacción, las concepciones organizativas de la “mayoría” se invierten completamente en lo concerniente a las *relaciones mutuas entre los centros*.⁶³ Pero ahí comienza un nuevo capítulo, todavía sin escribir, de la historia de nuestro Partido.

⁶² La “conclusión” está escrita para este folleto. No formaba parte del “informe”. (Nota de Trotsky).

⁶³ Efectivamente, habiendo abandonado Lenin la Redacción de la *Iskra* y el Consejo, se hace cooptar por el Comité central, junto con un cierto número de otros bolcheviques. Asigna el primer papel a este órgano pidiéndole que prepare, a escondidas de los otros dos “centros”, un tercer Congreso del Partido, para eliminar

Bien entendido, las divergencias organizativas se encontraron desde el primer día incómodamente en el restringido marco de las relaciones entre el Comité central y el Órgano central. Toda una serie de cuestiones concretas, referentes a las relaciones entre el Comité central y los comités locales, surgieron ante el Partido. Y sobre casi todas estas cuestiones, “la oposición” da una respuesta y la “mayoría” da otra.

La tarea inmediata de la “minoría” es formular de manera exacta, y caracterizar en el detalle, sus concepciones organizativas. En la espera, el autor se limita a recuperar una exposición que había escrito hace dos años.⁶⁴

El punto de partida de esta exposición es el siguiente: “Nos hemos encontrado, para emplear una vez más esta comparación, en la situación de los aprendices de brujo que, repitiendo fórmulas hechas, han suscitado una fuerza enorme y que, cuando ha habido que dominarla, se han encontrado totalmente incapaces”. No hay más que una salida: una organización común a todo el Partido, con un Comité central a su cabeza. Un Congreso convocado a este efecto no puede resolver la cuestión. Es indispensable crear primero el centro, antes de proclamarlo. He ahí el fondo de esta exposición no impresa. El autor se complace con frecuencia en recordar que algunos camaradas, que hace dos

definitivamente a los mencheviques (Wolfe, op. cit, cap. VI). (Nota del traductor, D. Authier).

⁶⁴ El autor estaba entonces totalmente aislado del trabajo práctico y periodístico (Nota del traductor, D. Authier: Trotsky estaba exiliado en Siberia). No conocía todavía la *Iskra* y no sabía nada del trabajo de la organización de este periódico en Rusia. El folleto del camarada Lenin *¿Qué hacer?* no había aparecido todavía. La exposición está escrita bajo la influencia de las informaciones parciales sobre los acontecimientos de 1901. (Nota de Trotsky).

años habían encontrado esta exposición “narodovolista”⁶⁵ (a causa de sus tendencias “no democráticas”) han llegado hoy tan lejos en el camino del centralismo que el autor del *Informe* les parece contaminado por los prejuicios “anti-centralistas”. ¡Tal es la velocidad con la que nuestro Partido avanza por el camino del progreso!

“Si una de las organizaciones locales, dice la exposición, rehusa reconocer los plenos poderes del Comité central, éste tendrá la *fuera* (N.B.) y el derecho de no reconocer a esta organización. La cortará del mundo revolucionario rompiendo los lazos con ella; dejará de enviarle literatura y otros instrumentos de trabajo; enviará al campo de su actividad un destacamento propio y, habiéndole proporcionado todos los medios de acción necesarios, lo proclamará comité local.

“Pero una medida tan heroica, prosigue la exposición, no tiene más que una aplicación excepcional. Como regla general, el empleo de medidas de represión material sería absurdo: significaría que el Comité central se esfuerza en ir contra una corriente que arrastra a todo el Partido, ¡sueño irrealizable!”

“Pero si el Comité central tiene tacto organizativo y comprende las tareas del movimiento, los conflictos entre él y los comités locales son imposibles, pues en caso de desarrollo normal de estas relaciones, las disposiciones del Comité central no son más que la formulación de las exigencias comunes a todo el Partido... Vigilando bien que los comités locales vayan al mismo paso que el Partido, el Comité central se abstendrá de toda intromisión en los asuntos de las organizaciones locales”.

⁶⁵ Del nombre de la organización populista conspiradora *Narodnaia Volia* (cf. *¿Qué hacer?*, cap. IV: La organización “conspiradora” y el “democratismo”). (Nota del traductor, D. Authier).

Estas ideas son extremadamente elementales, pero para nuestros tiempos “centralistas”, hay que imprimirlas al menos en cursiva.

Polémica con Lenin

El informe estaba ya corregido cuando apareció la *Carta a la Redacción de la Iskra*⁶⁶ escrita por el camarada Lenin a fin de explicar su salida de la Redacción. Es un documento extremadamente extraño.

El camarada Lenin se queja de que la “minoría” haya creado una literatura “clandestina (¡sic!) que inunda la emigración, los comités y que comienza ya a volver parcialmente de Rusia al extranjero”. En esta “literatura clandestina” (¿o anónima?) se incluye, entre otros, el *Informe del delegado de Siberia*. ¿Qué es lo que el camarada Lenin quiere decir exactamente con eso? ¿Es que nos reprocha no haber hecho público este informe? Pero era imposible hacerlo antes de la publicación de la declaración concerniente al Congreso del Partido. A menos que el camarada Lenin quiera indicar con eso que el informe, ¿circulaba solamente en *ciertos* grupos y entre *ciertas* personas? Pero entonces no se comprende tampoco muy bien sobre qué base cita Lenin en la prensa un documento que no está destinado a ser impreso. Continuemos. El camarada Lenin, ¿quiere decir que él mismo jamás ha recurrido a esta especie de literatura que él llama clandestina? Si ha recurrido a ello, ¿no considera como obligatorio, después que se ha permitido citar documentos literarios “clandestinos” que le han “llegado”, publicar sus propios documentos más o menos “clandestinos”? ¿O es que simplemente no está dispuesto a reconocer este derecho a la

⁶⁶ Lenin, *Obras completas*, tomo VII, p. 119 y ss. (Nota del traductor, D. Authier).

“minoría”? Esperamos que el camarada Lenin nos dé las explicaciones que se imponen.

La literatura clandestina está llena de “las acusaciones más divertidas” a propósito de Lenin; se le acusa “de autocracia”, de haber creado un “régimen robespierrista de ejecuciones” (¡sic!). Estamos dispuestos a regocijarnos de que el camarada Lenin se haya “divertido” por los reproches “divertidos” de la literatura “clandestina”. Únicamente, que es en vano que haya tomado las ejecuciones “robespierristas” en serio. El *Informe* “clandestino” del delegado de Siberia habla de una robespierrada *caricaturesca*. Se distingue de su gran modelo como la farsa vulgar se distingue en general de la tragedia histórica. Estamos dispuestos a reconocer que, efectivamente, no hay nada más divertido que una “autocracia” que no dirige nadie, y “ejecuciones” que permiten a los “ejecutados” realizar funciones importantes en el Partido.

El camarada Lenin piensa, o al menos imprime, que las divergencias organizativas son “presentadas” por nosotros de tal manera que embellecen la posición de la “minoría” y los procedimientos de la lucha para la transformación de la composición personal de los “centros”. El camarada Lenin no conoce ningún “centralismo burocrático”. Por el contrario, conoce infinitamente intrigas maquinadas por la “minoría” para penetrar en los centros del Partido. Cada cual no ve más que aquello que le es dado ver.

Pero nosotros pensamos que, en un futuro bastante próximo, aparecerá un folleto que comenzará así:

“En nuestra literatura socialdemócrata en el extranjero se lleva, desde hace cierto tiempo, una discusión bastante extraña para el lector no ilustrado; su tema es: ¿existe, o no existe en la joven Social-Democracia rusa una tendencia conocida bajo el nombre de *centralismo burocrático*? Según la opinión de una de las partes

presentes, por ejemplo, P. Axelrod, no sólo existe tal tendencia sino que en *ciertas condiciones* puede tener una influencia muy dañina en el desarrollo ulterior del Partido. La otra parte, el camarada Lenin, no quiere ponerse de acuerdo con el camarada Axelrod. Piensa que su opinión está desprovista de todo fundamento.

“Un hombre que se mantenga apartado de los asuntos internos de nuestro Partido podría considerar tal disputa falta de interés, tanto más cuanto que las partes en lucha se expresan a veces por semi-alusiones, y raros son los que pueden comprenderlas. En realidad, esta disputa tiene una gran importancia práctica. Y por esta razón la “minoría” estima útil colaborar en la solución de esta discusión, publicando la siguiente colección de materiales”.

El camarada Lenin quizá se acuerde: el *Vademécum* consagrado al *Rabotcheie Dielo* comenzaba de esta manera. Nos ha hecho falta simplemente reemplazar “economicismo” por “centralismo burocrático” y, en lugar de la Redacción del *Rabotcheie Dielo*, poner el nombre del camarada Lenin. En cuanto al camarada Axelrod, no hemos tenido que reemplazarlo. Él ha sido el primero en constatar el “economicismo” y en formular los reproches “divertidos” de “centralismo burocrático”. Añadamos también que los acontecimientos que han seguido, como dice el *Vademécum*, han dado una prueba brillante e irrefutable de “la perspicacia y el alcance de los puntos de vista de P. Axelrod”.

¿Qué respondieron a las acusaciones del camarada Axelrod los camaradas del *Rabotcheie Dielo*? Confirmaron “que su disputa con el grupo *Liberación del Trabajo* no fue provocada por divergencias programáticas, sino porque este grupo se oponía a todo cambio en la composición de la Redacción. Tal es su verdad oficial.”

“La historia se repite”...

El camarada Lenin niega la existencia de divergencias organizativas serias. Parece que se ha

apresurado a olvidar lo que él mismo declaró en el Congreso del Partido sobre la táctica del “estado de sitio” y en el Congreso de la Liga sobre la necesidad de excluir a los “bundófilos”, los “rabotchedielistas” y “yujnorabotchistas”.⁶⁷

El camarada Lenin niega las divergencias. ¿No cree que así se obliga a explicar a la faz del Partido las causas que no son de principio y que lo han impulsado a exigir del Congreso la destrucción de la antigua Redacción? Ahora escuchamos al camarada Lenin declarar que: “*en opinión de la mayoría, es posible y necesario hacer prevalecer sus puntos de vista en el Partido, que la composición personal de los centros sea modificada a medida*”.

Ahora bien, el camarada Lenin exigía él mismo “la modificación de la composición personal de los centros” incluso si, como se confirma ahora, al hacerlo no tenía ningún “punto de vista propio”, ningún punto de vista que le hubiese sido necesario “hacer prevalecer en el Partido”. ¿No es evidente que los ultimátum son inadmisibles en tales condiciones, “en opinión de la mayoría”?

El camarada Lenin vuelve sin cesar sobre la coalición de la “minoría iskrista” y elementos “no-iskristas”. Estamos dispuestos a asombrarnos sinceramente de la obstinación del camarada Lenin, tanto más cuanto que él mismo no puede dejar de saber que las actas del Congreso y de la Liga no dejan piedra sobre piedra de sus afirmaciones. El presente *Informe* puede precisar cierto número de cosas a este respecto.

Y además, ¿qué significa, en el lenguaje actual del camarada Lenin, “iskristas duros, por consiguiente centralistas”?

⁶⁷ Partidarios del *Bund*, partidarios del *Rabotcheie Dielo*, partidarios del *Yujny Rabotchi*. (Nota del traductor, D. Authier).

Personalmente, hemos dedicado tiempo a comprender algo de esto, hasta que un camarada nos lo aclara, afirmando: “el iskrista *duro*, por consiguiente, centralista” es el que construye su concepción según el principio cartesiano: “soy reconocido por el Comité central, luego existo”.

En cuanto a los “iskristas *blandos*, es decir, los que no son reconocidos y que por tanto apenas existen, sólo representan, según Lenin, un “círculo de emigrados”. Ocurre que este círculo boicotea el Órgano central, obstaculiza las decisiones del Comité central y provoca, con su “actividad desorganizadora, que frena *todo el trabajo*”, la reacción de toda una serie de comités del Partido. ¡”Un círculo de emigrados” que frena todo el trabajo” del Partido! El camarada Lenin infringe aquí los cánones elementales de la lógica.

Para rehabilitar, en su espíritu, las verdaderas proporciones, el lector sólo tiene que recordar que hemos dejado el Congreso con veintidós contra veintidós.

Al acabar de leer la *Carta* del camarada Lenin, titulada *Por qué he dejado la Redacción de la Iskra*, el lector no dejará de preguntarse: “Pero por qué exactamente el camarada Lenin ha salido de la Redacción de la *Iskra*?”

Y si este lector relaciona esta pregunta con lo que se le suministra en la *Carta*, se dirá:

“El camarada Lenin se ha batido en el Congreso por el “cambio del personal de los centros del Partido”. En esta lucha, no tenía ninguna base de principio. A pesar de todo, ha tenido éxito. La Redacción de la *Iskra* y el Comité de organización fueron destruidos. Ahora bien, el resultado más inmediato de esta destrucción ha sido la salida del mismo Lenin de la Redacción. La táctica del camarada Lenin, “que no estaba guiada por consideraciones de principio”, se ha resentido evidentemente de cierto número de lagunas. Pero esto no debe ocurrir en empresas tan delicadas. Esto ha

acabado mal para el camarada Lenin. Esto pasa a todo el mundo. En este caso, conviene retirarse lo más discretamente posible y molestando lo menos posible”.

Al razonar así, el lector tendrá razón.

(Traducido del ruso por Denis Authier, según el ejemplar del *Informe de la Delegación Siberiana* conservado en la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea, París).

*

PIERRE GUILLAUME:
Ideología y lucha de clases

JEAN BARROT:
**El “renegado” Kautsky
y su discípulo Lenin**

NOTA DEL EDITOR

*Los dos artículos aquí presentados fueron publicados en París en abril de 1977 en el cuaderno SPARTACUS n° 78, serie B, en su versión original francesa, **Idéologie et lutte de classes**, par Pierre Guillaume y **Le “renégat” Kautsky et son disciple Lénine**, par Jean Barrot como contestación a la obra de Karl Kautsky “Las tres fuentes del marxismo”. Dado que esta última obra es posible encontrarla en otras ediciones, aquí sólo publicamos los dos artículos, que se inscriben en una línea de refutación de las posiciones de Lenin presentadas por él mismo y sus seguidores como marxistas revolucionarias, lo cual es cuestionado en dichos artículos. No entraremos en detalles, para ello remitimos al amable lector a ambos textos, que hemos querido adjuntar a esta otra refutación de Lenin llevada a cabo por Trotsky en su “Informe de la Delegación Siberiana”. “Informe” que, paradójicamente, también se revuelve contra el propio Trotsky, estrecho colaborador de Lenin desde 1917 y leninista a ultranza desde que fue desbancado del poder por Stalin, razón por la cual quiso mantener en el olvido su propia obra.*

Finalmente, queremos destacar que el peso de la sociedad capitalista en su conjunto, y el de la ideología de la clase dominante en particular es de tal magnitud que no deja de tener efectos perniciosos incluso sobre personas que en un momento han podido defender posiciones revolucionarias. Razón por la cual Ediciones Espartaco Internacional sólo puede responder de la publicación de estos artículos, pero no de la evolución política posterior de sus autores.

Barcelona, julio de 2002

IDEOLOGÍA Y LUCHA DE CLASES

Por Pierre GUILLAUME

¿Es o no es la clase obrera portadora de una voluntad y de una capacidad de transformación revolucionaria radical? ¿Es capaz de realizar a escala mundial la verdadera *comunidad humana, la humanidad social*?

En otros términos, ¿cuál es el sentido de más de ciento cincuenta años de luchas obreras, entrecortadas de victorias exaltantes, de amargas derrotas y de retrocesos en que todo parece definitivamente perdido, como el que vivimos después del fracaso de la Revolución española, y del que apenas salimos?

Desde el origen del capitalismo, cuando aún la clase obrera no era más que embrionaria, el *comunismo* ha aparecido desde un principio como el objetivo, el fin último, el sentido profundo y la tendencia inmanente de las luchas obreras... Sin embargo, las primeras expresiones ideológicas coherentes de una teoría comunista fueron obra de los “socialistas utópicos”. Saint-Simon, Fourier en Francia, Owen en Inglaterra fueron los más célebres. Tuvieron numerosos predecesores, entre ellos el cura Meslier y Sylvain Marechal. Herederos de la filosofía de las luces del siglo XVIII, no concebían, sin embargo, el *comunismo* como el producto de la lucha revolucionaria de los trabajadores, ni como la tendencia ineluctable de la sociedad capitalista... Al contrario, constataban, con el nacimiento del capitalismo, los males que origina y por consiguiente el hundimiento de las ilusiones de la filosofía de las luces, que había creído fundar sobre la razón abstracta la emancipación de toda la especie humana. La *libertad* de los filósofos no era en realidad más que la libertad para los burgueses de comerciar libremente, y

la libertad para los proletarios de vender su fuerza de trabajo. La *igualdad* no era más que una igualdad abstracta, la aplicación a esa abstracción que es la Persona Humana de un derecho *igual para todos*, mientras que en la realidad se aplicaba a personas fundamentalmente desiguales, según su posición en las relaciones de producción. En cuanto a la *fraternidad*, no era sino el velo púdico, la mistificación por la cual la burguesía naciente intentaba enmascarar la guerra permanente que se hacen los diferentes burgueses entre sí por la competencia y, sobre todo, el antagonismo que opone a poseedores y no poseedores, a burgueses y proletarios.

La divisa revolucionaria: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, arma de la burguesía contra la feudalidad y el estado regio despótico, se convertía inmediatamente en el arma de la burguesía en su guerra solapada o abierta contra el proletariado.

Lejos de ser sinónimo de emancipación del hombre, *el estado de razón*, fundado por la Revolución francesa, no emancipaba más que a una fina capa de la población, la capa poseedora, la burguesía, al mismo tiempo que emancipaba al capital de todas las trabas del derecho feudal. La inmensa mayoría recaía en un estado de dependencia total. Era reducida a no ser más que una mercancía en el ciclo capitalista, a estar totalmente sometida a los poseedores de los medios de producción, y esta sumisión iba acompañada de una decadencia material y moral profunda y, en la época, de una pauperización absoluta.

“En una palabra, comparadas con las deslumbrantes promesas de los filósofos del siglo XVIII, las instituciones sociales y políticas establecidas por el ‘triumfo de la razón’ se revelaron como caricaturas amargamente decepcionantes. Sólo faltaban hombres para constatar esta decepción: éstos (los utopistas) llegaron al cambio de siglo.” Así, para los utopistas, testigos de las miserias evidentes de la sociedad, el Estado de Razón, fundado por la Revolución burguesa, no

era suficientemente *razonable*. La Razón que lo había fundado no era una *razón suficiente*. Por esto emprendieron, desde el punto de vista de la razón y de la justicia, una crítica despiadada del mundo burgués.

De este análisis crítico de la sociedad burguesa emprendido en nombre de la razón, sacaron por primera vez la conclusión de que el *comunismo* es la única forma de sociedad “racional”, y la solución de todos los males de que adolece la sociedad capitalista.

“Pero, en aquella época, el modo de producción capitalista, y con él el antagonismo entre burguesía y proletariado, estaban todavía muy poco desarrollados. La gran industria, apenas nacida en Inglaterra, era desconocida en Francia. Ahora bien, sólo la gran industria, de una parte, desarrolla los conflictos que hacen una necesidad ineluctable la transformación del modo de producción –conflictos no sólo entre las clases engendradas por ella, sino también *entre las fuerzas productivas y las formas de cambio que ha creado*;- sólo ella, de otra parte, engendra en sus fuerzas productivas mismas los medios para resolverlos también. Si hacia 1800, pues, los conflictos surgidos del nuevo orden social apenas estaban naciendo, esto es todavía mucho más cierto en cuanto a los medios de resolverlos. Si las masas pobres de París habían podido, durante el Terror, conquistar un momento el poder, sólo habían constatado por ahí mismo la imposibilidad de este poder en las circunstancias de entonces...

Esta situación histórica dominó también a los fundadores del socialismo. A la inmadurez de la producción capitalista, a la inmadurez de las clases, correspondió la inmadurez de las teorías. La solución de los problemas sociales que permanecía todavía escondida en las condiciones económicas embrionarias, debía, según ellos, *ser sacada de su cerebro*. La sociedad no presentaba más que abusos: suprimirlos era la tarea de la razón pensante. Se

trataba de descubrir un nuevo sistema de orden social más perfecto, y entregárselo a la sociedad, *desde fuera, por la propaganda*, y si era posible, por el ejemplo de experiencias modelos. Estos nuevos sistemas sociales estaban condenados de antemano a la utopía; y cuanto más elaborados estaban en el detalle, más desembocaban en la pura fantasía.” (“Anti-Dühring”.)

Engels cita después abundantemente las intuiciones geniales contenidas en los escritos de los socialistas utópicos y que el socialismo científico desarrollará a continuación.

Parecería, pues, que la teoría revolucionaria, la conciencia comunista, haya sido elaborada en el exterior del movimiento de la clase obrera, por intelectuales que la aportan después a la clase obrera, y esto desmentiría, pues, nuestra afirmación preliminar según la cual: “el comunismo ha aparecido en primer lugar como el objetivo, el fin último, el sentido profundo y la tendencia inmanente de las luchas obreras”.

Eso es una ilusión peligrosa. Y es a través de esta concepción falsa como penetran generalmente en la teoría revolucionaria las concepciones idealistas de la ideología burguesa y todas las desviaciones que la jerga consagrada califica de voluntarista y oportunista. (Volveremos sobre ello.)

Así parecería que, contrariamente a la tesis central de Marx: “*no es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, es su existencia social la que determina su conciencia*”, la conciencia comunista elaborada en el exterior por pensadores especializados o, también, la teoría revolucionaria, la línea justa, la conciencia de clase, como se quiera, importada desde el exterior dentro del proletariado, modificaría su existencia, es decir, su práctica real, una vez que SE la habría hecho asimilar.

Analicemos, pues, para resolver este enigma, cuál es la relación real entre el nacimiento de las teorías socialistas crítico-utópicas, y el movimiento real de la historia y de la clase obrera.

La idea según la cual las tesis fundamentales del comunismo habrían nacido en el cerebro de los pensadores utopistas y aportadas a los trabajadores no es sino una ilusión óptica. Ciertamente, es la manera como los utopistas mismos se representan su relación con la clase obrera y la historia, pero se trata de una pura y simple inversión ideológica de la realidad. La relación real es otra. En efecto, jamás ninguna idea o invención ha sido el producto de un cerebro aislado, o de uno o varios pensadores especializados. La producción de las ideas es un proceso eminentemente social. La aparición de una idea *nueva* en el cerebro de un individuo está condicionada a la vez por el conjunto de la producción cultural e ideológica de la época, histórica y socialmente condicionada, y por la historia de este individuo, la totalidad de su experiencia humana, tomada en todas sus determinaciones concretas, de donde derivan a la vez su estructura psíquica y propia de su carácter, *su punto de vista* y su posición en la circulación y la producción del stock social de ideas, de conceptos, de informaciones o de prejuicios, en el cual él bebe y a partir del cual él trabaja. (Y en una sociedad de clase, las determinaciones concretas del ser social están condicionadas por su situación en las relaciones de producción.) La producción de una idea, de un concepto, de una ideología o de una teoría implica siempre la colaboración informal de una muchedumbre de productores anónimos y que permanecerán siempre ignorados, de la misma manera, por otro lado, que la producción de un coche.

Pero sobre todo, para que los utopistas efectuasen su análisis crítico tan contundente de la sociedad burguesa también hacía falta que la sociedad burguesa existiese, y

para que su análisis fuese crítico, se necesitaba que las contradicciones y las taras de esta sociedad se hubiesen manifestado. Y ¿cómo se manifiestan estas taras sino por la lucha de aquellos que las padecen? *La irracionalidad* de la sociedad burguesa, el fracaso del humanismo burgués, *la inhumanidad* de la condición creada al proletariado, han sido vividas primeramente por el proletariado antes de ser pensadas y teorizadas. Y son las huelgas, las revueltas y los motines los que han atraído la atención de los razonadores sobre la irracionalidad del sistema; no son los razonadores los que han atraído la atención de los proletarios sobre la inhumanidad de su condición.

No existe ningún medio de saber si las condiciones de existencia de los elefantes en la jungla india no son ya *elefantescas* si los elefantes no lo manifiestan por una revuelta, o (al menos para los elefantes) por la lenta desaparición de la especie.

Así, lejos de ser el producto del cerebro de algunos intelectuales, las ideas socialistas y comunistas han sido primeramente el producto de la lucha de la clase obrera, que primero ha segregado sus ideas de manera anónima e informal para dar cuenta de su situación y de su lucha. A partir de estas ideas producidas social y colectivamente, los utopistas han trabajado y producido su sistema. Estas ideas eran, mucho antes de los utopistas, muy vivaces en el proletariado que, precisamente porque apenas salía de las relaciones feudales (corporación) o precapitalistas (campesinado), sentía con una agudeza y una claridad mucho más grande que en nuestros días el escándalo del salariado, y el avasallamiento que significaba el hecho de ser un trabajador libre, es decir, jurídicamente libre de todas las ataduras serviles o de gremio, y libre, por tanto, de vender su fuerza de trabajo a quien quisiese, pero *libre* también de todo, es decir, despojado de todo y, por consiguiente, separado de los medios de producción convertidos en capital

en las manos de su poseedor. Se podría demostrar fácilmente, en eso que se ha convenido en llamar “cultura popular” y particularmente en las canciones de oficios que el nacimiento del salariado es vivido por los proletarios como un escándalo y un desgarramiento, y que inmediatamente ha aparecido la *necesidad* de poner fin a este desarraigo volviendo a apropiarse de los medios de producción. La comparación posible con una situación anterior muy próxima y que seguía estando todavía ampliamente presente en la sociedad permitía captar inmediatamente *la diferencia* mucho mejor que hoy en que el salariado ha llegado a ser *natural*. Esta conciencia difusa es la que constituye el punto de partida y la condición de posibilidad del comunismo crítico-utópico. Los *sistemas* socialistas no son más que la cúpula de un edificio ideológico cuya base y cimientos han sido construidos por el trabajo ideológico de los trabajadores mismos sobre la base de su experiencia proletaria, pero a medida que el edificio se eleva, nuevos artesanos vienen a aportar su contribución con preocupaciones y puntos de vista diferentes. Se ha olvidado por quién y en qué condiciones había sido construida la base del edificio. En la cima, algunos artistas han venido a esculpir las estatuas, algunas de las cuales son bellas, pero ellos han firmado, poniendo así la marca de la burguesía sobre lo que no era sino un producto de la lucha de clase.

Sin embargo, esto no significa que estos sistemas ideológicos son producidos directamente por la lucha de clase y no son más que el *reflejo* del mundo objetivo y material, como afirma el materialismo primitivo criticado por Marx (tesis sobre Feuerbach, entre otras) y en el cual recae el marxismo degenerado⁶⁸, o que los ideólogos no serían más que portavoces de las diferentes clases, o una

⁶⁸ Como Lenin en “Materialismo y empirio-criticismo”, por no hablar del cretinismo estalinista.

especie de cajas de resonancia de ideas existentes ya completamente acabadas fuera de ellos y salidas no se sabe de dónde o más bien “reflejando” el mundo material por no se sabe qué proceso. Las ideas, las teorías, son el producto de la actividad humana, del trabajo humano, no un reflejo pasivo, y que transforma, pues, una materia prima en producto “humanizado”, experiencias y sensaciones en conceptos, organiza los conceptos, los transforma, etc.

Pero el proletariado no ha esperado a que pensadores especializados, beneficiándose de la cultura burguesa, lleguen a la conclusión teórica, gracias a su trabajo específico, de que la fuente de todos los males de la sociedad era la apropiación privada de los bienes, y que esta apropiación privada debía ser abolida y el comunismo instaurado... Desde que ha existido el proletariado, es decir, una clase de hombres libres que no poseen para vivir más que su fuerza de trabajo y constreñidos, pues, a venderla a cambio de un salario a los poseedores de los medios de producción, ha *manifestado con sus actos* (por tanto, la conciencia *práctica*, la única que nos interesa) el juicio inequívoco que pronunciaba contra la propiedad privada, y su tendencia espontánea (puesto que es conforme a su ser) a apropiarse por la *violencia*, y sin otra forma de proceso, de aquello de lo que era defraudado: las condiciones del trabajo, los medios de producción, que no existen en la sociedad capitalista más que bajo forma de Capital. Y ha identificado muy pronto a su verdadero enemigo: no el burgués, sino el Capital, y el capital bajo todas sus formas: medios de producción, mercancías, dinero. Se encuentra no sólo la manifestación de esta conciencia práctica, de esta conciencia en acto, y un principio de expresión ideológica en las huelgas y motines obreros desde el principio del siglo XVIII, e incluso bajo la feudalidad y en la antigüedad, en la medida en que existían en el interior de estas sociedades dominadas por relaciones feudales,

esclavistas o de tipo asiático sectores extremadamente limitados en que el salariado se había desarrollado.

El proletariado no tiene ninguna necesidad *de aprender* en los libros, aunque sean “marxistas”, para identificar a sus enemigos, le basta sufríroslos.

“El proletariado clama enseguida de modo brutal, agresivo, despiadado y violento su oposición a la sociedad de la propiedad privada. El levantamiento silesiano comienza precisamente por el desenlace de los levantamientos inglés y francés, la conciencia de ser el proletariado. La acción misma lleva la marca de esta superioridad. Los tejedores no destruyen solamente las máquinas, esas rivales del obrero, sino también los libros de contabilidad, los títulos de propiedad; y mientras que los otros movimientos no se dirigen más que contra los patronos de fábricas, el enemigo visible, este movimiento se dirigió contra los banqueros, el enemigo oculto”. (Marx)

Esto no significa que el proletariado tendría necesariamente y por no se sabe qué misterio, la “ciencia infusa”, ni que posea automáticamente una teoría clara y adecuada de los fines y de los medios. Pues el comunismo no es *“lo que quiere o piensa tal o cual proletario, ni aun lo que el proletariado en su conjunto se presenta en un momento dado como fin, sino lo que, conforme a su ser, se verá constreñido a hacer.”*

El comunismo no es, pues, un “proyecto” o un “programa” de transformación social aportado desde el exterior, ni aun creado ideológicamente por la clase obrera misma y aceptado en su conjunto, el comunismo es el producto espontáneo, la lógica inmanente, interna de su lucha.

Es esta lucha la que constituye el fundamento y la *única fuente* de toda teoría revolucionaria, por muy abstracta y general que sea.

De este modo, es EL SER DEL PROLETARIADO, sin ninguna mediación, el que funda histórica y teóricamente el comunismo. De la misma manera, por otro lado, que es el ser de la burguesía, y no la Razón, quien histórica y prácticamente ha fundado la sociedad burguesa. En efecto, *“cuando se estudian las conmociones de este género (las conmociones sociales) hay que distinguir siempre entre la conmoción material que se opera en las condiciones económicas de la producción... y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas y filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres toman conciencia de este conflicto y se esfuerzan en resolverlo.”* (Pref. de la *Crítica de la Economía Política.*)

El proletariado no denuncia la sociedad capitalista desde el punto de vista de la Razón, la denuncia, en su práctica, desde el punto de vista de su ser; y cuando expresa conscientemente esta denuncia, lo que no es “más que la forma ideológica en que toma conciencia del conflicto”, no hace sino enunciar lo que es y el sentido de lo que hace.

“Cuando el proletariado denuncia la disolución del orden social actual, no hace más que enunciar el secreto de su propia existencia: pues él mismo constituye la disolución de este orden social...” (Marx: *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel.*)

Pero antes de ver qué es este SER DEL PROLETARIADO, y por tanto, el movimiento que le empuja ineluctablemente a destruir la sociedad capitalista, y por este movimiento mismo, a crear otras relaciones de producción, por consiguiente, otras relaciones entre los hombres y entre los bienes producidos por ellos: el comunismo, volvamos hacia atrás y analicemos el significado de la *inversión ideológica* que acabamos de mostrar.

Así, hemos visto que el comunismo crítico-utópico no era más que el producto ideológico del desarrollo de la

sociedad capitalista y de sus antagonismos, por tanto, el producto indirecto de las luchas obreras; pero que la teoría, el sistema ideológico no era consciente él mismo de esta relación de la que hemos indicado someramente las mediaciones.

Veamos primeramente cuáles son las consecuencias de esto para la teoría misma.

Por el solo hecho de que no es consciente de esta relación, la teoría se compromete y se hunde en la especulación. Dejando aparte algunas intuiciones geniales, este “comunismo” se convierte en una pura abstracción y una pura fantasía, bien incapaz de probar en la práctica “*la realidad y la potencia, la materialidad de su pensamiento*”

Por el hecho de esta separación, la teoría se hace falsa. Se podría someterla a ella misma a la *crítica crítica*, y mostrar que “sus proyectos” son a la vez irrealizables y están habitados por contradicciones insuperables que, por otro lado, la práctica se ha encargado de demostrar, con la falta de respeto habitual que tiene por las ideas. Los proyectos de comunidad comunista, de falansterios, etc., bosquejados por los utopistas, o bien no han visto jamás la luz porque no existían las condiciones para su creación y apenas suscitaban entusiasmo por parte de los trabajadores, o bien, en la medida en que tuvieron lugar algunas tentativas, se hundieron bajo la presión de las contradicciones externas e *internas*.

Pero veamos ahora cuáles son las consecuencias prácticas, para el movimiento revolucionario, de este error teórico fundamental: esta incomprensión de la relación real entre la teoría y el movimiento de la historia.

La “ideologización” de la teoría no es sólo mortal para la teoría, es contrarrevolucionaria en la práctica, por cuanto desemboca necesariamente en retirar al proletariado la iniciativa histórica, para fijarla en otra parte. La

separación de la teoría desemboca siempre en una teoría de la separación, y fundamenta teóricamente esta separación.

De esta manera, ¿en qué desembocan las concepciones de los comunistas utópicos, aunque sean el producto indirecto de la lucha de clase? En lugar de decir a los proletarios: “Continuad vuestra lucha despiadada, y que no hace más que comenzar, contra la sociedad burguesa, contra el capital y la mercancía bajo todas sus formas, y contra el Estado burgués, que no es más que su defensor y el último garante. Nuestros análisis teóricos, para los cuales hemos utilizado el máximo de materiales que ofrece la cultura burguesa, prueban no sólo que vuestra lucha está justificada, que es la única vía posible para los trabajadores, cosa que vosotros sabéis ya, sino que los medios de lucha que habéis creado, la huelga, el motín, la insurrección armada, son los mejores, en todo caso nosotros no hemos encontrado nada mejor, y al actuar así no sólo os emancipáis a vosotros mismos, sino que emancipáis a la humanidad entera, por lo cual nosotros ponemos nuestras fuerzas al servicio de vuestro programa”.

En lugar de emplear este lenguaje, emplean exactamente el lenguaje inverso: “Proletarios, comprendemos vuestras luchas y a veces admiramos vuestro heroísmo, sin embargo estamos obligados a deciros que estáis en el camino equivocado, chocáis contra la sociedad y el Estado como la mariposa contra un vidrio, despilfarráis inútilmente vuestras fuerzas, nuestros análisis teóricos nos permiten deciros que deberíais proceder de otra manera...”. Las recetas cambian en cada caso. Para los utopistas, se trataba esencialmente de la creación de comunidades comunistas, falansterios, etc., de donde la propiedad privada, y por tanto, la lógica mercantil del cambio, era desterrada por reglas formales de funcionamiento.

De este modo, toda teoría que deja de ser la teoría del movimiento real de la historia, por consiguiente, en

nuestra época, del desarrollo de la sociedad capitalista, y de la lucha de la clase obrera contra el Capital, degenera *ipso facto* en ideología y expresa intereses opuestos, o al menos extraños, al proletariado. Cae de su peso que el desarrollo de una ideología así no depende simplemente de una falta de capacidades teóricas, de una falta de agudeza en el análisis, expresa, por el contrario, un *punto de vista* particular sobre la sociedad y la historia, por tanto una *posición* particular en la sociedad y en la historia, *separada* y que se piensa como separada del proletariado.

Esto no es válido solamente en los orígenes del movimiento obrero, en el momento en que los antagonismos de clase estaban poco desarrollados cuantitativamente (pues cualitativamente el antagonismo Capital-Trabajo es invariable durante toda la duración del salariado), esto constituye una constante permanente del movimiento obrero, y este análisis es la piedra de toque que permitirá descubrir el oro de la teoría revolucionaria en medio de las diversas mercancías ideológicas propuestas para el consumo de las masas. Este método permitirá sobre todo comprobar el carácter revolucionario de las teorías y organizaciones hasta nuestra época, y comprender cómo una teoría, por muy *revolucionaria* que sea, cae en la ideología, y por tanto deja al mismo tiempo de ser científica y revolucionaria.

La concepción que acabamos de exponer, en la que no hacemos sino parafrasear a Marx y Engels, se opone radicalmente a las concepciones revolucionarias de Lenin y a sus versiones degeneradas, llamadas leninistas. Para Lenin, en efecto, que repite casi palabra por palabra en “*Las tres fuentes y las tres partes constitutivas del Marxismo*” (marzo de 1913), el texto de Kautsky: *Las tres fuentes del Marxismo* (1908), el comunismo ya no es el producto orgánico, necesario, del movimiento mismo de la sociedad capitalista y de la lucha revolucionaria del proletariado que se deriva de él, el “Comunismo”, la “teoría socialista” es el producto de

una CRÍTICA teórica de la sociedad capitalista, y su forma más elaborada, el marxismo, sería el producto de la síntesis, efectuada por Marx, de las ciencias naturales y psicológicas, de un lado, y del pensamiento alemán, del pensamiento francés y del pensamiento inglés, por otro.

Esta síntesis es concebida como un movimiento interno del pensamiento, debida a la dinámica de la inteligencia.

Para Kautsky, las ciencias burguesas habían llegado a un nivel de desarrollo muy alto, pero tropezaban con un cierto número de problemas... Entonces vino Marx. Vió que la historia es el resultado de... (sic, *Las tres fuentes*, pág. 9, continúa.)

Ciertamente, Kautsky llama cordialmente a “la Unión del movimiento obrero y del socialismo”, es el título del capítulo 4º de su folleto. Lenin también: es el objeto de “¿Qué hacer?” y la meta de toda su vida.

¡Muy amable de su parte! Pues para ellos: “*El movimiento obrero y el socialismo no son de ninguna manera idénticos por naturaleza*” (Kautsky, op. cit.). Tanto para uno como para otro: “*la forma originaria del movimiento obrero es puramente económica*” (Kautsky, op. cit.) mientras que “*el socialismo supone un conocimiento profundo de la sociedad moderna*” (Kautsky, op. cit.), lo que desarrolla Lenin en “¿Qué hacer?”; hablando de las huelgas de 1886-90: “*Los obreros no podían tener todavía la conciencia socialdemócrata que no podía serles aportada más que desde el exterior... La historia de todos los países atestigua que, entregada sólo a sus propias fuerzas, la clase obrera no podía más que llegar a la conciencia sindicalista (...)* etc., *En cuanto a la doctrina socialista, ésta ha surgido de las teorías filosóficas, históricas, económicas elaboradas por ciertos representantes instruidos de las clases poseedoras, los intelectuales. Por su situación social, los fundadores del socialismo, Marx y Engels, eran intelectuales*

burgueses. *De la misma manera, en Rusia la doctrina socialdemócrata ha surgido independientemente del crecimiento espontáneo del movimiento obrero; fue el resultado natural y fatal del desarrollo del pensamiento en los intelectuales socialistas revolucionarios*".

Así, al igual que Kautsky, Lenin ve en el marxismo, o la conciencia "socialdemócrata", un producto ideológico. Declara incluso que esta producción es obra específica de intelectuales revolucionarios que, a buen seguro, han *escogido* el campo de la clase obrera, pero que son los únicos capaces de llegar a una conciencia revolucionaria, gracias a la crítica teórica que hacen del capitalismo, a partir de los elementos que les suministra la cultura burguesa de la que son depositarios, o al menos, a la cual tienen acceso.

Esto parece revestir, al menos, una verdad histórica evidente: el papel de intelectuales no obreros, singularmente de Marx, pero también de muchos otros... en la elaboración de la teoría revolucionaria. Pero esta concepción es totalmente idealista. Por un lado se apoya en la ilusión de que la conciencia revolucionaria es producida por un cerebro individual (o algunos cerebros); por otro lado, no se plantea la cuestión elemental: esta conciencia, ¿DE QUÉ es conciencia?. Por tanto la frase del "*¿Qué hacer?*" "*Entregada a sus propias fuerzas, la clase obrera no puede elevarse más que a una conciencia sindicalista*", no es en realidad sino la idea que se hace el vulgo del movimiento de la clase obrera. Esta formulación es ya asombrosa, puesto que se está en el derecho de preguntarse A QUIÉN tiene que entregarse la clase obrera para elevarse a una conciencia comunista, y ¿DE DÓNDE viene esta conciencia comunista? Esta formulación contradice, por lo demás, las tesis de Marx y Engels, que demostraban, por el estudio de los movimientos insurreccionales del proletariado, que la clase obrera no había esperado a Lenin, ni a ellos mismos, para

elevarse a la *conciencia práctica* de la necesidad del comunismo.

La respuesta que da Lenin, después de Kautsky, a esta inquietante “constatación” es más asombrosa aún. Para Kautsky y Lenin, la teoría, la conciencia revolucionaria, le es aportada desde el exterior, por los intelectuales burgueses.

Esta concepción se opone radicalmente a la crítica efectuada por Marx del idealismo, y de todo el materialismo pasado, comprendido el de Feuerbach (tesis sobre Feuerbach 1 y 3), en cuanto que *“olvida que el educador mismo debe ser educado. Ella debe, pues, dividir la sociedad en dos partes, de las que una le es necesariamente superior”*.

Se podría proseguir parafraseando la continuación de la tesis nº 3: *“Lenin y Kautsky no comprenden que la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la modificación de la actividad humana –o la modificación de sí mismo- no puede ser concebida y comprendida racionalmente más que como práctica revolucionaria”*.

En efecto, Marx no opone de un modo abstracto la realidad, o mundo objetivo, de un lado, la conciencia, o mundo subjetivo, de otro, y la actividad práctica que las enlaza. Por el contrario, las enfoca como una totalidad, y demuestra que estas categorías, objetivo-subjetivo-actividad práctica, enfocadas de un modo abstracto de otra manera que como momento de una misma totalidad, son el producto de un pensamiento petrificado, producto a su vez de una sociedad de clase, en que la actividad humana está efectivamente rota por la división del trabajo.

Si seguimos la concepción de Marx, es simplemente *absurdo* pensar que la conciencia pueda ser elaborada *en el exterior* (o por lo menos, una conciencia elaborada en el exterior es una conciencia abstracta, realizada sobre el esquema de Ver, una conciencia de espectador, despojada de eficacia práctica) e igualmente absurdo pensar que la conciencia pueda ser introducida *desde el exterior, por*

*la propaganda**; sin embargo, es la pretensión de Kautsky y de Lenin, que se conciben a sí mismos como los educadores de la clase obrera, antes de que los avatares de la historia hagan de uno un ministro, del otro un jefe genial, suerte tan poco envidiable la una como la otra para quien se reivindica de la teoría proletaria.

La teoría leninista del partido se deriva lógicamente de su concepción de la teoría y de sus relaciones con el movimiento espontáneo de la clase. De ello se deriva

*Yo observo a un jugador de tenis y veo que sus golpes no son suficientemente seguros, que no construye bastante su juego, que no percibe o no sabe responder a la estrategia de su adversario con otra estrategia, que se contenta con devolver la pelota como puede. Mi “Conciencia” no es justa, ni falsa, es abstracta, despojada de eficacia, y determinada por mi situación de espectador. La “conciencia” que tiene el jugador es de un tipo totalmente diferente; incluye, entre otras cosas, la percepción inmediata de la fatiga, de las capacidades fisiológicas, sensoriales, de percepción y de reflejo, etc. Su conciencia es un momento de su juego, indisociable de su juego. La mía es inútil para su juego. Si después del partido, le hago partícipe de mis conclusiones, éstas serán totalmente inútiles para él, excepto si sé incluir en mi análisis una comprensión interna de las determinaciones concretas del juego del jugador, por ejemplo, por mi experiencia, pero entonces mi conciencia ya no está simplemente elaborada en el exterior, y es parcialmente “del interior” y sólo es útil a este título, no es admisible sino a este título, y probablemente no aportará nada al jugador que no sepa ya, pero de otro modo. A lo máximo, nuestra discusión desembocará, no en aportarle la conciencia, sino en la elaboración de un lenguaje en el que nuestras experiencias se hagan comunicables. Es más simpático, pero yo no tengo ya privilegio alguno.

ineluctablemente que si revolucionarios profesionales se unen a la clase obrera, no puede ser sino para *dirigirla* (en el sentido dirigente-jefe, y no sólo “buena dirección”, pues la teoría permite efectivamente cimentar la “buena dirección”, pero precisamente esta buena dirección incluye la liquidación de los “dirigentes” por los medios apropiados a la resistencia que presenten).

Se ve por esto la razón de la moda de la concepción leninista del partido en nuestros modernos “leninistas”. Aun cuando olvidan una parte más o menos grande de los otros aspectos del leninismo –en particular, sus tesis revolucionarias- al defender la teoría del “*papel dirigente del partido*” no defienden más que su poder real (de Bresnev a Waldeck-Rochet, pasando por Gomulka y Mao) o su poder mítico (trotskistas o maoístas en Francia).

Pues esta concepción desemboca en la necesidad de construir un partido revolucionario, destinado a *dirigir* la lucha del proletariado por el buen camino, que el proletariado sería incapaz de encontrar por sí mismo. Esto desembocará, por tanto, en desviar a los elementos más combativos del proletariado hacia este trabajo de Sísifo, y a apartarlos de sus tareas reales. El criterio determinante dejará de ser la lucha de clase en sí misma, a la cual cada trabajador está constreñido por su situación, empero (será) la “*construcción de la organización y de la dirección*”. La lucha de clase no es concebida más que como una revuelta elemental, a la cual únicamente el partido dará sentido. Esta concepción priva, pues, a la vez al comunismo y a la teoría revolucionaria de su fundamento, para colocarlo en las capacidades de sus dirigentes. Las luchas obreras no son ya más que un *medio* de reforzar la organización, y en los casos más delirantes, se pretenderá construir el socialismo sin o contra el proletariado. Privada de su fundamento, la teoría revolucionaria nada en la abstracción y la metafísica. El comunismo ya no es el resultado práctico de las luchas

revolucionarias de la clase obrera, sino que se define en nombre de una racionalidad abstracta, diferente según los casos y la posición práctica de los autores, pero de todos modos, ya no es el *“movimiento real que abroga las condiciones de existencia”*, o no únicamente.

Antes de analizar las absurdidades a las que pueden conducir, en Lenin, las concepciones desarrolladas primeramente por Kautsky, y sin pretender suministrar, en el marco de este artículo, una apreciación global de la obra de Lenin, que no se reduce a las tesis del *“¿Qué hacer?”* ni a las de *Materialismo y Empiriocriticismo*, veamos en qué es equivocada esta concepción, en su raíz misma: la teoría del origen de la conciencia socialista desarrollada en las *Tres fuentes*.

Contrariamente a la afirmación sumaria de Kautsky: *“Es así como ellos (Marx y Engels) crearon el socialismo científico moderno por la fusión de todo lo que el pensamiento inglés, el pensamiento francés y el pensamiento alemán tenían de grande y de fértil”*, vuelta a tomar por Lenin: *“Su doctrina (la de Marx) nació como la continuación directa e inmediata de la de los más grandes representantes de la filosofía, de la economía política y del socialismo... El marxismo es el sucesor natural de todo lo que la humanidad ha creado de mejor en el siglo XIX en la filosofía alemana, en la economía política inglesa y en el socialismo francés”*, la teoría de Marx NO ES el producto de la síntesis, incluso dialéctica, del socialismo francés, de la economía inglesa y de la filosofía alemana, es decir, la síntesis ideológica de tres sistemas ideológicos creados por la burguesía.

Ciertamente, Marx ha utilizado ampliamente estas fuentes y no deja de subrayarlo él mismo, pero también ha consagrado una obra voluminosa * - ocho volúmenes en la edición francesa - para indicar, paralelamente a lo que utilizaba de ellos, *la ruptura radical* que le separaba de los

teóricos burgueses de la economía política, y lo explica en el libro 1 del *Capital*. Él pasó la mayor parte de su vida luchando teórica y políticamente contra el “socialismo francés”. En cuanto a la filosofía alemana, no juzgó necesario publicar, viviendo aún, una obra común con Engels en la que, y por la cual, ambos efectuaban una ruptura radical con su pasado filosófico común. No juzgaron necesario publicar *La ideología alemana* porque consideraban esta obra como el simple testimonio de una evolución personal, y porque él consideraba esta *ruptura* como la *condición* y el *punto de partida* de la teoría revolucionaria.

Inédita mientras vivió Lenin, la *Ideología alemana* constituye en todo caso la refutación *a posteriori* de la interpretación de Lenin y de Kautsky sobre el punto que nos interesa en el presente.

Sin embargo, es instructivo observar que el movimiento obrero no ha necesitado la publicación de “la Ideología alemana” para hacer la crítica práctica y teórica de las posiciones de Lenin, desde su nacimiento. Trotsky, particularmente en su texto *Nuestras tareas políticas* (en curso de traducción), pero también en textos como *Balance y perspectivas* e *Informe de la delegación siberiana*, o en el texto menos desconocido titulado *1905*, efectúa una crítica de las posiciones bolcheviques y recupera los temas, y a veces incluso las formulaciones, de Marx.

El hecho de que Trotsky mismo haya creído, por oportunismo táctico, deber minimizar a partir de 1917 las divergencias que le oponían a Lenin entre 1901 y 1916, no cambia nada el asunto. Por más que las diversas variedades de trotskistas oculten sistemáticamente estos textos y no los hayan publicado jamás en francés, ellos constituyen el

* “Historia de las doctrinas económicas” (Ed. Costes. Lib. “La Vieille Taupe”).

aporte principal de Trotsky a la teoría revolucionaria. Su traducción y publicación, que están en curso (por no-trotskistas) es una consecuencia directa del Movimiento de Mayo en Francia. He ahí lo que da para reflexionar acerca de las relaciones entre el movimiento del pensamiento y la lucha de clase.

Dicho esto, no es menos cierto que Marx y Engels y todos los teóricos revolucionarios sin excepción han bebido abundantemente en la fuente de la ciencia burguesa. Pero Kautsky y Lenin utilizan este hecho, esta constatación evidente, fenomenológica, sin ser capaces de penetrar en su mecanismo y su significación profunda, e intentan fundamentar el papel de elementos exteriores a la clase obrera en la elaboración de la doctrina, exteriores tomados en sentido sólido, es decir, no sólo exteriores “por casualidad” –nosotros constatamos que estos intelectuales no son obreros- sino exteriores por esencia en cierto modo, es decir, utilizando elementos que, por naturaleza, no son ni pueden ser elaborados por la clase obrera. En efecto, como hemos visto, el “Socialismo francés” no es más que la formación ideológica por la cual se expresan las luchas nacientes de la clase obrera francesa, de manera mistificada. Lo que Marx encuentra con el Socialismo francés no es más que la forma por la cual se le manifiesta la *Realidad de la lucha de clase*, y no podrá utilizarlo válidamente en su producción-trabajo-teórica más que después de haberlo sometido a la crítica y haber alcanzado a través de ella lo que constituía su fundamento inconsciente: la lucha proletaria en sus determinaciones concretas. Lo que encuentra frente a ella esta lucha revolucionaria del proletariado es la realidad de la sociedad burguesa, de la economía capitalista, de la que la ciencia económica inglesa, a través de Smith y Ricardo, no es más que la formación ideológica más desarrollada, por la cual la burguesía toma conciencia de su propio sistema. A medida que la lucha

proletaria se desarrolla, encuentra la realidad capitalista y la experimenta en su totalidad, necesita, pues, de una “teoría” científica, por la que expresa su experiencia y toma conciencia de su práctica. Esta teoría es una formación ideológica, el producto de un trabajo ideológico, pero no una ideología, en el sentido en que ella misma es consciente de la raíz *práctica* de sus “ideas”.

Cae de su peso que la elaboración de esta teoría beberá abundantemente (Marx no deja de subrayarlo por medio de numerosas citas) en la ciencia económica burguesa, del mismo modo que el proletariado, apropiándose y para apropiarse a la vez su ser genérico, el conjunto de la vida social, y los productos de la actividad humana presente y pasada —que no existe en la sociedad capitalista más que bajo la forma de capital opuesta a él— se apropia *ipso facto* la totalidad de la cultura humana, pero de otro modo. Pero esta ciencia burguesa no será utilizable más que al precio de una inversión completa de su perspectiva.

Esta relación es aún más neta por la utilización que Marx ha hecho de lo que se ha convenido en llamar “La filosofía alemana”, y especialmente la filosofía de Hegel. Incapaz de alcanzar la realización política de su Ser, como la burguesía francesa a través de la Revolución francesa, e incapaz de alcanzar la realización económica, como la burguesía inglesa, a través de la expansión fantástica del capitalismo inglés en el siglo XIX, en la Alemania troceada política y económicamente, trabada en todos los planos, en su desarrollo, por residuos feudales en los que muerde el freno y comienza a piafar, la burguesía alemana alcanzará el desarrollo ideológico más elevado a través de la producción de sistemas filosóficos y de la vida intelectual crítica. Incapaz de barrer los obstáculos en la práctica, fundamenta, con Hegel, la necesidad de su devenir, o más bien de su porvenir, en la filosofía de la historia, concebida como desarrollo del espíritu, de la idea, que se realiza finalmente,

al *final de la historia*, representación ideológica del reino de la burguesía, a través de la dialéctica histórica en la que el espíritu se pierde y se vuelve a encontrar encarnándose en el mundo. Sin querer profundizar en un sistema que toda presentación sumaria empobrece hasta hacerlo irrisorio, digamos que el sistema de Hegel es, en primer lugar, la Historia pensada. Es incluso la creación del espíritu más notable y acabada para “pensar la Historia”, en la medida justamente en que su método dialéctico le permite superar los falsos problemas y las antinomias del pensamiento dualista y metafísico; en particular, el del determinismo y de la libertad.

Puesto que el sistema hegeliano es un intento para aprehender el movimiento real de la Historia, los elementos del método, así como los conceptos producidos para pensar la historia son utilizables para la teoría proletaria, aunque Hegel mismo, y todo su sistema, se hayan quedado en el terreno del idealismo y de la burguesía, de la misma manera que ciertos conceptos y elementos de método, creados por Smith y Ricardo para dar cuenta de los fenómenos económicos son perfectamente utilizables, sin que sea necesario reinventarlos a partir de cero. Pero sería un error total, cometido, por lo demás, por Kautsky y Lenin, por más que Marx se haya explicado ampliamente, el creer, bajo pretexto de que una parte de los materiales son los mismos, que la teoría revolucionaria no es más que una continuación de la teoría burguesa, o incluso su culminación, como si el “desarrollo fatal del pensamiento” condujese a conclusiones socialistas ante las que los pensadores burgueses habrían reulado. De la misma manera que las mezquitas de Túnez, construidas sobre las ruinas de los templos grecorromanos utilizando sus bloques de mármol, no son la continuación y la finalización del templo y suponen, muy al contrario, la destrucción del templo para existir.

De la misma manera, los mejores productos del pensamiento burgués no sólo deben ser despojados de una ganga idealista que mancharía esta fase del pensamiento humano en desarrollo, sino también cambiados totalmente en su estructura misma e integrados en un nuevo conjunto, si bien lo proveniente tal como lo suministra el pensamiento de la clase precedente es anecdótico para comprender la nueva perspectiva y la nueva construcción. Pues no sólo hay “fases” en un pensamiento “humano” en desarrollo, hay rupturas radicales entre modos de pensar diferentes, porque mantienen con la realidad relaciones y funciones diferentes. De este modo, hay el pensamiento antiguo, feudal, burgués, proletario (entre otros), el pensamiento sucesivo (que niega superando), que integra o no integra el pensamiento precedente. (Así el pensamiento burgués integra, superándolo, el pensamiento feudal, reencuentra e integra el pensamiento clásico, el pensamiento feudal pierde el pensamiento antiguo, lo que no quiere decir que el pensamiento antiguo se pierde totalmente, pues la sociedad feudal no forma y no puede formar una totalidad coherente. La Iglesia, aun “feudalizada”, que le es coextensiva, no es reducible a la feudalidad, la mercancía que la atraviesa y vive en sus poros le es antagónica.)

Pero el paso del uno al otro, del pensamiento antiguo al pensamiento feudal, de la misma manera que el paso del socialismo francés, de la economía inglesa, de la filosofía alemana, a la teoría revolucionaria, no es un *proceso interno del pensamiento*. La posibilidad de este paso está condicionada por la modificación de la relación entre *el hombre* y la naturaleza, *el hombre* y el trabajo, dicho de otro modo, *puesto que se trata de sociedad de clase*, por el derrocamiento de las relaciones de producción y la aparición de una nueva clase que, por su posición en las relaciones de producción, lanza sobre la naturaleza, la historia, el trabajo (o el lenguaje matemático) una mirada diferente. O más

exactamente, mantiene con la naturaleza y la actividad productiva humana bajo todos sus aspectos una relación diferente. La condición del vuelco operado por Marx, a partir ciertamente de elementos suministrados por la ideología burguesa, para fundamentar una nueva concepción del mundo, tiene su fundamento y su raíz en la existencia práctica del proletariado y la crítica práctica que éste hace de la sociedad burguesa. Para que Marx efectuase, en el plano teórico, la superación de la antinomia legada por el pensamiento burgués entre materialismo e idealismo, antinomia producida a su vez por la escisión real introducida en la actividad humana por la aparición de sociedad de clase y la ruptura de la comunidad primitiva, aún era necesario que existiese una clase que fuese, en su ser mismo, la solución práctica de esta antinomia. El Proletariado puede dar a esta contradicción una solución práctica porque une en su actividad fundamental (el trabajo) el pensamiento y la materia, la “modificación de la conciencia y la modificación de la materia” (o de las “Circunstancias” en la tesis nº 3, es decir, del mundo objetivo), categorías que son pensadas como separadas por el pensamiento burgués, porque son efectivamente separadas por la burguesía.

La historia del pensamiento antes de Marx estaba efectivamente caracterizada por la oposición irreductible entre el pensamiento, el espíritu, la idea, por un lado, y la materia, el mundo objetivo, por otro. Para el idealismo, el movimiento interno del pensamiento, de la idea, del espíritu, es el motor del movimiento. El pensamiento toma conciencia del mundo objetivo y, por su propio trabajo, produce el movimiento. Para el materialismo, por el contrario, es el mundo material, objetivo, el que, por su propio movimiento, arrastra el movimiento del pensamiento, que “toma conciencia” de él y lo refleja. La actividad productiva humana es la solución en acto de esta antinomia. Pensamiento y acción, teoría y práctica son momentos

indisociables de esta actividad. *Sin teoría, nada de práctica, pero sin práctica, nada de teoría.* El trabajo, la relación del hombre con la naturaleza, es a la vez el medio por el que el hombre transforma el mundo objetivo y lo produce, y es el medio por el que se transforma y se produce a sí mismo. Hay coincidencia de la modificación del pensamiento y de la materia. El pensamiento puro no es una relación humana con la materia. Es la relación del hombre castrado de su actividad propiamente humana, del hombre espectador de un mundo que no puede cambiar.

Se podrá medir el retroceso teórico de Lenin, particularmente en *Materialismo y Empiriocriticismo*. En esta obra, Lenin la toma con Mach, cuyo idealismo denuncia. Para ello, toma los puntos más débiles, e incontestablemente idealistas en Mach, para liquidar los elementos más importantes. Este procedimiento de baja polémica está totalmente ausente de la obra de Marx, que subraya, por el contrario, incluso en sus peores adversarios, los aspectos positivos. Pues el problema de Marx jamás es liquidar a un adversario, sino, por el contrario, apropiarse con profundidad el pensamiento de su adversario, y liquidar no al adversario, sino lo que, en sus ideas, es idealista o reaccionario. Se podría incluso sostener que Mach, a pesar de su idealismo, está mucho más cerca de Marx, y comprende mejor, con su empiriocriticismo, la actividad humana crítico-práctica de que habla Marx, que Lenin, cuyo “Materialismo” se parece más al materialismo vulgar que a las concepciones de Marx.

El defecto de todo el materialismo pasado (del de Lenin también), es que el objeto, la realidad, la materialidad no es tomada más que bajo la *forma del objeto*, pero no como actividad *sensible-humana*, como *práctica*. Por esta razón el lado *activo* es desarrollado de modo abstracto, en oposición al materialismo, por el idealismo, que naturalmente no conoce la actividad real, sensible, como tal.

Lenin quiere objetos sensibles, realmente distintos de los objetos ideales; pero no capta la actividad humana como actividad *objetiva*. Él considera, por tanto, en *Materialismo y Empiriocriticismo*, que la relación teórica es la única verdaderamente humana, mientras que la práctica no es fijada más que bajo su vulgar y judaica forma fenomenal. De este modo no comprende el significado de la actividad *revolucionaria*, crítico-práctica. (Carlos Marx, Tesis sobre Lenin nº1, VER Tesis sobre Feuerbach.)

Lenin recae incluso muy por debajo de los materialistas del siglo XVIII, para quienes, al igual que para Lenin, el mundo de las ideas, al no ser más que el reflejo del mundo objetivo, es el movimiento autónomo del mundo objetivo el que determina el movimiento de las ideas, y los filósofos materialistas tienen por única tarea luchar contra las ilusiones idealistas, no pueden transformar el mundo: El mundo se transforma, la conciencia refleja esta transformación. En Lenin, por el contrario, el lado activo es desarrollado de modo abstracto e IDEALISTA. Para Lenin, en efecto, no es la actividad subversiva, revolucionaria del proletariado, su actividad crítico-práctica (la conciencia y la teoría de la cual es un momento, *pero nada más que un momento*) la que transforma el mundo. La actividad de la clase no es enfocada por Lenin más que bajo su “vulgar y judaica forma fenomenal”, como una fuerza material del mundo objetivo. Por esto, la fuerza material con la que Lenin va a transformar el mundo es la Ciencia, con una gran C, la Ciencia que conoce las leyes del mundo objetivo, que conoce Lenin: el Marxismo, o al menos la concepción que Lenin se hace de él. Esta Ciencia, para convertirse en una fuerza material debe, por supuesto, encarnarse en las masas, pero esta Ciencia no es la *conciencia* del movimiento real, espontáneo, orgánico del proletariado, y simple momento de su actividad, como la mirada que Dios echa sobre sus obras el séptimo día (incluso su biblia es más “marxista” que

Lenin) pues entonces no podría elevarse más que a una *conciencia* sindicalista, es algo más, que viene de... De hecho, ¿de dónde viene? Lenin, que se lo ha reprochado justamente a sus adversarios pequeñoburgueses, se encuentra a caballo entre dos sillas.

Habiendo reducido de un modo abstracto el movimiento de la clase obrera a una manifestación de fuerza bruta, comparable al agua del torrente, cae de su peso que para ser utilizable esta energía necesita la intervención de un ingeniero hidráulico. Pero la teoría, como no viene del proletariado, y como resulta bastante escabroso atribuírsela pura y simplemente al adversario de clase, se la atribuye al pensamiento en sí. La ciencia tiene, ciertamente, un objeto, pero no un sujeto, si no es metafísico. Para Lenin, como para Kautsky, la unión del movimiento obrero y del socialismo es la cabeza y las piernas, el ciego y el paralítico. Por eso cuando Kautsky, en un último capítulo, habla de la síntesis de la teoría y de la práctica, da un bello ejemplo de pensamiento no dialéctico, puesto que llama síntesis a la yuxtaposición patituerta de *dos elementos heterogéneos*. De la misma manera, cuando cree refutar el idealismo, mostrando que únicamente el proletariado puede realizar el socialismo, Kautsky no supera el nivel del ingeniero que “descubriría” que no puede producir electricidad con ayuda de su teoría tan sólo, sino que necesita también del trabajo de la gravedad a través de la energía del torrente.

EL “RENEGADO” KAUTSKY Y SU DISCÍPULO LENIN

Por Jean BARROT

“*Las tres fuentes del Marxismo; la obra histórica de Marx*” presenta un interés histórico evidente. Kautsky era incontestablemente el maestro del pensamiento de la II Internacional y de su partido más potente: el partido socialdemócrata alemán. Guardián de la *ortodoxia*, Kautsky era casi universalmente considerado como el mejor *conocedor* de la obra de Marx y Engels, y como su intérprete privilegiado. Las posiciones de Kautsky son por tanto testimonio de toda una época del movimiento obrero, y merecen ser conocidas, aunque sólo sea a este título. Esta conferencia trata precisamente de una cuestión central para el movimiento proletario: la relación entre la clase obrera y la teoría revolucionaria. La respuesta que da Kautsky a esta cuestión constituye el fundamento teórico de la práctica y de la organización de todos los partidos que constituían la II Internacional, y por tanto, del partido socialdemócrata ruso y de su fracción bolchevique, miembro “ortodoxo” de la II Internacional hasta 1914, es decir, hasta su hundimiento frente a la primera guerra mundial.

Sin embargo, las tesis desarrolladas por Kautsky en este folleto no se han “hundido” al mismo tiempo que la II Internacional. Muy al contrario, han sobrevivido y constituido igualmente el fundamento de la III Internacional por medio del “leninismo” y de sus avatares estalinistas y trotskistas.

¡El leninismo, subproducto ruso del kautskismo! He ahí lo que hará sobresaltarse a aquellos que no conocen de Kautsky más que los anatemas lanzados contra él por el

bolchevismo y, en particular, el folleto de Lenin: *La bancarrota de la II Internacional y el renegado Kautsky*, y que no conocen de Lenin más que lo que es bueno conocer de él en las diferentes iglesias, capillas o sacristías que frecuentan.

No obstante, el título mismo del folleto de Lenin define muy exactamente su relación con Kautsky. Si Lenin trata a Kautsky de renegado, es ciertamente porque considera que éste era antes un adepto de *la verdadera fe*, de la que él se considera ahora el único defensor calificado. Lejos de criticar el “kautskismo”, al que se considera incapaz de identificar, Lenin se contenta de hecho con reprochar a su antiguo maestro del pensamiento el traicionar su propia doctrina. Desde cualquier punto de vista, la ruptura de Lenin fue a la vez tardía y superficial. Tardía porque Lenin mantuvo las ilusiones más grandes acerca de la socialdemocracia alemana, y no comprendió sino después que la *traición* hubo sido consumada. Superficial porque Lenin se limita a romper sobre los problemas del imperialismo y de la guerra, sin remontarse a las causas profundas de la traición socialdemócrata de agosto de 1914 ligada a la naturaleza misma de estos partidos y de sus relaciones tanto con la sociedad capitalista como con el proletariado. Estas relaciones deben ser vueltas a llevar, a su vez, al movimiento mismo del capital y de la clase obrera, y comprendidas como fase del desarrollo del proletariado, y no como una cosa susceptible de ser modificada por la voluntad de una minoría, ni siquiera de una dirección revolucionaria, por muy consciente que sea.

De ahí se deriva la importancia actual de las tesis que Kautsky desarrolla en este folleto de modo particularmente coherente, y que constituye el tejido mismo de su pensamiento a lo largo de toda su vida, y que Lenin recoge y desarrolla desde 1900 en *Los objetivos inmediatos de nuestro movimiento* y después en *¿Qué hacer?* en 1902,

en que, por lo demás, cita larga y elogiosamente a Kautsky. En 1913, Lenin recuperará nuevamente estas concepciones en *Las tres fuentes y las tres partes constitutivas del Marxismo* en donde desarrolla los mismos temas repitiendo a veces palabra por palabra el texto de Kautsky.

Estas tesis, basadas en un análisis histórico superficial y sumario de las relaciones de Marx y Engels, tanto con el movimiento intelectual de su época como con el movimiento obrero, pueden resumirse en pocas palabras, y algunas citas bastarán para esclarecer su sustancia:

“Un movimiento obrero espontáneo y desprovisto de toda teoría que se erige, en las clases trabajadoras, contra el capitalismo creciente, es incapaz de realizar... el trabajo revolucionario.”

Por eso es necesario realizar lo que Kautsky llama *La unión del movimiento obrero y del socialismo*.

Ahora bien: *“La conciencia socialista hoy (!?) no puede surgir sino sobre la base de un profundo conocimiento científico... Ahora bien, el portador de la ciencia no es el proletariado, sino los intelectuales burgueses; ...así pues, la conciencia socialista es un elemento importado desde fuera dentro de la lucha de clase del proletariado y no algo que surge espontáneamente”*. Estas palabras de Kautsky son, según Lenin, *“profundamente justas”*.

Cae de su peso que esta unión tan deseada del movimiento obrero y del socialismo no podía realizarse de la misma manera en las condiciones alemanas y en las condiciones rusas. Pero es importante ver que las divergencias profundas del bolchevismo en el terreno organizativo no resultan de concepciones diferentes, sino tan sólo de la aplicación de los *mismos principios* en situaciones políticas, económicas y sociales diferentes.

De hecho, lejos de desembocar en una unión cada vez más grande del movimiento obrero y del socialismo, la

socialdemocracia no desembocará sino en una unión cada vez mayor con el capital y con la burguesía. En cuanto al bolchevismo, después de haber estado en la revolución rusa como pez en el agua (*“Los revolucionarios están en la revolución como el agua en el agua”*) y por el hecho del fracaso de ésta, acabará en una fusión casi completa con el capital estatal administrado por una burocracia totalitaria.

Sin embargo, el “leninismo” continúa atormentando la conciencia de muchos revolucionarios de más o menos buena voluntad, en la búsqueda de una receta susceptible de triunfar. Persuadidos de ser “de vanguardia” porque tienen la “conciencia” mientras que no poseen sino una teoría falsa, militan para unir esos dos monstruos metafísicos que son *“Un movimiento obrero espontáneo, despojado de toda teoría”* y una conciencia socialista desencarnada

Esta actitud es simplemente voluntarista. Ahora bien, si como ha dicho Lenin, *“La ironía y la paciencia son las principales cualidades del revolucionario”*, *“la impaciencia es la principal fuente del oportunismo”* (Trotsky). El intelectual, el teórico revolucionario no tiene que preocuparse de ligarse a las masas, pues si su teoría es revolucionaria, ya está ligado a las masas. No tiene que *“elegir el campo del proletariado”* (no es Sartre quien utiliza este vocablo, es Lenin) pues, hablando con propiedad, no puede elegir. La crítica *teórica y práctica* de que es portador está determinada por la relación que mantiene con la sociedad. No puede *liberarse de esta pasión más que sometiéndose a ella* (Marx). Si “puede elegir” es que ya no es revolucionario, y que su crítica teórica está ya manida. El problema de la penetración de las ideas revolucionarias que *comparte* en ambiente obrero es, por ahí mismo, transformado totalmente: cuando las condiciones históricas, la relación de fuerzas entre las clases en lucha, principalmente determinada por el movimiento autonomizado del capital, prohíben toda irrupción

revolucionaria del proletariado en la escena de la historia, el intelectual hace como el obrero: lo que puede. Estudia, escribe, da a conocer sus trabajos lo mejor que puede, generalmente bastante mal. Cuando estudiaba en el Museo Británico, Marx, producto del movimiento histórico del proletariado, estaba ligado, si no a los trabajadores, al menos al movimiento histórico del proletariado. No estaba más aislado de los trabajadores que cualquier trabajador lo está a su vez de los demás, en la medida en que las condiciones del momento limitan sus relaciones a aquellos que el capitalismo permite.

Por contra, cuando el proletariado se constituye en clase y declara de una manera u otra la guerra al capital (y no tiene ninguna necesidad de que se le aporte EL SABER para hacerlo, pues al no ser él mismo, en las relaciones de producción capitalista, más que capital variable, basta que quiera cambiar aunque sea un poco su condición, para estar de lleno en el corazón del problema que el intelectual tendrá dificultad en entender) el revolucionario no está ni más ni menos ligado al proletariado de lo que ya lo estaba. Pero la crítica teórica se fusiona entonces con la crítica práctica, no porque se la ha aportado desde el exterior, sino porque son una sola y misma cosa.

Si en el período precedente el intelectual tuvo la debilidad de creer que el proletariado permanecía pasivo porque le faltaba la “conciencia” y si había llegado a creerse “de vanguardia” hasta el punto de querer dirigir al proletariado, entonces se reserva amargas decepciones.

Esta es, sin embargo, la concepción que constituye lo esencial del leninismo, y es lo que muestra la historia ambigua del bolchevismo. Estas concepciones sólo han podido mantenerse finalmente porque la revolución rusa ha fracasado, es decir, porque la relación de fuerzas a escala internacional entre el capital y el proletariado no ha permitido a este último hacer su crítica práctica y teórica.

Es lo que vamos a intentar mostrar analizando someramente lo que ha pasado en Rusia y el papel real del bolchevismo.

Al creer ver en los círculos revolucionarios rusos el fruto de “*la unión del movimiento obrero y del socialismo*”, Lenin se equivocaba gravemente. Los revolucionarios organizados en los grupos socialdemócratas no aportaban ninguna “conciencia” al proletariado. Bien entendido, una exposición o un artículo teórico sobre el marxismo era muy útil a los obreros: no servía para dar la conciencia, el conocimiento de la lucha de clases, sino solamente para precisar las cosas, para hacer reflexionar más. Lenin no comprendía esta realidad. No sólo quería aportar a la clase obrera el conocimiento de la necesidad del socialismo en general, sino que quería igualmente ofrecerle consignas imperativas que expresasen lo que debe hacer en un momento preciso. Por lo demás, esto es normal, puesto que el partido de Lenin, depositario de la conciencia de clase, es, 1º, el único capaz de discernir el interés general de la clase obrera por encima de todas sus divisiones en capas diversas, y 2º, el único capaz de analizar permanentemente la situación y formular consignas adecuadas. Ahora bien, la revolución de 1905 debía mostrar la incapacidad práctica del partido bolchevique para dirigir a la clase obrera y revelar el *retraso* del partido de vanguardia. Todos los historiadores, incluso favorables a los bolcheviques, reconocen que en 1905 el partido bolchevique no ha comprendido nada de los soviets. La aparición de formas de organización nuevas suscita la desconfianza de los bolcheviques: Lenin afirma que los soviets no eran “*ni un parlamento obrero ni un órgano de autogobierno proletario*”. Lo importante es ver que los obreros rusos *no sabían* que iban a constituir los soviets. Una minoría muy pequeña de entre ellos conocía la experiencia de la Comuna de París, y sin embargo crearon un embrión de Estado obrero, a pesar de que nadie les había

educado. La tesis kautskista-leninista niega de hecho todo poder de creación original a la clase obrera desde el momento en que no es guiada por el partido-fusión-del-movimiento-obrero-y-del-socialismo. Ahora bien, se ve que en 1905, para retomar la frase de las “*Tesis de Feuerbach*”, “*que el educador necesita ser educado él mismo*”.

Sin embargo, Lenin realizó un trabajo revolucionario (entre otros, su posición sobre la guerra), al contrario que Kautsky. Pero en realidad *Lenin no fue revolucionario más que contra su teoría de la conciencia de clase*. Tomemos el caso de su acción entre febrero y octubre de 1917. Lenin había trabajado más de 15 años (desde 1900) para crear una organización de vanguardia que realizase la unión del “socialismo” y del “movimiento obrero”, agrupando a los “jefes políticos”, los “representantes de vanguardia capaces de organizar el movimiento y dirigirlo”. Ahora bien, en 1917, como en 1905, esta dirección política, representada por el comité central del partido bolchevique, se muestra por debajo de las tareas del momento, *con retraso con respecto a la actividad revolucionaria del proletariado*. Todos los historiadores, comprendidos los historiadores estalinistas y trotskistas, muestran que Lenin tuvo que librar un combate largo y difícil contra la dirección de su propia organización para hacer triunfar sus tesis. Y no pudo triunfar más que apoyándose en los obreros del partido, en la verdadera vanguardia organizada en las fábricas en el interior o alrededor de los círculos socialdemócratas. Se dirá que todo esto habría sido imposible sin la actividad desarrollada durante años por los bolcheviques, tanto en el ámbito de las luchas cotidianas de los obreros como en el de la defensa y propaganda de las ideas revolucionarias. Efectivamente, la gran mayoría de los bolcheviques, y en primer lugar Lenin, han contribuido con su propaganda y su agitación incesantes al levantamiento de octubre de 1917. En tanto que militantes revolucionarios, han jugado un papel eficaz: pero en tanto

que “*dirección de la clase*”, “*vanguardia consciente*”, han estado *retrasados respecto al proletariado*. La revolución rusa se ha desarrollado contra las ideas de “*¿Qué hacer?*”. Y en la medida en que estas ideas han sido aplicadas (creación de un órgano que dirige a la clase obrera pero separado de ella), se han revelado como *un freno y un obstáculo a la revolución*. En 1905, Lenin está en retraso respecto a la historia porque se aferra a las tesis de “*¿Qué hacer?*”. En 1917, Lenin participa en el movimiento real de las masas rusas, y al hacer esto rechaza –en la práctica– la concepción desarrollada en “*¿Qué hacer?*”.

Si aplicamos a Kautsky y a Lenin el tratamiento inverso del que ellos hacen sufrir a Marx, si ligamos sus concepciones a la lucha de clases en lugar de separarlas de ella, el kautskismo-leninismo aparece como característica de todo un período de la historia del movimiento obrero dominado en primer lugar por la II Internacional. Después de haberse desarrollado y organizado mal que bien, el proletariado se encuentra desde el final del siglo XIX en una situación contradictoria. Posee diversas organizaciones cuyo fin es hacer la revolución y al mismo tiempo es incapaz de hacerla pues las condiciones no están todavía maduras. El kautskismo-leninismo es la expresión y la solución de esta contradicción. Al postular que el proletariado debe pasar por el rodeo del conocimiento científico para ser revolucionario, consagra y justifica la existencia de organizaciones que encuadran, dirigen y controlan al proletariado.

Como hemos señalado, el caso de Lenin es más complejo que el de Kautsky, en la medida en que Lenin fue, durante una parte de su vida, revolucionario contra el kautskismo-leninismo. Por lo demás, la situación de Rusia era totalmente diferente de la de Alemania, que poseía casi

un régimen de democracia burguesa y en donde existía un movimiento obrero fuertemente desarrollado e integrado en el sistema. En Rusia, por el contrario, hacía falta construirlo todo, y no se trataba de participar en actividades parlamentarias burguesas y sindicales reformistas que no existían. En estas condiciones, Lenin podía adoptar una posición revolucionaria a pesar de sus ideas kautskistas. No obstante, hay que señalar que él consideró hasta la guerra mundial a la socialdemocracia alemana como un modelo.

En sus historias revisadas y corregidas del leninismo, los estalinistas y los trotskistas nos muestran a un Lenin lúcido que comprende bien y denuncia antes de 1914 la “traición” de la socialdemocracia y de la Internacional. *Eso es pura leyenda* y haría falta estudiar bien la verdadera historia de la II Internacional para mostrar que no sólo Lenin no lo denunciaba, sino que no había comprendido nada antes de la guerra sobre el fenómeno de degeneración socialdemócrata. Antes de 1914, Lenin elogia incluso al partido socialdemócrata alemán por haber sabido reunir el “movimiento obrero” y el “socialismo” (ver “¿Qué hacer?”). Citemos solamente estas líneas extraídas del artículo necrológico “Augusto Bebel” (que contiene, por lado, varios errores de detalle y de fondo sobre la vida de este “dirigente”, este “modelo de jefe obrero” y sobre la historia de la II Internacional).

“Las bases de la táctica parlamentaria de la socialdemocracia alemana (e internacional), que no cede un ápice a los enemigos, que no deja escapar la menor posibilidad de conseguir una mejora, por pequeña que sea, para los obreros, que se muestra al mismo tiempo intransigente en el plano de los principios y se orienta siempre hacia la realización del objetivo final, las bases de esta táctica fueron puestas a punto por Bebel...”

Lenin dirigía estas alabanzas a “*la táctica parlamentaria de la socialdemocracia alemana (e*

internacional), “*intransigente en el plano de los principios*” (!) ¡en agosto de 1913! Cuando un año más tarde creyó que el número del Vorwärts (órgano del partido socialdemócrata alemán), anunciando el voto de los créditos de guerra por los diputados socialdemócratas, era una falsificación fabricada por el estado mayor alemán, solamente revelaba las ilusiones que había mantenido durante largo tiempo, de hecho desde 1900-1902, desde “*¿Qué hacer?*”, sobre la Internacional en general y la socialdemocracia alemana en particular. (No abordamos aquí la actitud de otros revolucionarios frente a estas cuestiones, Rosa Luxemburgo, por ejemplo. Este problema merecería de hecho un estudio detallado).

Hemos visto cómo Lenin había abandonado en la práctica las tesis de “*¿Qué hacer?*” en 1917. Pero la inmadurez de la lucha de clases a escala mundial, y en particular, la ausencia de revolución en Europa, conlleva la derrota de la revolución rusa. Los bolcheviques se encuentran en el poder con la tarea de “*administrar Rusia*” (Lenin), de realizar las tareas de la revolución burguesa que no ha podido llevarse a cabo, es decir, de hecho, asegurar el desarrollo de la economía rusa, no pudiendo ser este desarrollo más que capitalista. Meter en cintura a la clase obrera –y las oposiciones dentro del partido– se convierte en un objetivo esencial. Lenin, que no había rechazado “*¿Qué hacer?*” explícitamente en 1917, recupera enseguida las concepciones “leninistas” que son las únicas permiten el encuadramiento “*necesario*” de los obreros. Los Centralistas-demócratas, la Oposición obrera y el Grupo obrero son aplastados por haber negado “*el papel dirigente del partido*”. La teoría leninista del partido es igualmente impuesta a la Internacional. Después de la muerte de Lenin, Zinoviev, Stalin y tantos otros debían desarrollarla insistiendo cada vez más en la “*disciplina de hierro*”, “*la unidad del pensamiento y la unidad de acción*”: mientras que el principio sobre el que reposaba la Internacional

estalinizada era el mismo que el que cimentaba los partidos socialistas reformistas (el partido separado de los trabajadores que les aporta la conciencia de sí mismos), cualquiera que rechazase la teoría leninista-estalinista caía en “*el marasmo oportunista, socialdemócrata, menchevique...*”. Por su parte, los trotskistas se aferraban al pensamiento de Lenin y recitaban “*¿Qué hacer?*”. La crisis de la humanidad no es otra que “*la crisis de la dirección*”, decía Trotsky: había que crear, por tanto, a cualquier precio una dirección. Supremo idealismo, la historia del mundo era explicada por la crisis de la conciencia.

En definitiva, el estalinismo no debía triunfar sino en los países en que el desarrollo del capitalismo no podía ser asegurado por la burguesía, sin que estuviesen reunidas las condiciones para que el movimiento obrero pudiese destruirlo. En Europa del Este, en China, en Cuba, se ha formado un grupo dirigente nuevo, compuesto de cuadros del movimiento obrero burocratizado, de antiguos especialistas o técnicos burgueses, a veces de cuadros del ejército o antiguos estudiantes incorporados al nuevo orden social como en China. En último análisis, un tal proceso no era posible más que en razón de la debilidad del movimiento obrero. En China, por ejemplo, la capa social motriz de la revolución fue el campesinado, incapaz de dirigirse a sí mismo, no podía sino ser dirigido por “el partido”. Antes de la toma del poder, este grupo organizado en “*el partido*” dirige las masas y las “*regiones liberadas*” si las hay. Después, toma en sus manos el conjunto de la vida social del país. En todas partes las tesis de Lenin han sido un potente factor burocrático. Para Lenin, la función de dirección del movimiento obrero era *una función específica asegurada por “jefes” organizados separadamente del movimiento y cuyo único papel es ése*. En la medida en que preconizaba un cuerpo separado de revolucionarios profesionales que guían a las masas, el leninismo ha servido de *justificación*

ideológica a la formación de direcciones separadas de los trabajadores. En este estadio, el leninismo, desviado de su contexto original, ya no es más que una técnica de encuadramiento de las masas y una *ideología* que justifica la burocracia y sostiene al capitalismo: su recuperación era una necesidad histórica para el desarrollo de estas nuevas formaciones sociales que representan a su vez una necesidad histórica para el desarrollo del capital. A medida que el capitalismo se extiende y domina el planeta entero, las condiciones de posibilidad de la revolución maduran. La ideología leninista comienza a estar fuera de uso, en todos los sentidos de la palabra.

Es imposible examinar el problema del partido sin ligarlo a las condiciones históricas en las cuales este debate nace: en todos los casos, aunque bajo formas diferentes, el desarrollo de la ideología leninista es debido a la imposibilidad de la revolución proletaria. Si la historia ha dado la razón al kautskismo-leninismo, si sus adversarios jamás han podido ni organizarse de un modo duradero ni siquiera presentar una crítica coherente de él, no es debido a la casualidad: el éxito del kautskismo-leninismo es un producto de nuestra época y los primeros ataques serios – prácticos- contra él marcan el fin de todo un período histórico. Para ello hacía falta que el modo de producción capitalista se desarrollase ampliamente a escala del mundo entero. La revolución húngara de 1956 ha doblado las campanas por todo un período de contrarrevolución, pero también de maduración revolucionaria. Nadie sabe cuándo será *definitivamente superado* este período, pero es seguro que la crítica de las tesis de Kautsky y de Lenin, productos de esta época, se hace desde entonces posible y necesaria. Por esta razón hemos tenido empeño en reeditar “*Las tres fuentes del marxismo, la Obra histórica de Marx*, para mejor dar a conocer y comprender lo que fue, lo que todavía es, la ideología dominante de todo un período. Lejos de querer

disimular las ideas que condenamos y combatimos, queremos, por el contrario, difundirlas ampliamente a fin de mostrar simultáneamente su necesidad y su límite históricos.

Las condiciones que han permitido el desarrollo y el esplendor de organizaciones de tipo socialdemócrata o bolchevique están hoy superadas. En cuanto a la ideología leninista, además de su utilización por los burócratas en el poder, lejos de servir en las agrupaciones revolucionarias que se reclaman de la unión del socialismo y del movimiento obrero, no puede servir desde ahora más que para afirmar provisionalmente la unión de intelectuales mediocres y de trabajadores mediocremente revolucionarios.

*

Así “espontáneo”, en el sentido en que lo emplean Marx y Rosa Luxemburgo, no significa otra cosa sino absolutamente determinado por el conjunto de las relaciones sociales. El proletariado es el producto de la situación que ocupa en las relaciones sociales (y, ante todo, en las relaciones de producción capitalistas). Esta situación hace de él la clase revolucionaria de la sociedad burguesa, el lado positivo de la contradicción entre capital y salariado. El proletariado es espontáneamente revolucionario, pues sólo el acto revolucionario corresponde a lo que él es. Actuar espontáneamente es actuar conforme a su ser. Así, cuando el proletariado vota, no actúa espontáneamente: esta acción no la realiza conforme a su ser específico; cuando un proletario vota, no actúa como tal, sino como ciudadano, como miembro de la sociedad política burguesa. Cuando el proletariado no es revolucionario, no existe, y los revolucionarios no pueden hacer nada con él; no son ellos los que pueden, haciendo de educadores del pueblo, crear la situación histórica en la que el proletariado *se convierte en lo que es*, sino el desarrollo mismo de la sociedad moderna. Cuando una tal situación aparece, los revolucionarios de origen no-obrero, aquellos que, por razones muy numerosas, se encuentran “en estrechez” en la sociedad burguesa, se unen a él en el partido proletario que se constituye espontáneamente para resolver las tareas revolucionarias. De la misma manera, el proletariado como clase adquiere, porque lo necesita, la conciencia de sí mismo, es decir, la representación clara de su situación, de sus relaciones con las otras clases y de su papel. Por su situación en las relaciones de producción capitalista, la clase obrera es la única clase portadora, en tanto que clase, de la conciencia socialista.

...El “problema de la organización” no es más que una fórmula vacía y no se plantea más que a aquellos que preocupa la organización de la organización. Cuando se plantean las tareas revolucionarias... las fuerzas revolucionarias, engendradas por la sociedad que deben destruir, se organizan espontáneamente para resolverlas.

Denis Authier